

JOSÉ ANTONIO PELÁEZ BARDALES

# RECADOS DEL TIEMPO

CRÓNICAS Y ESTAMPAS CHACHAPOYANAS





## JOSÉ ANTONIO PELÁEZ BARDALES

(Chachapoyas - 1946)

Graduado en Derecho por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos; y Magíster en Derecho Penal por la Universidad Nacional Federico Villarreal. Actualmente ocupa el cargo de Fiscal de la Nación (periodo 2011-20014).

Ha sido Fiscal Supremo en los procesos seguidos contra el expresidente del Perú, Alberto Fujimori, por delitos de violación de los derechos humanos, interceptación telefónica, congresistas tráfugas y compra de tractores chinos, que lo llevaron al reconocimiento internacional como uno de los 100 personajes del año 2008, por el diario *El País* de España.

Tiene diversos premios y reconocimientos entre los que destacan: Huésped Ilustre por la Municipalidad Provincial de Huamanga-Ayacucho; Miembro Honorario del Colegio de Abogados de Tacna; Condecoración José León Barandiarán, otorgado

**RECADOS DEL TIEMPO**  
CRÓNICAS Y ESTAMPAS CHACHAPOYANAS

José Antonio Peláez Bardales

**RECADOS DEL TIEMPO**  
CRÓNICAS Y ESTAMPAS CHACHAPOYANAS



**RECADOS DEL TIEMPO**  
**CRÓNICAS Y ESTAMPAS CHACHAPOYANAS**

©José Antonio Peláez Bardales

© UNIVERSIDAD ALAS PERUANAS  
RECTOR: Fidel Ramírez Prado Ph.D  
Av. Cayetano Heredia 1092, Lima 11  
e-mail: [webmaster@uap.edu.pe](mailto:webmaster@uap.edu.pe)  
web-site: [www.uap.edu.pe](http://www.uap.edu.pe) Teléfono: 266 - 0195

**FONDO EDITORIAL**

Director: Dr. Omar Aramayo  
| e-mail: [o\\_aramayo@uap.edu.pe](mailto:o_aramayo@uap.edu.pe) |  
Av. Paseo de la República 1773  
Teléfono: (01) 265 - 5022 anexo (27)

Editor: Luis Alberto Peláez Pérez  
Ilustraciones: José Antonio Peláez Bardales

Cuidado de texto: Gerardo Pérez Fuentes

Diseño y edición gráfica: Alberto Escalante

Hecho el Depósito Legal  
en la Biblioteca Nacional del Perú: N° 201204156  
ISBN: 978 - 612 - 4097 - 24 - 9

Prohibida la reproducción parcial o total de este libro. Ningún párrafo, imagen o contenido de esta edición puede ser reproducido, copiado o transmitido sin autorización expresa del Fondo Editorial de la Universidad Alas Peruanas. Cualquier acto ilícito cometido contra los derechos de propiedad intelectual que corresponden a esta publicación será denunciado de acuerdo al D.L. 822 (Ley sobre el derecho de autor) y con las leyes que protegen internacionalmente la propiedad intelectual.

*“Recordar es, para cualquier hombre, una forma de no perder las huellas de su origen, la constancia de su primer testimonio, su inicial acto de presencia en esta vida”*

R. H. Moreno Durán (novelista colombiano). 1946

*“Alguien, cuyo nombre no recuerdo dijo que «Llegar al mundo es tomar la palabra», Sabia sentencia, pues «tomar la palabra» no es hablar sino escribir, y escribir no es inventar sino recordar”.*

R. H. Moreno Durán



*AGRADECIMIENTO:*

*En la persona de su rector, el Dr. Fidel Ramírez Prado, Ph.D.,  
a la Universidad Alas Peruanas por concederme el honor de  
integrar el acervo bibliográfico de su Fondo Editorial.*

José Antonio Peláez Bardales.

## ÍNDICE

<b>Presentación</b>	15
<b>Prólogo</b>	17
<b>Palabras de admiración</b>	21
<b>Palabras preliminares</b>	23
Limón Punta	25
Preguntando a Ángela Saberbeín	31
Lloronas y plañideras	35
La pared caída	39
Huancas	43
El número ocho	51
La molienda	55
Serenata	59
Un amigable y simpático cleptómano	63
Pierrot de Colombina	69
El circo del Capitán Paz	73
Un baño inesperado	81
Don Eleuterio Trigoso	85
El Juan Dela	89
Don Fabriciano Hernández	93

José Antonio Peláez Bardales

Doña Zarita Angulo	99
Charlantes y mercachifles	103
Concentración	107
El invicto	111
Represalia	115
Viaje de retorno	119
Maratón de amor	123
Amores de estudiante	127
Don Alfredo Brocha	131
Dos historias de loros	135
Nueva versión de El niño y el lobo	137
A una mascota	141
Designio fatal	147
Los Chuquis	151
Milagro de pintor	155
Sustos y temores	159
El Amito	165
El reloj de don Mario Revoredo	169
La pensión de los mal casados	173
Un inolvidable arquero	177
El Cometa Halley	181
Sobreviviente	185

Compañera de viaje	191
Las bolas de don José	197
Perturbadora compañía	201
Periodismo hablado	205
Clásico de todos los tiempos: Sachapuyo contra Higos Urco	209
Un adiós sin retorno	217
Una caída singular	231
Clases de guitarra	235
Una Corte de Justicia	239
La Cueva de Chong	245
El cura Plinio	251
El estanco	255
Fidelidad	261
Final de una campaña	265
Fuga a medianoche	273
Un partido de fútbol en Nogalcucho	279
Doña Lola Ibarra	285
San Miguel	287
Don Moshico	297
Nesho	301
Plan siniestro	303
La Shilve	309

José Antonio Peláez Bardales

El telégrafo	313
El tesoro escondido	317
Churuja	321
El Cine Central	323
Excursión de amor	327

## JUSTICIA POÉTICA

Recados del tiempo recoge los frutos de la espléndida cosecha literaria de José Antonio Peláez Bardales, quien con arte y conocimiento de causa expresa mediante una límpida prosa y con ilustraciones paisajistas de su autoría, un importante tramo de sus años vividos en Chachapoyas, tierra que lo vio nacer y a la que siempre vuelve con más ahínco.

Jurista de profesión, se cumple en él lo que Martha Nussbaum aspiraba en su proposición de la justicia poética. José Antonio Peláez es un ejemplo de esa dualidad de arte y derecho. En él, la literatura sirve no solo para contar la anécdota humorística o los hechos fortuitos que acontecen en su pueblo, también son narrados los acontecimientos relevantes que suceden en la vida pública. En una de sus crónicas (Una Corte que hizo justicia) nos cuenta del emotivo reconocimiento del pueblo chachapoyano para quienes supieron impartir justicia y equidad, refiriéndose a los primeros miembros de la Corte Superior de Amazonas, creada en 1942.

Sin duda, ese ejemplo de intachables magistrados que sentaron cátedra de dignidad, independencia, honestidad y justicia en Chachapoyas es el mejor paradigma que sirvió de norte a tan ilustre y honesto hombre de leyes como lo es el doctor José Antonio Peláez Bardales.

Para la Universidad Alas Peruanas constituye motivo de gran satisfacción publicar este libro de crónicas y estampas chachapoyanas que nos revela una nueva e interesante faceta del citado autor: el cultivo del arte a través de la narración literaria y la pintura.

Fidel Ramírez Prado, Ph.D.

Rector

## PRÓLOGO

“**N**o se ve bien sino con el corazón. Lo esencial es invisible a los ojos”, decía el extraordinario escritor francés Antoine de Saint-Exupéry. Cuánta verdad encierra aquella frase. Muchas veces las personas, preocupadas por las cosas “serias”, las responsabilidades, el afán de acumular bienes materiales, solo consideran real lo que pueden ver sus ojos. El paso de los años o las nuevas posiciones sociales, hacen que dejen de lado u olviden sus sueños infantiles que, por inocentes y sinceros, son realmente esenciales en la biografía de cada uno.

Lo esencial en la vida entonces, no se reduce a la simple competencia por alcanzar riqueza material o posición social. Lo esencial es invisible a los ojos, solo puede verse con el corazón. En consecuencia, únicamente mirando y sintiendo con el corazón se puede encontrar lo esencial de los sentimientos, para expresarlos y darlos a conocer al mundo. Precisamente esta es la forma en que José Antonio Pélaez Bardales, conocido entre familiares y amigos como “Tuco”, mira y quiere a nuestra tierra con el corazón. Por mirarla y sentirla así, no puede ocultar su cariño y lo expresa pintando a su amada, tratando de retener en sus pupilas y en sus lienzos, la belleza de sus paisajes, que, sin duda, le recuerdan el juramento de amor eterno pactado en su

corazón de niño. Vemos por ello en sus cuadros: las casitas, los caminos, los cerros, las chozas y los atardeceres. Son los testigos y celestinas que contribuyen a la continuidad de aquel amor.

El destino, que interviene siempre en las historias románticas para separar a los amantes y luego volver a unirlos, obligó también a “Tuco” a separarse de su querida tierra. Salió, físicamente, con la promesa de superarse y volver, cumplió largamente ambas promesas. Decimos que salió físicamente, porque así como en las promesas de amor juvenil los enamorados se entregan la mitad de un corazón para representar la unidad de su amor, más allá de la distancia, también “Tuco” intercambió sentimientos con su amada tierra y ambos prometieron estar siempre juntos.

Alguna vez, en una conversación sobre este romance entre Antonio Peláez Bardales y el Amazonas, un familiar me dijo: “Lo que pasa es que «Tuco» nunca salió de Chachapoyas”. Creo que esta frase lo sintetiza magistralmente porque «Tuco», viviendo lejos de su tierra, la ve, la siente y la piensa cada día con más amor. Por eso, en todos estos años siempre ha encontrado la forma, la excusa o la coartada para escaparse continuamente a encontrarse con ella. Por eso en cada regreso lo vemos cargado de fotos, de recuerdos, de anécdotas, pero también de nostalgia. Entonces ya no le basta pintar a su amada. Disfruta haciéndolo, pero ya no es suficiente para expresar su amor. Anhela el próximo viaje, el siguiente reencuentro: quiere ver una vez más la silueta de sus cerros, respirar la frescura de su aire, sentir las caricias de sus lluvias, saborear las delicias de sus comidas... Y es aquí, en este instante, en que opta por escribirle, para que sepa que cada uno de sus recuerdos están siempre presentes en su corazón.

A sus escritos no los denomina “cartas”, quizá porque no sabría si están dirigidas a su amada o a él mismo, prefiere llamarlos “crónicas”, de esta forma puede expresar sus sentimientos sin que nadie sospeche. Lugares, hechos y personajes de Amazonas son descritos con particular emoción en cada una de sus crónicas. Con humor, con melancolía y a veces también en actitud crítica, pretende esconder en cada escrito la pasión de su acaso desmedido amor. Pero hay una novedad: ya todos lo saben. Hay también una predicción: como en todas las historias de amor, el destino los volverá a unir.

Finalmente, hay un agradecimiento: el mío y el de todos los amazonenses a nuestro paisano José Antonio Pélaez Bardales, porque con este segundo libro de sus crónicas sobre *Chachapoyas* nos permite conocer más de la amada que compartimos, y a la cual vemos y sentimos siempre con el corazón.

*L. Mario Díaz Peláez*

Lima, abril del 2003



## PALABRAS DE ADMIRACIÓN

**E**n lo que a expresiones artísticas se refiere, todos conocíamos a José Antonio, como un buen paisajista, como un enamorado permanente del panorama de su tierra natal, Chachapoyas, a la que vuelve con pertinaz obsesión y a la que ha retratado en diversos óleos o pinturas dejando impresos en ellos el sello de su arte y el amor de sus terruños; pero, ahora que nos sorprende gratamente con este compendio de sus relatos sobre personajes y semblanzas de su tierra, podemos afirmar que aquella manifestación de su arte no solo está en su pincel, sino también en su pluma.

De manera directa y sencilla y sin mayores pretenciones literarias o de estilo, aborda un tema que le es entrañable, aquel que está referido a la querencia, al terruño, al ancestro familiar, en suma, a todos aquellos seres inolvidables que están próximos a su corazón y sus sentimientos.

Escribir un libro, como pintar un cuadro es sin lugar a dudas una realización del espíritu, una expresión del alma en un manojo de palabras y también la culminación de una tercera tarea con la cual se da sentido y trascendencia a la vida mortal y pasajera de los hombres.

A través de una prosa plena y de fácil lectura, el autor narra, como en una conversación de amigos, historias y semblanzas de su tierra vinculadas a un pasado feliz, a una época inolvidable en la que el tiempo parecía haberse detenido y rescata del olvido a personajes singulares que dejaron huellas y que viven aún como un grato recuerdo en la mente y en el alma de todo amazonense.

Rescata además el autor, acaso del olvido, toda una realidad chachapoyana vinculada a la idiosincrasia especial de su gente y expresada de manera nítida en muchos de sus personajes que a través del tiempo siguen siendo parte importante del paisaje de la ciudad.

Por último, José Antonio -"Tuco" para su familia y amigos- al culminar esta tercera tarea de dar a luz un libro, no con dolor sino con satisfacción espiritual, al igual que el otro escrito puede afirmar: "Que escribir para uno mismo es suicidarse; quien escribe, lo hace para alguien, para despertar un eco o una emoción en quien lo recibe y da finalmente lo mismo tener un solo lector que una multitud"

*Mariano Peláez Bardales*

## PALABRAS PRELIMINARES

**S**ale a la luz, con alguna demora propia de la vorágine de los momentos políticos, esta segunda parte de *Crónicas chachapoyanas*, a la que hemos titulado con el quizás poético nombre de *Recados del tiempo*. Varias de estas crónicas han sido ya publicadas en la revista *El Torreón*.

Como su predecesora *Crónicas chachapoyanas*, recoge una mínima parte del vastísimo patrimonio cultural de nuestro pueblo, abundante en personajes trascendentes, anécdotas, folclore, leyendas, mitos, etc.

Un pueblo sin pasado, sin cultura y sin interés por defender su legado cultural, es como un ser humano amnésico, sin alma, sin memoria, sin familia, sin vivencias; un ser inerme, intrascendente, indefenso, sin trayectoria buena o mala, que está condenado a desaparecer sin dejar huella, sin trascender.

Los pueblos que han sabido cuidar y respetar su pasado, su legado cultural tienen identidad y proyectan su visión de futuro hacia las nuevas generaciones y a los hombres de otras latitudes que confluyen hacia él, para conocer y admirar el legado histórico formado no solo por los vestigios materiales de ese pasado, sino por todo su entorno cultural.

El departamento de Amazonas, muy particularmente, tiene mucho que ofrecer al turista nacional y extranjero que lo visita en número cada vez mayor. Sus restos arqueológicos son de gran admiración, sus bellos paisajes naturales y su ubérrima geografía, despiertan el interés creciente del visitante. Sin embargo, es también de gran valor rescatar los "recados", es decir, los encargos que dejaron nuestros antepasados en el tiempo, y mostrarlos al ciudadano común y corriente y al turista que busca conocer integralmente el acervo cultural del pueblo que visita.

El objetivo de este nuevo esfuerzo de difusión, es el fin expuesto en líneas precedentes ... y algo más: en mi modesta opinión de una tierra que forjó mi adolescencia y cimentó mi madurez, dentro de esa cultura imperante: el respeto a los valores excelsos del espíritu y en el recuerdo imperecedero de los hombres y mujeres que esculpieron nuestra rica y vasta historia local.

*José Antonio Peláez Bardales*

## Limón Punta

ErEran las tres de la madrugada de una noche negra y lluviosa. La camioneta avanzaba con dificultad por la pronunciada ladera que se inicia en el fundo Caclic. La zona es arcillosa, resbalosa, y la trocha tiene muchas piedras sueltas de todo tamaño, chicas y grandes. Alcanzada ya la cumbre, el camino se hace tan angosto, que solo es posible que pase por él un solo vehículo. De día, o cuando la noche está clara, es factible ver la tierra del camino o los baches y percatarse de la presencia de otro vehículo que viene en sentido contrario. Cuando hay neblina o lluvia, casi no se ve. La marcha en esta zona no puede ser mayor a 10 o 15 kilómetros por hora. Casi al término de este sinuoso y peligroso camino, el cerro se corta en un ángulo de 180 grados. Este es el temible Limón Punta. A pesar de que la curva ha sido ensanchada, muchos conductores de camiones y ómnibus, inexpertos o temerarios en el manejo de su vehículo, no pudieron controlarlos a tiempo y fueron a dar, con pasajeros y todo,

al fondo del tenebroso abismo. Las cruces de palo y cemento sembradas por el lugar, constituyen el escalofriante testimonio de los fatales accidentes.

Al pie del cerro de Limón Punta, que presenta una caída casi en línea recta de unos 100 m, aproximadamente, discurre el río Uctubamba, en el que desembocan las escasas aguas de una quebrada (Vishuhuayco) que nace en la altura del cerro Puma Urco que domina la ciudad de Chachapoyas.

No sabemos qué extraños e insondables designios o misterios hacen que tan solo al pasar por el cerro Limón Punta aflore en el piloto o pasajero un extraño e inexplicable temor. ¿Serán las almas de los muertos trágicamente lo que causa esa sensación? ¿Serán los vientos que golpean y se encuentran al corte del cerro? No lo sabemos, pero sí, que todo aquel que conoce Limón Punta o se entera de que ya estamos próximos a él, siente que se le ponen los pelos de punta.

Volvamos al comienzo de esta historia. El ingeniero Ponce tiene ya por la zona algunos meses. Trabaja en la hidroeléctrica de Caclic y debe permanecer en la planta hasta pasadas las cinco de la tarde. Ese día, sin embargo, debió subsanar con sus operarios algunos contratiempos de última hora para no dejar a oscuras a Chachapoyas y lugares aledaños.

Cuando salió de su trabajo ya casi era medianoche y una torrencial lluvia, propia de los meses de abril en que usualmente no llueve pero que hacía decir a nuestros mayores: “Abril, aguas mil” o “Todas caben en un barril”, caía intensamente haciendo más oscuras las noches invernales de Amazonas.



*Camino al aeropuerto*

*(Óleo sobre lienzo)*

Nunca antes había viajado por el lugar a esas horas de la noche, y menos con la tempestad que virtualmente inundaba el camino. Las luces de los faros del vehículo alumbraban la senda, apreciándose las huellas oscuras cubiertas totalmente de agua. Sus subordinados le recomendaron quedarse y esperar a que pase el aguacero; sin embargo, la situación de no haber avisado a su familia de su retraso le indujo a emprender el retorno a la ciudad en donde, además,

al día siguiente, debía atender asuntos urgentes que requerían su presencia. La recomendación y el conocimiento que tenía de lo peligroso y accidentado del lugar hicieron que avanzara lentamente y poniendo toda la necesaria atención para no sufrir ningún percance.

Al llegar al lugar donde la carretera cambia bruscamente de dirección, percibió que ya estaba en el mismo Limón Punta. Un bache inclinó el vehículo hacia la derecha y alumbró parte del cerro que volvía a estar a la derecha. Allí pudo ver nítidamente a una joven completamente mojada por la lluvia. Instintivamente detuvo la camioneta y bajó la luna del lado derecho preguntándole enseguida a dónde iba. Ella respondió: “Voy a Chachapoyas”. La invitó a subir interrogándola, cuando ya la muchacha estaba sentada, qué hacía por ese desolado lugar y a esas horas de una noche tan negra y lluviosa. Estas interrogantes quedaron sin respuesta, por lo que el ingeniero tuvo que cambiar de conversación. Apreciando que la dama estaba empapada de pies a cabeza, le ofreció gentilmente su casaca. Ella le dijo su nombre y le precisó su dirección en la ciudad. El viaje se hizo más tranquilo, ya que la lluvia fue disminuyendo y el camino ensanchándose. El olor de los eucaliptos y retamas que rodean la carretera tranquilizaron los nervios del conductor. La conversación y la compañía disiparon sus insondables temores. Al llegar a Chachapoyas, la joven indicó al conductor el lugar donde se ubicaba su casa. Hasta allí la condujo. Ella quiso entregarle la casaca que gentilmente le había prestado el ingeniero, pero este le manifestó que por la mañana pasaría a recogerla.

Al día siguiente, ya cumplidos los trámites que lo llevaron a la ciudad, creyó oportuno ir a la casa de la misteriosa joven. Al tocar la puerta salió del interior un señor de aproximadamente setenta años. Aquél le manifestó que venía a recoger la casaca que la noche anterior prestó a la joven que respondía al nombre de Asunta y a quien recogió al borde del camino en el lugar denominado Limón Punta. El hombre, sorprendido, le dijo que su adorada hija Asunta había fallecido hacía dos años en un accidente en el paso de Limón Punta y estaba enterrada en el cementerio de la ciudad. Esta explicación no convenció al ingeniero Ponce, que insistió en haberla conducido la noche anterior, en plena lluvia, hasta esa misma puerta.

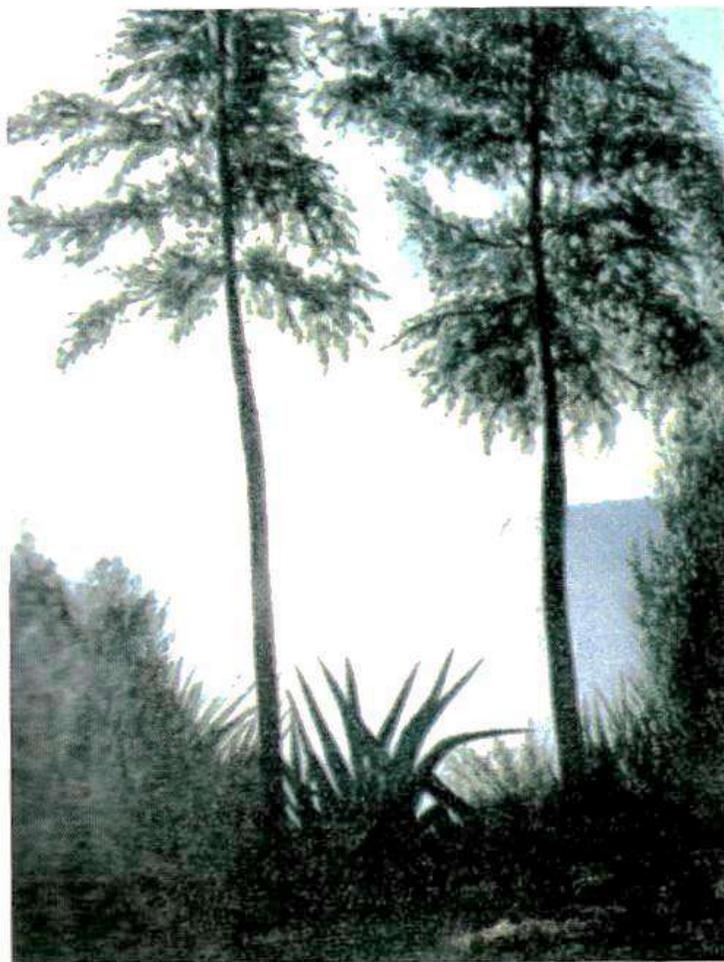
El padre, extrañado y pensando que se trataba de una lamentable equivocación, ingresó a la casa y regresó con una foto de su hija. Inmediatamente fue reconocida como la misma joven que la noche anterior condujo en su camioneta.

Por último, el padre, intentando despejar cualquier duda de parte del insistente profesional, le dijo que lo acompañara hasta el Campo Santo. Allí, en la cruz erigida en memoria de la querida Asunta, ambos, perplejos, vieron colgada la casaca que cubrió el cuerpo de la difunta en la noche lluviosa de Limón Punta.

## Preguntando a Ángela Saberbeín

Una de las historias de misterio más conocidas en Chachapoyas es, sin duda, la de Ángela Saberbeín. La extraña forma y circunstancias de su desaparición, en la que intervino, según cuentan, el propio Satanás; así como el hecho de asociar la leyenda con lugares y personas de la ciudad, hacen que permanezca en nuestra memoria superando el tiempo y la distancia. Hoy, al regresar una vez más a nuestra tierra y observar cómo la ruta que transitaba la señorita Saberbeín para rezar en la catedral de Chachapoyas, se ha poblado y con ello, de alguna forma, los pobladores con sus luces, su ruido y su incredulidad le han ido como cerrando el paso, no podemos evitar evocar nuestros recuerdos infantiles y formular a Ángela Saberbeín las siguientes preguntas:

- ¿Aún recuerdas que una noche, montado en un brioso corcel blanco que “resplandecía a los cómplices rayos de la Luna”, un jinete con extraño parecido a



*Atardecer desde la cruz*  
(Óleo sobre lienzo)

tu hermano te invitó a dar un paseo, y luego te condujo a las colinas de Luya Urco, donde la boca de una cueva te tragó para siempre?

- ¿Sigues encantada, sin poder romper el hechizo que te ata a los interiores de la cueva donde una gran y espléndida laguna se interpone entre los visitantes y tu brillante sillón, en el que descansa tu bella y sensual figura de joven mujer?

- ¿Sabes que tu anciana madre lloró tu ausencia por largos e interminables días y los apuestos jóvenes de la ciudad, que te pretendían, quedaron con el corazón roto por tu triste y extraña desaparición?

- ¿Te enteraste que tu madre, después de afanosas e inagotables jornadas por conocer alguna pista sobre tu incierto paradero, soñó y te vio cerca de ella,

reluciente y hermosa como en la noche en que te fuiste, y ahí le contaste la historia de tu hechizamiento?

- ¿Es verdad que también en sueños le dijiste a tu madre que tu morada era una gran cueva enclavada en el cerro de Luya Urco y le pediste, con gran sosiego en el alma, que no te buscara, pues tú ibas a romper el encantamiento?
- ¿No has olvidado, Ángela, seguir buscando a la medianoche el corderito y la criatura para romper por siempre el encantamiento que te ata a la cueva y a la gran laguna?
- ¿Por qué tu farolito ya no alumbra ni te vemos recorrer las cumbres de Luya Urco, como lo hacías cuando éramos niños y mirábamos la brillante luz atemorizados y angustiados desde las bancas de la plaza de armas? ¿Por qué ya no te vemos en las noches chachapoyanas con tu farolito a cuestas, por los senderos tortuosos de Luya Urco?
- ¿Acaso ahuyentaron tu presencia las luces de tus nuevos vecinos y las antenas parabólicas que hoy dominan la ciudad e invaden tus dominios?
- ¿Acaso tus pasos etéreos hoy recorren otros caminos, o el paso de los años ha enceguecido nuestros ojos, que en las noches de Luna ya no ven tu farolito iluminar los senderos que ayer anduvimos en nuestra candorosa y sencilla infancia?



# Lloronas y plañideras

*A nuestro recordado Gustavo Collantes*

Es costumbre inveterada de los pueblos de la sierra y selva del país, llorar “a viva voz y a lágrima batiente” cuando algún ser querido emprende el inevitable viaje sin retorno.

Antiguamente, existían mujeres especializadas en pregonar, en altas y lastimeras voces, las virtudes del difunto. Los deudos las contrataban especialmente para que, durante toda la noche, en el entierro, y aún después de realizado este – que concluía con un gran almuerzo en la casa del difunto– acompañen a los familiares y concurrentes al acto con llantos y lastimeros recuerdos en los que el principal protagonista era, precisamente, el que ya descansaba en paz. Conocidas con el nombre de plañideras, vestían todas de negro riguroso. El eximio compositor loretano Raúl Vásquez las inmortalizó en una emotiva canción que lleva por nombre *La Plañidera*.

Algunos velorios no solo contaban con plañideras “profesionales”, sino que las propias viudas tenían también sus personales dotes de lloronas. Sus pregones y

llantos hablados eran, por el mismo conocimiento que tenían del fallecido, mucho más íntimos, sensibles y familiares. No escapaban en el lamento aspectos simples y triviales de la vida del fallecido que eran motivo de comicidad de los numerosos contadores de chistes que se daban cita en los funerales.

Una noche, allá por los años cincuenta, casi toda la población adulta de Chachapoyas se hallaba volcada en el velorio de un conocido agricultor. La ciudad no contaba con otras distracciones; era entonces, guardando el respeto, una que reunía a damas y caballeros no solo para elevar plegarias al Altísimo, sino para ejercitar la mente y el ingenio contando chistes de salón rosados, rojos y aún morados. Eran los varones los que, ubicados en el exterior de la casa, trataban de contener a duras penas la franca risotada generada por algunos buenos chistes.

En momentos en que las plañideras del velorio hacían un alto en sus lamentaciones, asumió la viuda, con grandes voces y en total y absoluto silencio, la labor que aquellas venían cumpliendo:

*“Riquin Riquindi ... tocaba la guitarraaa*

*pobrecito mi maridoooo*

*anoche durmiendo conmigo*

*y hoy como ‘voto’ en la mesaaa...”*



*Camino al Tapial*

*(Óleo sobre lienzo)*

En este instante, interrumpiéndola, se acercó hasta ella uno de los presentes preguntándole algo al oído. La viuda, sin reducir el volumen de la voz y aplicando la misma entonación de su lloriqueo contestó en los siguientes términos:

*“Ahíiii..., detrás de la Iglesia del Señor de Burgoooooss*

*... allí se hace el cuerpooon ...”*

Imagínese el lector cuál fue la pregunta hecha por el asistente al velorio y cuál fue la reacción de los asombrados y sorprendidos presentes. Afuera, hasta donde llegaron los pregones en forma nítida, se armó un gran relajo que motivó un general "rompan filas" en todas las direcciones, para no convertir el acto serio al que asistían en uno de gran jolgorio y diversión.

Por último, conviene aclarar, para aquellos que no reconozcan la expresión y significado de la frase: "hacer el cuerpo", se trata de una frase equivalente a lo que hoy se conoce como: hacer las necesidades corporales, es decir, ir al baño.

# La pared caída

*A Fernando Mestanza Muñoz*

Esta antigua y ya desaparecida cantina de Chachapoyas ampliamente conocida hasta los años setenta recibió ese nombre por presentar, en su parte frontal, que daba al Jirón Ayacucho, una derruida pared de adobe, como también sucedió con su primer local ubicado cerca de la desaparecida iglesia de La Merced. Aquí se expendían, entre otras bebidas, chicha de jora bien fermentada, cañazo de Guayabamba (nombre con el que se conocía antiguamente a la provincia de Rodríguez de Mendoza), anís, y otros tragos de contundente y vertiginoso resultado para los no habituados a su consumo.

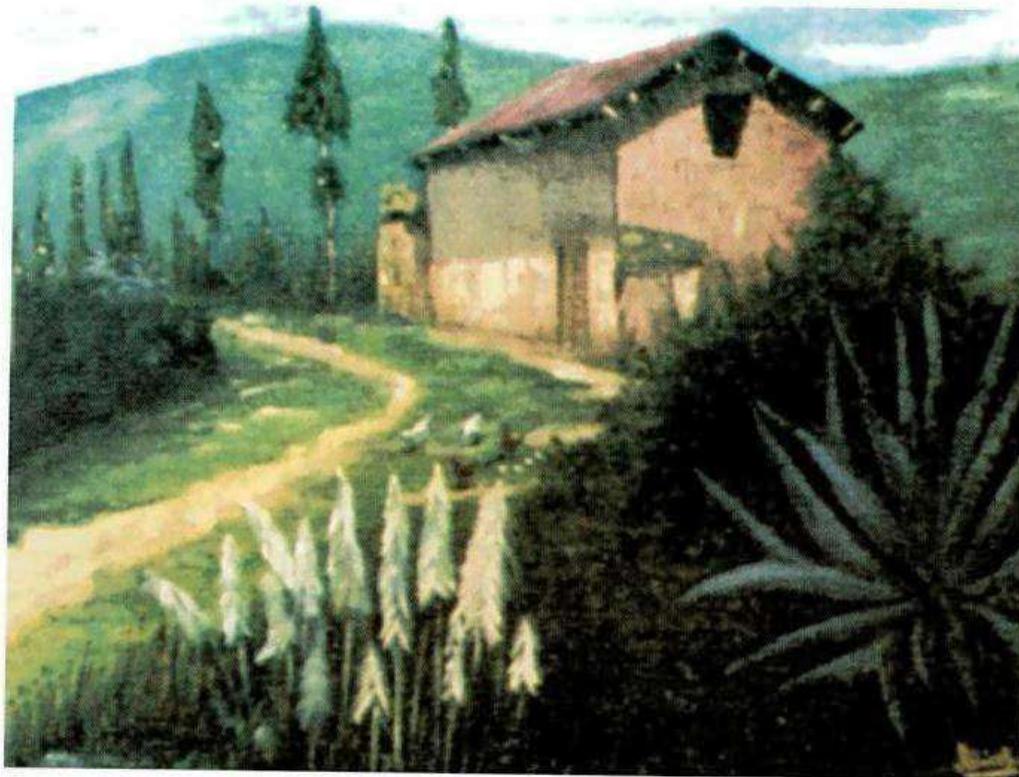
En *La pared caída* se daban cita los más caracterizados bebedores de chicha de la ciudad. Una gran tinaja de barro huanquina, contenía en su interior la chicha de jora fermentada, con seguridad, por más de quince días. Todos afirmaban que esta era batida, antes de ser servida, con un gran hueso húmero desprendido del esqueleto de algún chachapoyano antiguo. No hemos podido comprobar

esta afirmación, a pesar de que el último de los dependientes de esta cantina es un fraterno y leal amigo, colega “picapleitos”, conocido como “Meshe”. Sin embargo, no descartamos tal aseveración pues su silencio y la sonrisa socarrona que puso ante nuestro interrogatorio, nos hace suponer que la versión es cierta.

Funcionaba a toda hora, es decir, las veinticuatro horas, a tiempo completo. De allí salían, dando tumbos y oliendo a alcohol los borrachines consuetudinarios más conocidos de la ciudad y otros que ingresaban para celebrar algún súbito acontecimiento. Muchos matarifes y ganaderos, a su regreso del camal, hacían obligada parada en *La pared caída*. Un “huashpay” de Mendoza, o unos cuartitos de anís, abrigaban el cuerpo y hacían más llevaderas y abrigadas las frías noches de Chachapoyas.

Obligados asistentes al mencionado lugar eran también las meretrices más conocidas de la ciudad. *La Leberata, La Shilbe, La Manuela, La Huamalca* y otras cuyos nombres son celosamente guardados por los que las conocieron de cerca y en vivo. De allí salían vociferando, incentivados por el alcohol o la chicha, los más famosos pregoneros que tuvo Chachapoyas: “el Jhon Piter”, “La Mama Shante” y otros cuyo recuerdo se pierde en la distancia de los años. De las gargantas de muchos asiduos concurrentes a esta cantina, también se escucharon, en las silenciosas y apacibles noches chachapoyanas, la temible y subversiva frase: “¡Viva el APRA C...!”. Algunos de ellos fueron a amanecer en los helados calabozos, detenidos por algún policía que rondaba la dormida población o salía de alguna cita furtiva.

*La pared caída* cerró sus puertas cuando el progreso y la modernidad llegaron a Chachapoyas. Los nuevos borrachines se fueron a las afueras de la ciudad, donde aún empinan el codo con aguardiente rebajado, “compuesto” y otros tragos



*La Casa de Piérola Camino a la Chirola*  
(Óleo sobre lienzo)

altamente nocivos. Desaparecieron las botellas de chicha, servidas en envase de aceite Capri, hervida con buen maíz de jora, que saciaba la sed cuando estaba recién preparada y mareaba con el paso de los días de fermento. Ya no está la gran tinaja de barro, ni el largo hueso húmero que batía la chicha haciéndola, al decir de los que la probaron, más sabrosa y embriagante.



# Huancas

l distrito de Huancas, perteneciente a la provincia de Chachapoyas, fue creado mediante Ley de fecha 5 de febrero de 1861. Pese a ser el distrito más cercano a la capital del departamento de Amazonas, no ha experimentado mayor cambio y desarrollo en 139 años de existencia. Incluso su población, que en 1940 ascendía aproximadamente a 1 768 habitantes, ha ido disminuyendo con el paso de los años a tal punto que hoy quedan apenas 840.

El carácter hosco, huraño, de sus pobladores, no ha contribuido al desarrollo del distrito de Huancas. La población se dedica, en un 60% a labores agrícolas sembrando productos de panllevar en pequeñas parcelas regadas solo por las lluvias, frecuentes en los primeros meses del año. El 40% restante, conformado mayormente por personas de sexo femenino, trabaja en la elaboración de ollas, vasijas y otros utensilios de arcilla. Los fines de semana, especialmente los sábados, los mismos artesanos llevan sus productos a la ciudad de Chachapoyas



*Fundo Vitaliano*  
(Óleo sobre lienzo)

para venderlos. Los hombres, cargando los “tercios” de leña, llevan la delantera. Al final de la tarde, son los últimos en retornar a sus pagos, dando tumbos o haciendo la siesta en las lomas de Tasia. La chicha o el aguardiente consumidos, son los que provocan el retraso y el prematuro sueño.

Ignoramos a qué se debe el nombre de “Huancas”, pero consideramos que no sería muy errado sostener que el origen de este nombre y de esta etnia, que a lo largo de su existencia no ha sufrido mayor mezcla, es una migración de alguna cultura andina de la sierra central del Perú, o quizá de la zona del Callejón de Huaylas.

Algunos historiadores cuentan que los chancas, al ser derrotados por el ejército inca, huyeron de la zona de Áncash al mando de un gran guerrero de nombre *Ancoalla* e ingresaron con sus diezmadas huestes al oriente peruano asentándose en la zona de Moyabamba, pasando previamente por Chachapoyas donde quedaron muchos de ellos. Quizá esta sea el Acta de la Fundación de Chachapoyas, y de los Orejones de Lamas.

Crónicas poco difundidas, sostienen que los pobladores originales de Huancas proceden de la región donde se asienta el departamento de Junín, y que habrían sido trasladados en masa por los Incas en aplicación de una de sus políticas guerreras de separar las etnias para dividir las y evitar que pudieran reconstituir sus ejércitos y amenazar la seguridad del Imperio.

Los rasgos fisonómicos de los “huanquinos” son parecidos a los de los “huancaínos”; de igual forma, son similares los colores de los ponchos que usan como prenda de vestir diaria y obligada para abrigar sus cuerpos, pues en la zona el clima es aún más frío que en la ciudad de Chachapoyas. Estas características nos inducen a considerar que la teoría del origen “huanca” de este pueblo sea bastante aceptable. Sin embargo, llama la atención que, a diferencia de los huanquinos, caracterizados por ser bastante sociables, los pobladores de

Huancas sean hoscos y huraños. Este rasgo de su personalidad no ha mostrado a lo largo del tiempo, salvo honrosas e importantes excepciones, ningún afán de integrarse con sus vecinos más próximos, es decir, con los chachapoyanos.

El pequeño poblado de Huancas cuenta con aproximadamente 40 casas de adobe con techos de tejas. Muchas de ellas se encuentran ahora en escombros por el abandono de sus habitantes y el paso inexorable del tiempo. En su plaza, amplia, y sin árboles, se encuentran la Municipalidad distrital, la posta médica, la gobernación y la escuela. La iglesia, que extrañamente no fue edificada en la plaza -como era habitual en todas las ciudades coloniales del país-, se levanta en una calle adyacente a ella, a una distancia aproximada de 30 a 40 metros.

En el interior de la iglesia se encuentra la milagrosa y bella imagen del Señor de los Milagros de Huancas. Acápiteme aparte merece esta escultura del Cristo crucificado. Se trata de una excelente obra de arte, que concita la atención por la belleza y naturalidad de los rasgos faciales. A decir de sus fieles, que se cuentan por cientos, y todos los años acuden en el mes de octubre a visitarla desde diversos puntos del departamento y del país, el Cristo es muy milagroso, pues ha concedido gracias y milagros a muchos de ellos que los pidieron acudiendo hasta el lugar para implorar su ayuda desde lejos.

El 18 de octubre de cada año se celebra la festividad del Patrono de la ciudad. Las pocas calles del poblado se adornan con arcos y los escasos balcones son decorados en señal de devoción y respeto. Una banda de músicos, especialmente contratada por los mayordomos y traída desde otro lugar, interpreta las marchas que acompañan el recorrido procesional del Señor de Huancas. Al final de la

tarde, la imagen vuelve a su templo, de donde no volverá a salir sino para alguna ocasión muy especial, cuando los fieles desean lluvias para sus campos u otra gracia similar.

En años anteriores, la imagen era trasladada, en hombros de sus fieles, hasta la ciudad de Chachapoyas; sin embargo, por disposición eclesiástica, ahora son los fieles de Chachapoyas los que acuden a Huancas para asistir a las fiestas patronales, la mismas que se desarrollan durante dos días consecutivos.

Cuando uno visita Huancas, es raro ver a sus habitantes. Se ocultan velozmente en sus casas al paso del vehículo y cierran las puertas y ventanas. Las aves de corral y los cerdos que deambulan libremente por las calles y campos aledaños, también corren presurosos a guarecerse en las huertas de sus dueños. A quien no conoce tan extraña costumbre, este hecho podría sugerirle la idea de un pueblo fantasma.

Muy pocos habitantes cuentan con algún artefacto eléctrico. Solo uno o dos televisores sirven a algún profesor o habitante curioso para conocer las historias o novedades del mundo. Unos cuantos poseen radios receptores en los que escuchan, por poco tiempo, algún huaino o un triste y lastimero yaraví.

Al caer la tarde, su gente se acuesta a pernoctar. No existe ningún restaurante, y la única tienda de expendio de bebidas sólo se abre al público cuando este lo solicita. Los profesores y enfermeros, incluso el gobernador, son foráneos. Regresan diariamente a Chachapoyas montados en algún vehículo o caminando, pues esperar algún otro medio de transporte sería inútil, ya que no existe servicio de transporte regular.

Un hecho inaudito e incomprensible, que extrañamente concitó no solo la atención de los pobladores de Huancas, sino también de algunas autoridades del departamento, fue la inauguración, con banda de músicos y gran algarabía, del penal de máxima seguridad, construido en terrenos donados por la comunidad del distrito. ¿Quizá pensaron que esta era una forma de impulsar el desarrollo de la ciudad o de elevar el nivel de vida de sus habitantes? Los que decidieron y aprobaron la construcción de la cárcel, ¿habrán estado poseídos por el espíritu del guerrero Ancoalla, o acaso serán sus descendientes? ¿Las autoridades pensaron que al convertir a Chachapoyas en una ciudad potencialmente violenta e insegura, estaban promoviendo el turismo arqueológico, simultáneamente al turismo de aventura?

Consideramos que la construcción de un centro penal, con las características del que se edificó y se encuentra funcionando en las cercanías de Huancas, no solo determinará, como ya viene ocurriendo, el traslado de delincuentes considerados de alta peligrosidad, sino que generará que alrededor de este lúgubre y espantoso establecimiento vaya constituyéndose una nueva población compuesta por familiares y amigos de los peligrosos ocupantes de la prisión.

Afuera estarán los “compinches”, los “campanas”, los cómplices esperando órdenes para golpear a las tranquilas y apacibles moradas de los huanquinos y chachapoyanos. Este lugar puede convertirse entonces, en el foco que extienda la violencia e inseguridad al resto del departamento. Extraña forma de promover el turismo e impulsar el desarrollo de los pueblos. Más extraño aún, que la alegría de los habitantes de Huancas por tener cárcel nueva. Quizá no entendieron bien aquella frase según la cual las cárceles son las universidades del delito, y pensaron

que se inauguraba una verdadera universidad. Lamentablemente, la confusión involucra el presente y el futuro de todos los pueblos de Amazonas. Como alguna vez dijo un ministro: “Que Dios nos proteja ...”



# El número ocho

*A Denis López. "El Murón"*

En las faldas de "Tasia", ahora poblada de casas, existían unas charcas de aguas turbias por la presencia de lodo y arcilla, que eran utilizadas por los muchachos de la ciudad de Chachapoyas pertenecientes a la generación de los años '60, creo que también por los de las generaciones anteriores, no solo para refrescarse en días de fuerte sol, sino para la práctica de la natación. No existían piscinas y los ríos más cercanos: el Uctubamba y el Sonche, se hallaban a gran distancia de la ciudad.

El agua de las lluvias, frecuentes en los meses de octubre a marzo, surtía del líquido elemento a esos pozos de agua, entre los cuales se encontraba el más grande de ellos conocido como el Número Ocho. El nombre se debía a la forma de la chaira, extendida en los extremos y angosta en la parte central.

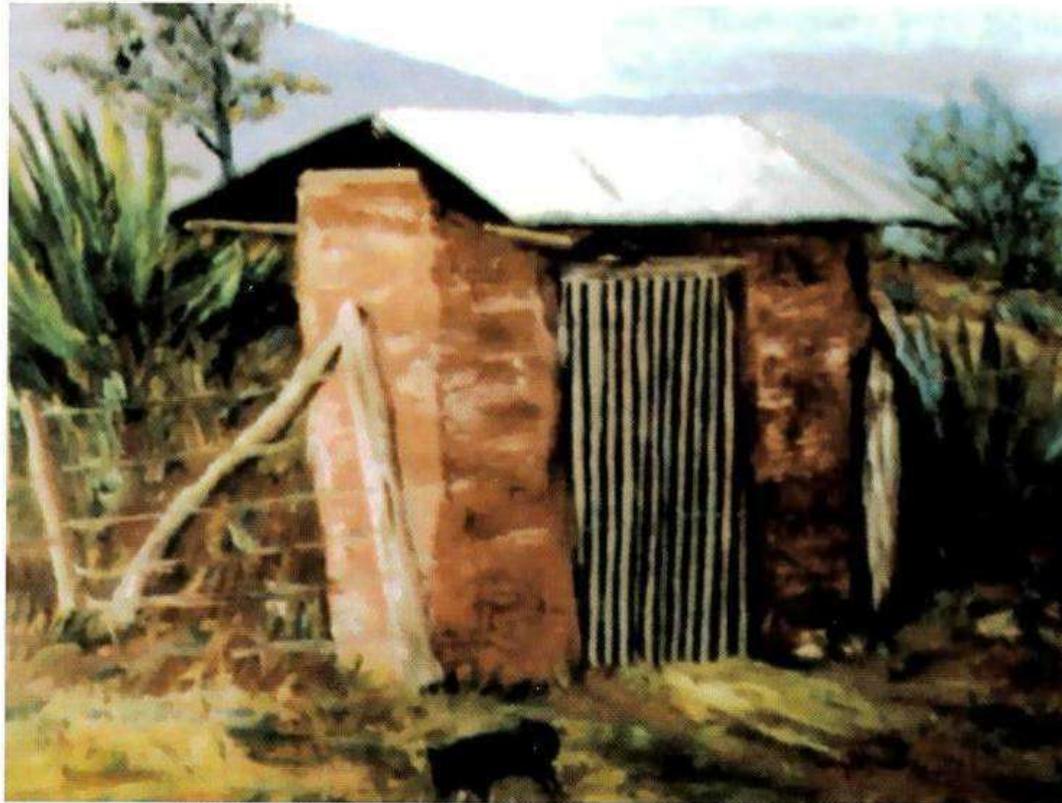
Las tierras no eran aptas para la agricultura y, con el paso de los meses de verano, el agua se iba evaporando de las pequeñas lagunas que, prácticamente, desaparecían hasta la nueva temporada de lluvias.

Una tarde de fuerte sol, varios amigos que a la postre frisaban los 8 o 9 años, marchaban a paso firme con dirección al Número Ocho para refrescarse en sus cenagosas aguas, pese a las expresas prohibiciones de sus padres de bañarse en ellas, pues el agua estancada podría generar infecciones dada la presencia de renacuajos, sapos e insectos nocivos para la salud. Sin embargo, tal prohibición, en lugar de desalentar a los jóvenes, despertaba aún más su interés por acudir a las zonas prohibidas.

Faltando unos cincuenta metros para llegar a la poza, blanquecina y rodeada de juncos y otras plantas acuáticas, Denis López "El Murón" y el grupo de amigos que lo acompañaba, se fueron despojando de la ropa. Denis emprendió veloz carrera y desde el borde de la laguna se impulsó lanzándose en un perfecto clavado. Al llegar los demás amigos al lugar, solo veían los pies del buen Denis que los agitaba con desesperación. Había quedado literalmente clavado. Inmediatamente corrieron en su auxilio, logrando desprenderlo del lodo arcilloso en el que estaban hundidos sus brazos y cabeza. Cuando, gracias a la rápida intervención de sus amigos, lograron sacarlo del lodo, salió convertido en una estatua de arcilla, no solo por la palidez de su rostro, sino por el barro que le cubría casi medio cuerpo.

Luego del susto, que pudo tener consecuencias fatales, con las manos y tratando de no enturbiar más el agua, sus amigos lograron quitarle el barro que le cubría y dejarlo aparentemente limpio para que regrese en condiciones más o menos

presentables a su casa, donde su buena madre lo esperaba con el eterno cariño de siempre.



*Entrada a la chacra*  
(Óleo sobre lienzo)



# La molienda

*A mi abuelo Mariano y a mi padre*

*U*sha ... Usha torooo ... Los nobles bueyes giran sin parar haciendo rotar con su fuerza las ruedas del trapiche. Olor a caña, a bagazo, a miel ...

Un diestro y atento patrón introduce con mano segura el extremo delgado de la caña de azúcar que, crujiendo, suelta sus pródigos y dulces jugos al pasar por la estrecha unión de los dos grandes cilindros de fierro del molino que rotan convergentemente el uno al otro.

El zumo azucarado de la caña se desliza por el canal hecho de piedra hasta juntarse con una canaleta de maguey partido por la mitad y cae luego, desde un metro de altura, aproximadamente, sobre el humeante perol de hierro que descansa sobre un poyo de adobe y piedra. Abajo, el abrazador fuego, atizado por abundantes leños, pronto hace hervir el néctar a borbotones.

Esta faena dura todo el día. Permite a los niños que, de algún modo participan en la molienda, combinar distintos juegos: unos cerca de la casa y del “tendal” y otros más alejados. Todos ellos, sencillos, ingenuos y transparentes.

Los mayores colocan plátanos verdes dentro del perol y hasta cangrejos de río sobre las hojas y ardientes brasas de los huarangos secos. Esta es la mejor leña, y el fuego los consume lentamente. Los cangrejos se sancochan y tuestan rápidamente. Son agradables y sabrosos al paladar. Los plátanos, por su lado, absorben la miel de caña y son, aún más exquisitos.

De rato en rato hay que ventear la miel que se va volviendo cada vez más compacta. Un largo y fuerte carrizo al que se ata la mitad de un “cushe” (calabaza) grande y seco, sirve de excelente recipiente para airear el espeso líquido dorado e impedir que rebalse el perol.

La caña, luego de hervir a borbotones y durante varias horas, arroja una espuma, entre blanquecina y gris, a la que denominan *cachaza*, que debe ser retirada del recipiente con la ayuda de la calabaza que sirvió para ventilar la miel.

Los bueyes, al final de la molienda, que concluye cuando el perol ya está desbordante de jugo, son liberados del yugo que los ataba a su faena común. Abreven, largamente, en el arroyo vecino, y un tierno y verde pasto mitiga su hambre.

El bello canto de los ruiseñores, el trinar de los jilgueros y gorriones que pueblan los cercanos árboles y los arreboles que encienden sus luces en los cerros,



*San Miguel*  
(Óleo sobre tela)

indican que se acerca la noche. Pronto habrá que seguir laborando bajo la luz de fogatas, candiles, lámparas y mecheros. Cuando ya los fulgores de la tarde se han extendido, y la oscuridad puebla los alrededores, todos, reunidos junto a las precarias y aisladas luces, presenciamos los preparativos para la última faena.

Un enorme y resistente madero de eucalipto insertado entre las asas del inmenso perol que contiene la espesa e hirviente miel, permite retirarlo del fuego

por cuatro de los más fornidos peones. Un gran círculo de bagazo preparado de antemano, es el lugar donde descansará el humeante recipiente. De ahí se extraerá, en pequeñas latas y poco a poco, el aún espeso líquido se verterá en los moldes tallados en largos maderos colocados en fila, uno al lado del otro. Al enfriarse, al día siguiente, saldrán las “tapas” de chancaca que endulzarán el café, la chicha y otras bebidas de los hogares chachapoyanos. Finalmente los moldes son introducidos en el interior de la casa y allí quedarán hasta el día siguiente.

Bien entrada la noche, con sueño, cansados, pero alegres, emprendemos el retorno hasta la Gran Casa donde nos espera una reparadora cena. Las linternas de mano y las lámparas a kerosene, señalan la empinada y oscura ruta que debemos recorrer para el retorno. La servidumbre y los perros que quedaron al cuidado de la casa nos dan la bienvenida; estos, con sus ladridos, aullidos y remilgos; aquellas, con sus cálidas y serenas “buenas noches”.

Luego del rápido aseo, un humeante mote, “pájuros”, caldo de gallina y frijoles colorados, calman nuestra hambre. La conversación de los mayores gira alrededor de los incidentes del largo día de la molienda. Los niños, atentos y soñolientos se esfuerzan en mantener los ojos abiertos ante las incipientes luces del fogón y de las lámparas de kerosene.

Pensando en las faenas del día y en los juegos del siguiente, con la tranquilidad y sana paz de los niños del campo, estos emprenden imaginarios viajes hasta quedar sumidos en profundo y reparador sueño.

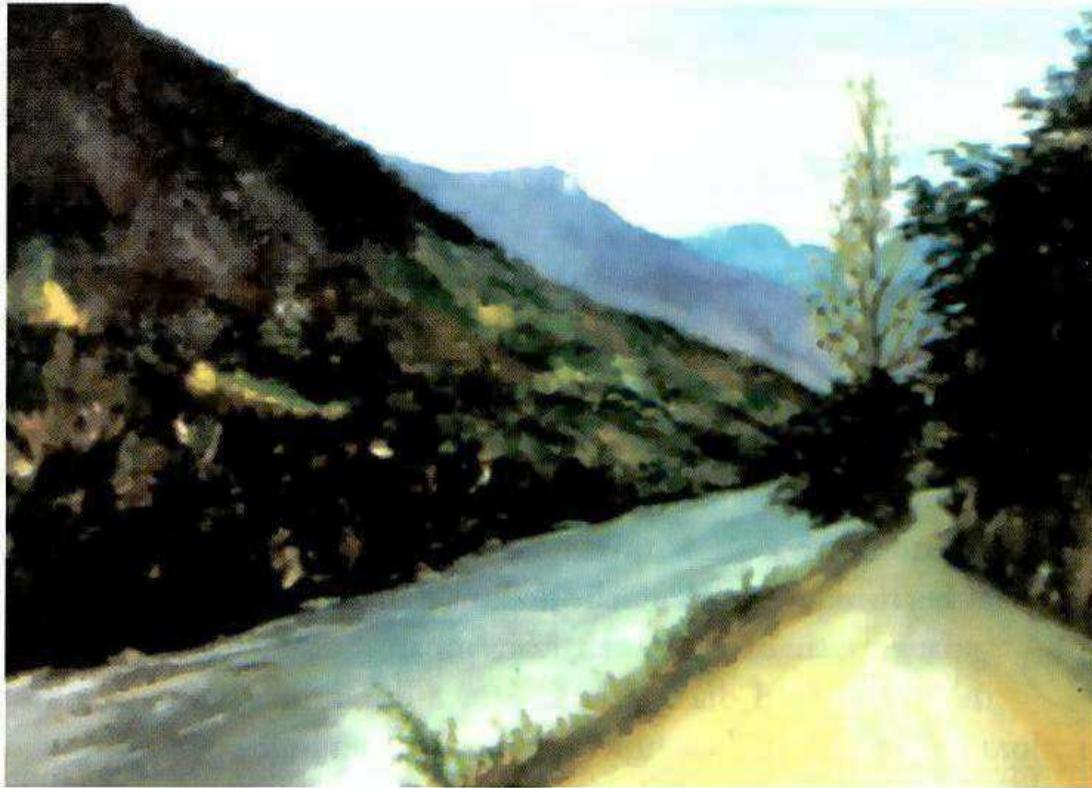
# Serenata

*A Oreche Jáuregui*

**E**n Leymebamba, una noche de luna llena, dos jóvenes y enamorados galanes apuraban los preparativos para brindar una serenata, a las 12:00 a.m. del día 29 de agosto, a dos primas que adornaban su fresca y lozana belleza con el nombre de Rosa, la santa limeña.

Las muchachas –que habían llegado de Chachapoyas en visita de vacaciones– traían de cabeza a los jóvenes de la provincia. Sin embargo, nuestros dos personajes habían conseguido de ellas la venia para llevar la música, primero a la calle y luego, convenciendo a los padres, hasta la solariega casa.

En esos tiempos estaban de moda los famosos pickup o tocadiscos. Ya las vitrolas a cuerda habían pasado a sus cuarteles de invierno y solo algunos hogares las conservaban como reliquias o antigüedades. El tocadiscos lo constituía un cajón cuadrado de aproximadamente 60 centímetros por lado. La tapa con bisagras era



*Llegando a Churuja*  
(Óleo sobre tela)

el parlante y el aparato en sí tenía el platillo giratorio sobre el que se colocaba el disco. Este funcionaba con una batería de 12 voltios a la que se conectaba con un par de tenazas colocada una en el polo negativo y otra en el positivo. El lector se imaginará cuánto pesaban no solo el tocadiscos sino también la batería, sin la cual no había música que tocar.

Nuestros amigos ya tenían todo calculado. Para solucionar el problema del peso escogieron para cargar los aparatos al mejor burro del potrero familiar. Desde muy temprano, el borrico, que ellos creían muy manso y obediente, pastaba en la huerta del dueño del tocadiscos.

A treinta minutos para las 12:00 a.m., colocaron el aparejo sobre el burro. Bien apretada la cincha, no vaya a ladearse la carga y se eche a perder el instrumento musical. Instalaron sobre el arreo el equipo, asegurándolo con dos fuertes reatas. Casi sobre el anca y encima de un poncho lemicho colocaron la batería sostenida también con cuerdas que garantizaban seguridad ante un normal trote del animal. Minutos antes de la hora, se hallaban bajo el balcón principal de la casa.

*Las mañanitas*, interpretado por ese gran e inolvidable charro mexicano Pedro Infante, fue la pieza musical escogida para iniciar la inolvidable serenata. Un disco long play de 78 rpm. de reciente aparición en el mercado (Tienda de “Pocoy”), de carbón, formaba parte, con dos más de *Los Panchos* y *Los Pacharacos*, todo el repertorio musical que los serenateros llevaban consigo.

Colocada la aguja sobre el disco, salieron al aire a todo volumen y en noche silenciosa de provincia, las primeras notas del fonógrafo, ante lo cual el burro, que se hallaba casi soñoliento, emprendió alocada y veloz carrera por calles y senderos tortuosos. Atrás corrían, tratando de alcanzar al borrico, nuestros desesperados amigos serenateros. A lo lejos aún llegaba la voz de Pedro Infante:

“... a las muchachas bonitas, se las cantamos así ...”

La persecución del burro duró casi dos horas pues este, comprado en el distrito de El Yeso, pero con residencia obligada en Leymebamba, regresaba alborotado a sus pagos, donde estaba su querencia\*.

Ya cansado el burro, se detuvo mansamente y recién nuestros amigos pudieron comprobar y evaluar los daños. El tocadiscos estaba deshecho, pues con el alocado trote del borrico giró hasta ubicarse a la altura de la panza del animal destrozándose el platillo y todas las demás piezas que contenía. La batería fue encontrada al día siguiente, entre unos arbustos del camino, casi sin mayores daños.

El carpintero del lugar, urgido por los personajes de esta historia, compuso como pudo el estropeado mueble, colocado días después por ellos en el lugar de donde lo tomaron, rogando a Dios que ninguna fiesta próxima delatara a los culpables del final del tocadiscos y de la frustrada serenata.

\* Palabra utilizada por mi tío Alfonso Peláez Bazán, gran narrador, para nombrar a uno de sus mejores eventos.

## Un amigable y simpático cleptómano

*A* mediados de la década de los años 60 arribó a Chachapoyas un diligente y divertido personaje que dejó entre sus amigos que lo fueron muchos y entre las personas que lo conocieron, recuerdos inolvidables y gratos de su vertiginosa estadía por esos lares. Natural del departamento de Ica, llegó designado para ocupar una plaza de médico en el hospital de Chachapoyas.

Ameno y ocurrente conversador, también preocupado luchador social, militaba activamente en el entonces también conocido con el nombre de Partido del Pueblo.

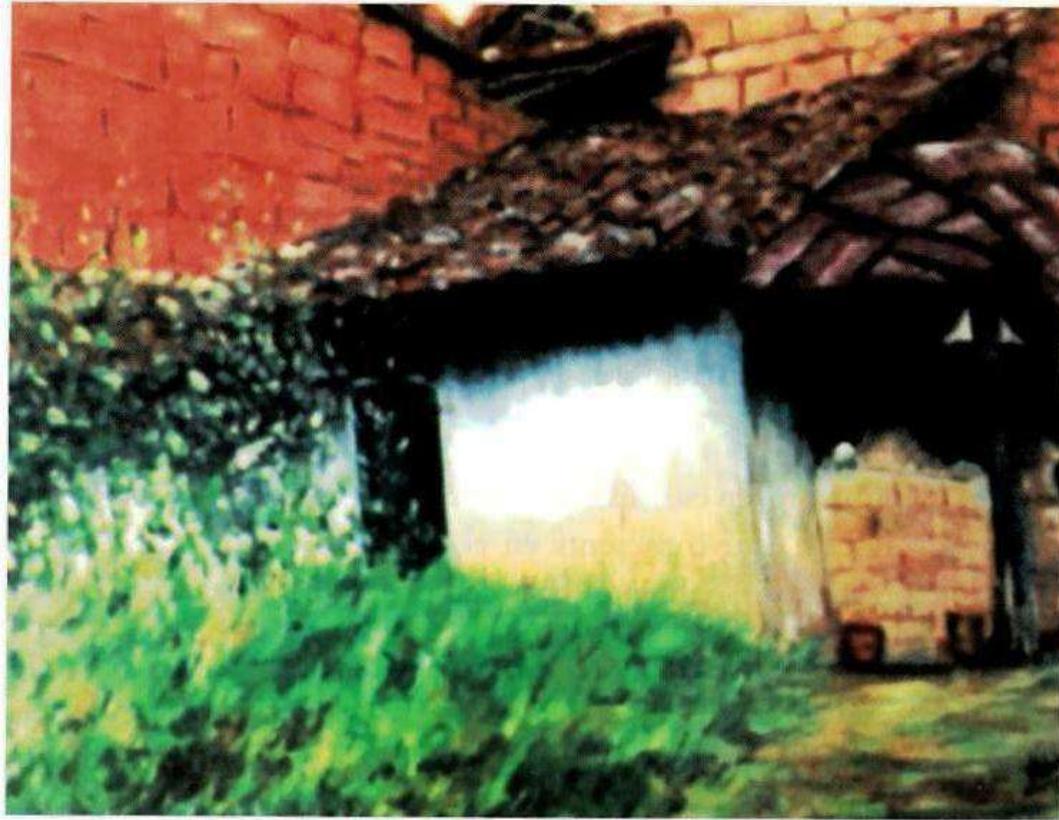
Chachapoyas, ciudad de abolengo, donde la vida social era muy activa, no pasaba un fin de semana sin que los “notables” de la capital del departamento de Amazonas, conformado por magistrados de la Corte Superior, el prefecto, las autoridades policiales, los funcionarios del Banco Popular único ente

financiero con agencia abierta en Chachapoyas y altos representantes de otras oficinas públicas, no se reunieran en amenos y largos coloquios en los que se abordaban los más diversos temas: políticos, económicos, sociales, deportivos, etc. sin faltar, por cierto, los “chismes confirmados” y aún los “sin confirmar”.

Las tiendas bien surtidas de don Alejandro Monteza, doña Zarita Angulo, doña Meche Vigil y la sastrería de un inolvidable y gran amigo de todos, el Varacho Humberto Más, eran los centros de reunión de estos personajes que, sin contar con otras distracciones propias de ciudades más cosmopolitas, hacían práctica constante del mejor medio de interacción y terapia humana el diálogo, la charla, la conversación.

En una de esas ocasiones se hallaban en una agradable tertulia en el establecimiento de doña Zarita Angulo, una bien abastecida cantina y dulcería exclusiva para los “notables de la ciudad”, seis buenos amigos, entre los que se encontraba el campechano médico iqueño. Al parecer, los temas puestos en tapete se habían agotado, pues abordaban ahora uno que era grato y en el que nuestro amigo desarrollaba un vasto y amplio conocimiento. Se trataba de cómo hurtar algo sin que el propietario del bien se percatara de inmediato de la ausencia del mismo del sitio donde estuvo colocado. Por ejemplo, dijo: “Ese lindo almanaque colgado en la pared. Si tú quieres lo retiras del lugar, pero debes también sacar el clavo donde está colocado; de lo contrario la dueña se dará cuenta de inmediato que se ha desaparecido del lugar puesto que el clavo se encuentra inútilmente en la pared”.

Ya casi al finalizar la tertulia y para demostrar la eficacia de su “arte”, extrajo de la vitrina cercana del lugar donde se ubicaba la única mesa sobre la que brindaban los amigos, no unos cuantos chocolates sueltos, sino toda la caja de chocolates



*Casa Chachapoyas – interior*  
(Óleo sobre lienzo)

Alí Baba. Ya lejos de la tienda repartió, uno por uno, a todos los muchachos que formaban cola para asistir a la función del Cine Central, único cine de la ciudad, que ahora ya no funciona - en el que se exhibía, desde hacía dos semanas, el tercer y último capítulo de la cinta mexicana *La sombra*.

A horas 5:30 p.m., doña Zarita Angulo se enteró por boca de algún chismoso que el doctor de la historia estuvo repartiendo generosamente chocolates Alí Baba en la puerta del Cine Central. De inmediato comprobó la ausencia de una caja de estos productos y una simple inducción la llevó a la conclusión, para ella segura, de quién era el autor del hurto. Concurrió decidida y prestamente a la comisaría, en donde formuló la correspondiente denuncia precisando, sin ninguna duda, el nombre y apellidos del autor del ‘chocolaticidio’, como diría el juez de la Tremenda Corte que juzgaba al famoso cómico cubano Tres Patines en la serie de televisión de los setenta.

El comisario, amigo y contertulio del denunciado, conocedor de sus aficiones de divertido cleptómano, en ese mismo acto ubicó a uno de los colegas del galeno, quien, por añadidura, estuvo presente en el escenario de los acontecimientos, informándole pormenorizadamente de la denuncia y de la seguridad que doña Zarita tenía respecto al autor del hurto.

Concluida la conversación el médico salió en búsqueda de su colega. Este, al ser informado de la situación, se dirigió sin hacer mayores comentarios, con dirección a la tienda de doña Meche Vigil y le solicitó le vendiera una caja de chocolates Alí Baba. Le pidió, a continuación, le extiende un recibo o comprobante que acreditara la compra, suplicándole, por razones que atribuyó a un simple capricho, que consignara como fecha, el día anterior a la compra.

Citado a la comisaría para “esclarecimientos sobre una denuncia presentada por doña Zarita Angulo”, la simple presentación del recibo de compra de chocolate sirvió para que la Policía archivara definitivamente el caso denunciado... “dejando

expedito, como decía el proveído policial, el derecho del falsamente denunciado para que, si lo tuviera a bien, formulara contra la denunciante las acciones a que tenía derecho, en resguardo de honor y la buena reputación mancillados con la falsa denuncia ...”.



# Pierrot de Colombina

*A Orestes Jáuregui*

Una noche oscura y lluviosa de febrero de 1963, departían en una cantina del distrito de Leymebamba siete alegres contertulios. Se “entonaban” con frescas cervezas para asistir a la fiesta de carnavales de aquel año, organizada con mucha antelación por el Consejo Municipal.

José Reyes ... extraña y misteriosamente, desde hacía algunos años, había dejado, quizás negligente o intencionalmente, de afeitarse y acicalarse la barba. Podríamos decir que era un anticipado o precoz seguidor de las huestes barbudas de Ataucusi quien, estamos seguros, no había llegado por ese entonces con sus bíblicas ideas a tan lejanas tierras.

Por esos años era una aristocrática y elegante costumbre -creo que en la mayor parte de los pueblos del Perú- concurrir a las fiestas carnavalescas no solo con

el antifaz que cubría los ojos de damas y caballeros, sino portando también el afamado y aromático chisquete Pierrot de Colombina, cuyo contenido líquido-gaseoso las parejas antes y durante los bailes disparábanse mutuamente al rostro y a los ojos. Para esto, y no para ocultar los rostros se usaba el antifaz, pues la presencia del gas en los ojos causaba ardor y un inmediato e incontenible flujo de lágrimas que, gracias a Dios y al inventor de este producto de origen francés, solo duraba unos escasos segundos.

Este era un artefacto de vidrio que en su interior contenía un líquido volátil, de agradable fragancia y, dada su composición química, era alta y sensiblemente inflamable. Justamente en la etiqueta que rodeaba el contenido cilíndrico, se hacía la advertencia de no acercarse al fuego por el peligro de generar un incendio u otro tipo de percance. En la parte superior llevaba una especie de disparador que, al ser presionado con el dedo, lanzaba con potencia el líquido. Sin observar esta advertencia –desconocemos si la conocía don Alfredo– en un inesperado instante presionó el disparador lanzando un “chisquetazo” en dirección a nuestro amigo José Reyes, cuya larga y espesa barba se hallaba en céntrica y precisa dirección a la llama de la vela. El líquido del chisquete se prendió al pasar por la llama e inició un voraz incendio, amenazando con poner en serio peligro no solo el rostro de la sorprendida víctima, sino hasta su propia vida.

La rápida intervención de los otros concurrentes, que cubrieron a don José con un poncho, evitó que este ardiera convertido en una verdadera tea humana. Apagado el fuego, y con las barbas chamuscadas y maltrechas, el involuntario



*Río Utcubamba Achamaqui*  
(Óleo sobre tela)

bonzo se lanzó contra el también asustado Alfredo, quien, de no ser por la nueva intervención de los salvadores del barbudo, pudo resultar con graves daños producto de la violenta golpiza que generó el involuntario accidente aquí narrado.



# El circo del Capitán Paz

*A Ricardo Monsante Ramírez*

**C**ursábamos el primer año de Secundaria. Era el mes de julio de 1960. Una mañana, muy temprano, con gran estruendo de dos camiones cargados de pertrechos y personas hicieron su arribo a Chachapoyas. En horas de la tarde, toda la tranquila población se hallaba enterada de la llegada de un nuevo circo a esta antigua y lejana ciudad.

Unos parlantes colocados en el “Sharpango”, un camioncito Ford, el primero que llegó a Chachapoyas por la única carretera que en ese entonces nos comunicaba con Celendín y Cajamarca, anunciaba con altavoces y sonidos musicales la llegada del Gran Circo del *Capitán Paz*. Traía trapeceistas, payasos, contorsionistas, cantantes, entre otros artistas. Y animales salvajes, tigres, pumas y otros.

Se anunciaba la primera función, la del debut, para esa misma noche. No había tiempo que perder. El viaje había sido largo y extenuante, era necesario comenzar a recuperar el enorme gasto empleado en llegar desde la costa hasta

nuestra retirada ciudad. Además, ese día llegó el avión que trajo, entre periódicos de hacía tres días, una película mexicana con los inolvidables artistas Jorge Negrete y María Félix. Había que atraer al público que repletaba la única sala cinematográfica de la provincia.

En horas de la noche, toda la tranquila población estuvo volcada en el famoso circo que pregonó sus bondades por calles y plazas. Los chachapoyanos, hombres, mujeres y niños, luciendo sus mejores galas, colmaban los palcos y tribunas preferenciales y populares de ese famoso pero, para muchos desconocido espectáculo. Haremos presente, que el circo se instaló en el local que hoy ocupa el Teatro Municipal. Antes de la construcción de este importante escenario, existía un terreno al que conocíamos con el nombre de “canchón” al que se ingresaba por la puerta de la Comandancia que funcionaba en un local en el que hoy se levanta la Municipalidad Provincial. Allí había una cancha de fulbito de tierra apisonada que inició en el deporte del balompié a varios buenos jugadores que más tarde alternaron en los clubes locales con buen éxito.

Regresemos al tema de este relato. A las 7:30 p.m. el estruendo de los instrumentos de percusión y las trompetas anunciaban el comienzo del espectáculo. Un impecable animador, todo de negro con camisa blanca y corbata “michi”, daba las gracias por su presencia a los asistentes al circo y anunciaba los números que en esa noche de debut presentaría el Circo del *Capitán Paz*.

Acto seguido, alumbrados por un potente reflector, dos hermosas jóvenes en mallas blancas y luciendo breves prendas que mostraban a plenitud los contorneados y cimbreantes cuerpos, iniciaron un lento y cadencioso ascenso



*Casa de Santa Lucía*  
(Óleo sobre lienzo)

hasta dos columpios de luciente metal plateado que brillaban ante las potentes luces de otros reflectores. Previo a esto, las luces del generador que producía la energía e iluminaba los ambientes circenses se apagaron para que subieran tres esbeltos y musculosos atletas.

Previamente al ascenso se colocó una red para prevenir accidentes, pues se anunciaba que uno de los gimnastas, el más joven, realizaría la difícil prueba del salto triple. Es decir, tres vueltas en el aire antes de tomar los brazos del atleta que iría como un péndulo justo en el momento en que el primero giraba por tercera vez en el aire. Antes de esta prueba realizaron otros saltos que mostraban que el central era el más emocionante por el altísimo riesgo de una caída. El público, asombrado dirigía la mirada a lo alto de la carpa. Más de uno estaba con la boca abierta. Se trataba de algo nunca antes visto y menos en “vivo y en directo”.

La expectativa duró no menos de veinte minutos. La gente gritaba con angustia en cada salto. Las mujeres se tapaban los ojos para no ver una inesperada caída. Por fin, cumplida la difícil prueba se encendieron las luces y la gente pudo relajarse aplaudiendo a rabiar a tan excelentes atletas. Los varones de toda edad no quitaban los ojos de las bellas muchachas. Desde ese día quedaron prendados de ellas y fueron, por mucho tiempo, la razón de que el circo tuviera espectadores aun en los días más difíciles que pasó este espectáculo durante su dilatada gira por Chachapoyas.

Luego desfilaron los payasos que fueron la alegría de los niños, jóvenes, y de todo el público. La contorsionista Juanita Lara con el arriesgado número del paso de la muerte, engarzaba los pies a los balaustres de una escala de metal e iniciaba una arriesgada caminata con la cabeza hacia abajo. Se presentó a continuación el domador de fieras que mostró a dos tigres de Bengala, enormes, con sus rayas negras, su fiera mirada y grandes y relucientes colmillos y portando entre manos una silla (con aquellas que nosotros destruíamos para jugar al aro) y un látigo que hacía chasquear continuamente. Logró que los tigres saltaran por un círculo

de fuego y se montaran obedientemente en unos bancos a los que subían por varios peldaños hasta que, por fin, los dirigió a sus grandes jaulas que retiraron prontamente los empleados de servicio.

A continuación se anunció con gran entusiasmo a *Lucho el fantástico*; un polifacético músico que, interpretando *La mandolina* y cantando, era un genio. Igualmente, era un eximio malabarista. La canción española que quedó grabada en nuestras memorias quizás porque la escuchamos hasta la partida del circo fue: *La campanera*.

“Por qué has pintado tus ojeras,  
la flor del lirio renace,  
por qué te has puesto de seda  
ay, campanera, por que será...”

La función, increíblemente, se prolongó hasta las primeras horas de la madrugada y concluyó con números que fueron la delicia de los asistentes que no se cansaban de aplaudir y comentar las bondades del espectáculo. A la mañana siguiente, más de uno tuvo problemas para levantarse temprano y asistir al colegio o a su trabajo.

La próxima función fue el día sábado. Se anunciaron tres funciones: matiné, vermouh y noche. Igual fue el domingo. Durante las siguientes semanas se dieron funciones para escolares y colegiales con descuentos especiales.

Las escuelas de la ciudad, que eran dos, y los colegios que eran tres, enviaron al circo a sus alumnos para que pudieran gozar de aquel bello e inolvidable espectáculo que, a decir del animador, “jamás volvería a presentarse en Chachapoyas”. Parece que estas frases fueron premonitorias, ya que nunca más volvió el *Capitán Paz* a nuestra ciudad.

Los días iban pasando, ya las fiestas de 28 de julio, la de nuestra Patrona la Virgen de Asunta y otras festividades propias de la región transcurrieron, y el circo seguía presentando sus funciones de viernes, sábado y domingo. Los números se fueron repitiendo y el público fue dejando, paulatinamente, de acudir a las funciones circenses. Había actuaciones que se hacían con treinta, veinte y aún con diez espectadores.

Un día ya no estaban los trapecistas con sus lindas y bien formadas chicas, tampoco el domador con sus fieras; solo quedaban algunos payasos, el mandolinista *Lucho el fantástico*, algunos músicos de la banda, tres perros amaestrados, dos carneros y algún otro animal que languidecía de hambre y de aburrimiento. Supimos por rumores, pues nadie a la edad que teníamos cuando esto sucedió nos informó a cabalidad, que las razones del lento pero inexorable fracaso económico del circo *Capitán Paz* fue que los ingresos de las primeras grandes presentaciones se disolvieron con y durante la larga permanencia del personal del circo.

Otros comentaban que una de las bellas trapecistas, la hija del dueño del circo, fugó con otro de los atletas frente a la negativa del padre de aceptar los amoríos de la bella hija. Alguno dijo también que el mandolinero se enamoró de una

chachapoyana (quizá tomó agüita de Yanayacu) y se quedó a vivir en la ciudad.

Al final una mañana, después de muchos meses en que ya el circo había dejado de funcionar, vimos que la gran carpa que fue parte de nuestra dulce y soñadora ciudad, se fue desmontando lentamente. Al poco tiempo vimos partir, en un solo camión, lo que aún quedaba del Gran Circo del *Capitán Paz*, inspirador de nuestros apacibles sueños infantiles.



# Un baño inesperado

*A Miguel Bardales Monsante*

**C**orría el mes de febrero de 1935. Un estío que duraba ya casi quince días, en una época invernal en Chachapoyas, preocupaba a los hombres del campo. Las plantas se amarilleaban y secaban y era casi inminente una pérdida de las cosechas; drama siempre latente en tierras serranas donde las lluvias son la única fuente que las nutre y fecunda.

Un día amaneció la ciudad con radiante sol. Nadie presagiaba una tormenta, pues ni una sola nube aparecía en el firmamento. No obstante, como reza el dicho: “A cielo de sierra, cojera de perro y lágrimas de mujer, no hay que creer”. De pronto, fueron apareciendo gruesos nubarrones que, impulsados por el viento, avanzaban por el pueblo de Huancas, por la zona del oriente, y otras más oscuras, por sobre el cerro de Puma Urco. El aire las traía velozmente sobre el poblado.

José Antonio Peláez Bardales

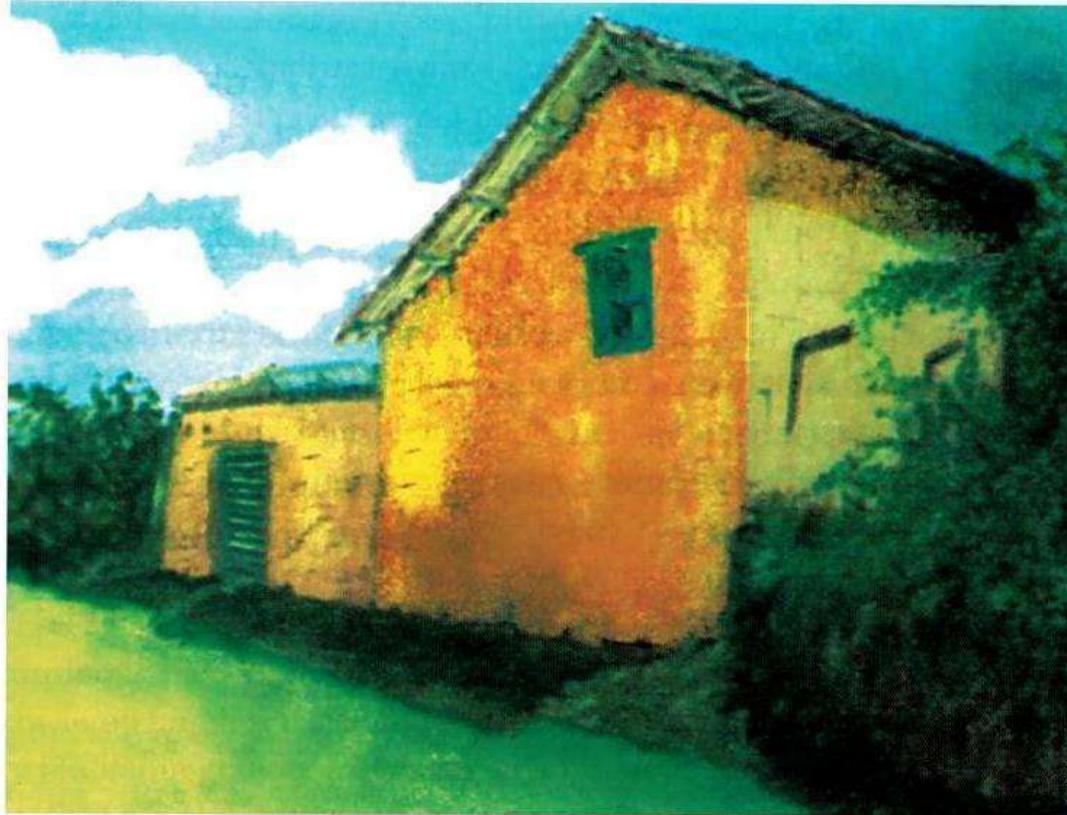
En breves minutos se desató sobre la ciudad una gran tempestad, que convirtió a las calles en verdaderos ríos. La gente corría apresuradamente a guarecerse en sus casas pues, con una tormenta como esas, uno puede quedar totalmente mojado en breves segundos.

Este era el momento en que muchas personas, principalmente los comerciantes que tenían sus tiendas frente a las calles, aprovechaban para arrojar sus “miserias”; es decir, los excrementos y orines, a las tórridas aguas que corrían por la ciudad, con la seguridad de que ellas las harían desaparecer velozmente.

Chachapoyas en los años 30, como otras ciudades del país no contaba con agua potable ni menos desagüe y alcantarillas. Muchas de las arterias tenían, como en la Lima colonial, acequias donde se depositaba el contenido de los bacines nocturnos. Eran la lluvia y los gallinazos los que saneaban prontamente las ciudades andinas. En las afueras existían unas quebradas o huaicos en los que también se arrojaban los despojos y desperdicios. Los campos cercanos igualmente servían de amplios y ventilados retretes.

Las grandes casas contaban en su interior con silos que se limpiaban con la lluvia, pues una acequia conectada desde los patios interiores, conducía abundante agua hasta ellos.

Miguel, joven integrante de una conocida familia que tenía un amplio solar en la Plaza de Armas que contaba a la sazón con siete años – al desatarse la tormenta emprendió veloz carrera con destino a su casa. Ya tenía la ropa prácticamente mojada por la copiosa e inesperada lluvia. Casi al llegar a su destino, de la última tienda, previa al portón que daba acceso al amplio zaguán de la casa, don Goyo



*Camino a la Chirola*  
(Óleo sobre lienzo)

—así se llamaba el comerciante— lanzó un certero bacinicazo — guardado, al parecer, desde el primer día de la sequía —, bañando de pies a cabeza al inocente y sorprendido muchacho, quien llegó al interior de la casa gritando y despidiendo inaguantable y nauseabunda fetidez.

Luego de las rápidas explicaciones y naturales comentarios, la madre, las tías, la abuelita, etc, etc, dispusieron un inmediato baño del atribulado muchacho, cuyo único delito fue cruzarse con la “M” de don Goyo. Una gran batea de madera, ajustada con zunchos, recibió dos ollas de agua caliente que, mezclada con la fría que contenía, la entibiaron medianamente. Solo así era posible un baño en Chachapoyas, donde el agua es intensamente fría y más aún, en días de lluvia.

La madre extrajo de su bien cuidado tocador un Heno de Pravia, jabón que aún hoy es muy apreciado por su exquisita y fina fragancia con el que Miguel empezó a remojarse y jabonarse, pero al sentir que los malos olores no se disipaban, se acercó a su familia toda reunida y lanzó la contundente y chachapoyana conclusión:

“¡Mamita ... lo vence al jabón de olor!”

## Don Eleuterio Trigoso

Las 7:15 a.m. marcan los relojes. Día lunes de cualquier mes del año, menos enero, febrero o marzo. Don Eleuterio ya tomó su frugal desayuno compartido con todos sus hijos, hombres y mujeres. Coge el sombrero gris, como el traje que dignamente lleva por muchos años. Adolfo, el hijo que empieza el primer año de Secundaria, lo acompaña en su paso cansino hasta el Colegio Nacional San Juan de la Libertad de Chachapoyas. Así lo hicieron los hijos mayores que ahora ya asisten a distintas universidades de Lima y resultaron grandes matemáticos como su padre.

Estará presente, como pocos profesores, a la hora de la formación del día lunes, donde se entonan las sagradas notas del himno nacional. Concluido el acto, y ya los alumnos en sus aulas, don Eleuterio ingresa a una de ellas. Le toca a horas 8:00 a.m. el dictado del curso de álgebra a los alumnos del tercer año. Más tarde lo hará con los dos primeros, y así sucesivamente durante todo el horario de clases. El miércoles y viernes efectuará el mismo recorrido, como lo ha hecho durante 30 días.

Al comienzo no despertó en nosotros, los alumnos, grandes simpatías; pero, con el paso de los años y proyectando el horizonte que engrandece y ensancha los panoramas, podemos decir con gratitud y justicia, que fue un gran forjador de juventudes. Hombre recto, de una sola línea, correcto hasta el cansancio, padre abnegado y esposo fiel hasta la muerte.

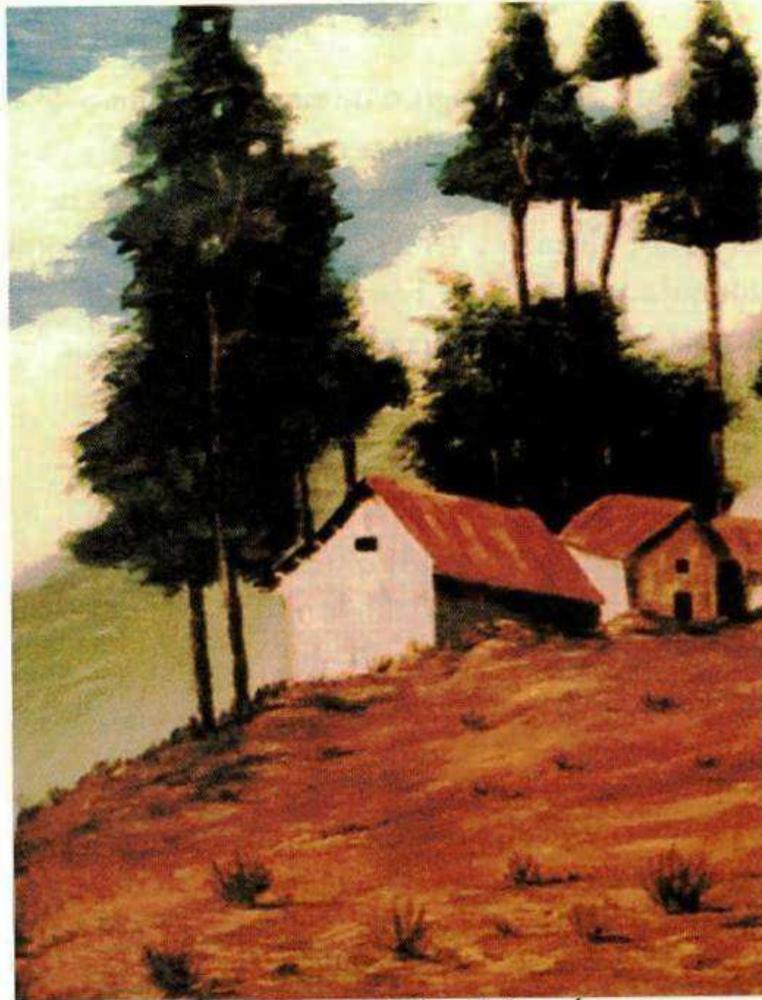
No obstante la seriedad y adustez de su rostro, no dejaba pasar la oportunidad para salir con alguna ocurrencia que él mismo celebraba risueñamente, por escasos segundos. Hombre anecdótico, por decenas de generaciones, sus alumnos recuerdan sus ocurrencias.

Una tarde asistíamos a una clase más de geometría. Cursábamos el tercer año de Secundaria. Don Eleuterio, como lo hacía casi periódicamente, tomó el libro de Baldor y dio inicio a una de sus “evaluaciones”. Inició la larga lista de teoremas que debían ser resueltos por cada uno de los alumnos, en la pizarra y con tiza. Adolfo, se sentaba en la primera carpeta, fue el primero en resolver el teorema que, a la par de otros, había sido la tarea de la clase anterior. A continuación, uno a uno iban saliendo bien o mal los siguientes alumnos.

Como ya se acercaba mi turno –álgebra nunca fue mi fuerte, sino más bien mi débil, igual que las matemáticas en general– y los teoremas se hacían cada vez más intrincados; creyendo que el maestro se hallaba distraído, pasé rápidamente a la otra fila donde había una carpeta vacía. Cuál no sería mi sorpresa cuando don Eleuterio, mirando por encima de su grandes lentes, me lanzó la siguiente amenaza: “Monshante ... o que diga, Peláez,

el siguiente teorema es suyo”.

Como quiera que en ese instante otros alumnos sufrían con el problema algebraico no me hizo subir de inmediato al cadalso. Segundos después sonó la campana anunciando que la hora de álgebra había terminado y comenzaban los diez minutos de recreo. Don Eleuterio, que hasta en eso era respetuoso, arremetió con esta nueva amenaza: “Peláez, lo salvó la campana; sin embargo, en la próxima clase, usted será el primero”. Por supuesto que muchos soltaron carcajadas por la ocurrencia boxística del maestro. Por mi parte, quedé helado de pies a cabeza y temblando por la amenaza.



*Camino a San Miguel*  
(Óleo sobre tela)

Quando Adolfo Trigoso nuestro compañero de estudios terminó la Secundaria, don Eleuterio decidió poner fin a su dilatada y ejemplar carrera en el magisterio nacional en el que sirvió, creemos, por más de cincuenta años. Viajó a Lima, en donde alcanzó a ver a su querido Adolfo recibirse de ingeniero, y leyendo sus adoradas cartas desde Francia –donde este alcanzó una beca y se quedó a vivir– un día el maestro respetado emprendió el viaje hacia las estrellas...

## El Juan Dela

Extraño y admirable personaje que pasó los últimos años de su vida recorriendo, con su incansable e inmutable música, los caminos y parajes naturales de la Chachapoyas de los años cincuenta, fue este Juan Dela.

Al igual que otros protagonistas de nuestras crónicas, su origen fue desconocido. Por su modo de vestir se podía suponer que procedía de alguna zona oriental vecina. Calzaban sus pies dos alpargatas o “yanques” confeccionados artesanalmente de cuero. El pantalón, color kaki, terminaba a la altura de la pierna, donde se ajustaba con una liga o cordel. De correa usaba el solpe, que era también empleado para ajustar la carga, que acarreaba en sus horas de ocupación rentable, sobre sus fuertes espaldas. La camisa, tipo comando, con galonera, y sobre el hombro el infatigable poncho huanquino colocado al cuello, tirado para atrás y cubriéndole la espalda.



*La Tranca*  
(Óleo sobre tela)

Caminaba siempre solo. Un tamboril colgado al hombro y un redoble en la mano derecha ejecutaban el acompañamiento de percusión. La mano izquierda sostenía la antara o zampona de la que, al soplar cadenciosamente, salían tristes y emotivas notas. Los yaravies, huainos y tristes eran la características de sus melodías. Recorría poblados, bosques, caminos, y su música y presencia eran

rápidamente identificados al oírse las primeras notas y golpes de aquellos instrumentos.

Desde el profundo cañón de San Miguel, donde de niños y adolescentes pasábamos las vacaciones escolares, levantábamos la vista y lo oteábamos a la distancia. No le conocimos amigos y menos le vimos conversar o detenerse a hacerlo, salvo con muy pocas personas y por escasos segundos que bastaban para un escueto: “buenos días” o “buenas tardes”. Su único solaz y ensimismado entretenimiento eran sus arcaicos instrumentos y sus quejumbrosas cadencias.

Desconocemos cómo y cuándo terminaron sus días por aquellas tierras. Lo vimos pasar, casi indiferentes, por nuestras sendas con su música y sus lastimeras melodías. Amigo real y misterioso de nuestra infancia, sólo sabemos de él que le llamaban: Juan Dela.

Huanquino: se conoce con este diminutivo que se aplica para designar a los nativos del distrito de Huancas, perteneciente a la provincia de Chachapoyas.

Zampoña: instrumento de viento confeccionado de caña o carrizo hueco.



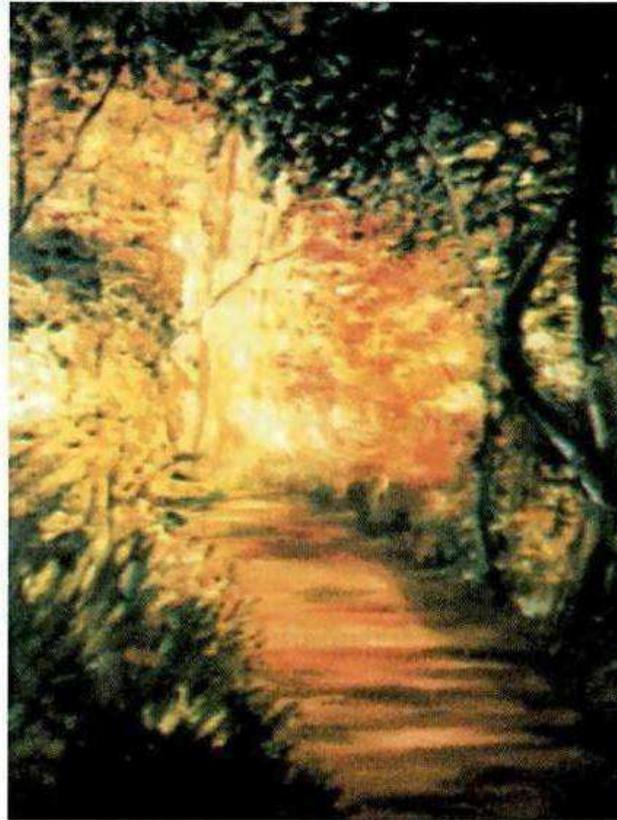
# Don Fabriciano Hernández

*E*ste ilustre amazonense nació en la ciudad de Chachapoyas, en 1844. Sus padres, Policarpo Hernández y doña Isabel Bustamante, decidieron, cuando era aún muy joven, que siguiera sus estudios en el prestigioso Seminario Santo Toribio de Lima, donde llegó a destacar por su disciplina y entrega en la búsqueda del conocimiento.

Posteriormente ingresó en la Facultad de Derecho de la cuatricentenaria Universidad de San Marcos; sin embargo, pese a ser un estudiante sobresaliente, en forma inesperada decidió abandonar los estudios. Dotado de singulares cualidades para la poesía, la música y otras artes, se vinculó con los bohemios limeños de la época. Recorre con ellos las limeñísimas y criollas calles de Barrios Altos, el Rímac, Malambito, etc., donde la música romántica, con letras poéticas, hacía suspirar a las bellas y gráciles exponentes de la mujer peruana de la época. Más adelante contrae matrimonio con la dama Tomasa Hurtado, hija de don Manongo Hurtado y de doña Isabel Eguren.

Alcanza la consagración poética cuando, en 1868, a los veinticuatro años de edad, da a conocer su extraordinario poema: *Canto al río Amazonas*, en el que describe con singular maestría y sensibilidad, no sólo la belleza de las regiones por las que este río sigue su curso, sino las evocadoras y tiernas horas de su infancia en Chachapoyas al lado de sus amados padres. En una de las estrofas, el poeta, en inspirados versos dice:

“... ¡Cuán dulce es ver el bosque perfumado  
en cuyo seno las felices horas  
pasamos ¡ay! de la niñez aprisa,  
el beso de una madre regalado,  
bebiendo al son de la apacible brisa;  
esas horas tan bellas en que el alma  
goza de puro divinal encanto;  
y en que no turban su inefable calma  
el cruel dolor, el venenoso llanto,  
horas felices en que el tierno niño  
en alas de su fe cándida y pura  
eleva su plegaria,  
en el fondo de gruta solitaria  
al Dios que mora en la suprema altura,  
a quien, humilde, en tono suplicante,  
él llama padre amante...



*Camino a Kuélap*  
(Óleo sobre lienzo)

Mas ¿qué se hicieron esas ledas horas  
de inefable placer, castas delicias,  
que allá, en mi infancia, cual armiño puro  
gocé en el seno maternal dormido?

José Antonio Peláez Bardales

Esas blancas caricias,  
del paterno cariño de ternura  
y esos sueños de amor ¿dónde se han ido?!”

Y más adelante, el canto homérico al gran río Amazonas. Dice el poeta:

“¡Espléndido Amazonas!,  
plácido escucha el amoroso canto,  
que, en plectro humilde, en tu loor entona,  
el hijo entre tus hijos, más amante,  
la faz bañada en delicioso llanto”.  
¡Oh! si tuviera, en mi ferviente anhelo,  
para cantar tu gloria soberana,  
el dulce trino del turpial errante  
que, enamorado, tu corriente besa  
al despertar la fúlgida mañana;  
y la armoniosa lira resonante  
del cantor desgraciado de Teresa  
o del cantor del Niágara gigante!

¡Aves cantoras que en la selva umbría  
trináis enamoradas, con divino  
acento, dadle a la garganta mía  
de vuestra voz el timbre peregrino;  
dadle mi labio vuestra voz potente  
ondas soberbias de la mar rugiente;  
fragantes flores de la margen fría  
perfumáis el arroyo cristalino,  
bañadme en vuestra esencia embriagante;  
y en mi libre laúd americano,  
con estro varonil y dulce acento,  
podrá entonar un himno sobrehumano  
que traspase del orbe al rey gigante!

El poeta amazonense consignó dos subtítulos a su extraordinario poema: *Orillas del Amazonas* y, entre paréntesis, *Impresiones*. De estos se desprende que para elaborar su oda al río, el autor recorrió sus orillas y navegó sus procelosas aguas, quedando prendado e impresionado por la grandeza de los valles y selvas por las que discurre el “espléndido Amazonas”. Escuchó a su paso el trino maravilloso de las aves exóticas y contempló, absorto, los atardeceres “a la hora del crepúsculo muriente”.

Nuestro gran poeta fue elegido diputado al Congreso por su tierra natal, Chachapoyas. En circunstancias en que, conjuntamente con otros distinguidos personajes de la época y de la región, retornaba a su tierra querida, al atravesar el río Marañón, a la altura de Balsas, la embarcación en que viajaba naufragó y jamás se pudo recuperar los restos de don Fabriciano Hernández. En una precisa nota necrológica a raíz de tan lamentable e irreparable suceso que cortó la vida de este gran amazonense, se dijo:

“Murió en las aguas del río, que habiendo sido su musa, quiso el destino que también fuera su tumba”.

# Doña Zarita Angulo

*A Nelly Román Flores*

Doña Zarita, como se la llamaba siempre, tenía una bien surtida tienda de expendio de licores en la cuadra siete del Jirón Amazonas, en Chachapoyas. Ahí se reunían a departir y libar unos tragos bien conversados, las personalidades más distinguidas de la ciudad. Tenía una sola mesa que, cuando se hallaba ocupada, nadie más podía beber tragos en la tienda. Los magistrados de más alto nivel de la Corte Superior, el Prefecto, el Jefe Policial, y otros funcionarios, eran asiduos concurrentes al lugar. Tenía whiskys importados, cinzano, vodka, anisados, gines y cómo no, macerados de aguardiente de buena calidad, procedentes del valle de Huayabamba. Puro “cogollito”, como ella los presentaba.

Un día de esos, allá por el año de 1961, tres amigos que a la sazón, trabajaban en la Dirección de Caminos del Ministerio de Transportes y Comunicaciones, luego de llevar a cabo una inspección en una de las carreteras en construcción que, al parecer, originó una celebración con abundante cerveza, invitaban insistentemente a un conocido médico recién llegado a Chachapoyas y que en

ese entonces trabajaba en el hospital de la ciudad, para que sea el anfitrión de los últimos tragos de la tarde. Decidieron ir a la tienda de doña Zarita.

Llegados al lugar, nuestro personaje, el médico que en ese día solo había tenido en su consultorio escasas tres consultas, pidió una rueda de anisado con el deliberado propósito de mandar a dormir rápida y fulminantemente a sus tres insistentes contertulios. Servidos los copetines, en efecto, los tres amigos, casi al unísono sintieron los efectos del fuerte licor y, uno a uno, fueron abandonando el lugar.

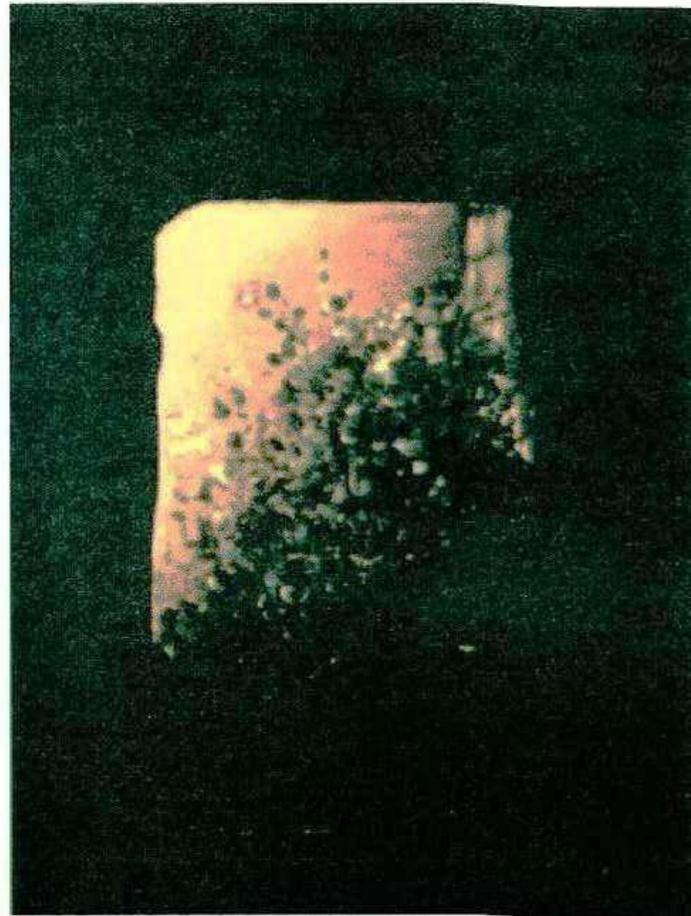
Al final, sólo quedó el médico y solicitó la respectiva cuenta. Ésta representaba la suma de nueve soles con cincuenta centavos. Como tenía en su bolsillo los únicos cincuenta soles producto del trabajo del día, entregó el billete a doña Zarita, la cual fue a traer el vuelto de su trastienda y regresó a los pocos instantes para entregarle sólo cincuenta centavos; ante ello, nuestro amigo, mostrando su extrañeza, le manifestó que le había alcanzado un billete de cincuenta soles. De nada valieron los argumentos del doctor para convencer a doña Zarita, quien sostuvo, tenaz y tercamente, que el billete había sido uno de diez y no de cincuenta. Vencido el galeno, no tuvo otro remedio que el de emprender la retirada.

Pasados algunos meses de aquel suceso ingrato y no olvidado por el doctor, este asistió nuevamente a la tienda en compañía de otros parroquianos. Al cabo de algunas horas, doña Zarita, acostumbraba siempre a realizar consultas sin costo alguno y aprovechando la mejor ocasión, le manifestó al médico que quería hacerle una consulta profesional pues se quejaba de constantes dolores de

cabeza que no amainaban con ninguna de las medicaciones que ingería.

Viendo el médico de nuestra historia que era la mejor ocasión para cobrarle la “deuda” que doña Zarita tenía, mandó a un “propio” a traer el maletín de utensilios médicos de su consultorio para auscultar a la paciente. Al rato, con tensiómetro, estetoscopio y otros instrumentos médicos a la mano, llevó a cabo una sesuda auscultación de la paciente que, al final del examen, presentó tan solo una leve inflamación de la garganta. Luego de extenderle la receta correspondiente, y ante la débil pregunta de

doña Zarita sobre cuánto le debía, él médico, ni corto ni perezoso, le dijo que la consulta valía cincuenta soles por tratarse de una atención, a domicilio, realizada con toda minuciosidad y empeño. Doña Zarita con fama de muy económica



*Entrada a un patio chachapoyano*  
(Óleo sobre madera)

José Antonio Peláez Bardales

hasta para estos gastos, casi se cae de espaldas. Repuesta del susto, no tuvo otra alternativa que ir al cajón y sacar el billete de cincuenta soles para cancelar la consulta médica. Así quedaron en paz en sus bolsillos los personajes de este relato.

# Charlatanes y mercachifles

*A Rodomiro Inga Puzcan*

*U*n día apareció en el interior del mercado de la ciudad, un charlatán de voz gruesa y de fácil palabra que, logrando reunir a su alrededor a varios curiosos, dio inicio a la siguiente perorata:

“Acérquese amigo ... amiga, vea ... desde las ignotas e inexploradas selvas del Amazonas traigo aquí, en estos baúles, con grandes y seguros candados, varios ejemplares de peligrosas y venenosas serpientes”.

Luego continuó:

“Aquellas personas inteligentes que quieran conocer de cerca a estos enigmáticos animales, deténgase un momento y observen atentamente ... esto no es magia ni ilusión, decía mientras abría los candados y levantaba las tapas de tres grandes cajones. Aquí están, desde la selva virgen”.

Las serpientes iban saliendo poco a poco a la luz: primero la cabeza, deslizando luego todo su extenso cuerpo por unas franelas rojas y verdes.

“¡No amigo, no es mentira! ... aquí la tienes, ¿quieres cogerla?”, gritaba el charlatán, mientras acercaba la serpiente hasta el público que, despavorido, daba un brinco hacia atrás lanzando gritos de pánico.

Micaela, una jovencita de unos 16 o 17 años, previa recomendación del charlatán de no moverse para nada ante los desplazamientos de la serpiente por su cuerpo, la recibía en su cuello ante la admiración y espanto de la gente.

Luego de dicho acto venía la segunda parte del programa en el que nuestro amigo Rodomiro, después de acercar la boa a su boca, debía aceptar públicamente que se le cortara el cuello con un cuchillo de cocina. Todo esto era, según lo explicaba él mismo, un acto de hipnotismo en el que no solo él entraba en ese trance, sino todo el público asistente. Previamente, una cinta de color rojo era colocada en su cuello y el embaucador charlatán procedía a sentenciar:

“El público verá sangre, pero ... no debe asustarse ...”

En momentos en que se vivía entre los concurrentes una gran expectativa y angustia, apareció, abriéndose paso entre la apretada masa, la madre de Rodomiro que, avisada por alguien, corría a salvar a su amado hijo. Dirigiéndose a este, le gritó:

¡Eres un cochino, te has dejado besar por la serpiente!

Luego, mirando desesperada al charlatán, le imploró:

“Este es mi hijo, no tiene por qué sufrir el corte de su cuello, estudia en el Colegio San Juan y es un buen muchacho”.



*Fundo Achamaqui - Río Uctubamba*  
(Óleo sobre tela)

El charlatán le contestó:

“Este es un trabajo, para eso le pago S/. 10.00 y debe cumplir su misión. Además, esto es hipnotismo y no le pasará nada a su hijo”.

La madre, dirigiéndose nuevamente a Rodomiro, le dijo:

“Sal de ahí, te voy a mandar castigar con don Alfonso Mendoza” (este era un empleado de la Municipalidad de Chachapoyas).

El charlatán insistía:

“Su hijo no sufrirá ... si quiere comprobarlo quédese ... se trata de un acto artístico ... solo pasará el cuchillo y saldrá sangre”.

La madre, pese a los argumentos del charlatán, se oponía y reprochaba:

“Hijo, ¿en qué te has metido?”

Rodomiros, muchacho humilde, sencillo, noble, natural de Huancas y con grandes aspiraciones, le dijo a su madre, con lágrimas en los ojos, que pretendía frustrar el acto:

“Madre, este dinero que vengo obteniendo día a día servirá para que no sigas gastando en mí y, además, para que descanses un poco de tu duro trabajo en la vida, lleno de sacrificio por darnos un pan y mandarnos a estudiar. Servirá para que no maltrates más tus manos ni dobles tu cintura lavando ropa ajena. Madre, servirá para que alimentes a mis hermanitos y no solloces por las noches pensando qué comeremos al día siguiente ...”

La madre quedóse en silencio por un instante, agachó la blanca cabeza, y dos cristalinas lágrimas resbalaron por su arrugado y macilento rostro, ante la conmovida mirada de los asistentes que, embargados por un extraordinario sentimiento de ternura y compasión, vieron así frustradas sus expectativas de observar cómo el charlatán le cortaba el cuello a Rodomiro.

# Concentración

*A Jorge Zubiate Torrejón*

asi desde 1947 se inicia en Chachapoyas la lozana, deportiva y ahora olvidada costumbre de celebrar durante las Fiestas Patrias los disputados campeonatos provinciales de fútbol.

En dichos certámenes participaban infaliblemente el Club Cultural Higos Urco, el Club Sachapuyos y el Colegio San Juan de La Libertad. También se hacían presentes los equipos representativos de Leymebamba, Rodríguez de Mendoza y Chuquibamba. En las filas de estos pundonorosos equipos se integraban empleados públicos, oficiales de la Policía, estudiantes y otros sectores. Todos ellos, motivados por la voluntad de apoyar a sus elencos, se organizaban con gran entusiasmo y cariño por la camiseta y el amor sincero y desprendido que genera el deporte amateur. Incluso desde Lima viajaban, con envidiable y tesonero empeño, soportando los malos y peligrosos caminos, apuestos y aguerridos gladiadores del viril deporte de las multitudes.

Faltando pocos días para el inicio del campeonato, los equipos tenían por costumbre concentrar a sus jugadores para preservarlos de “tentaciones” mundanas que podían poner en peligro el físico y buen desempeño de los integrantes del equipo.

Los clubes de la ciudad de Chachapoyas, que tenían la condición de locales, se concentraban en las casas de algunos de sus participantes. En tales ocasiones, los familiares del anfitrión hacían gala de la generosidad y hospitalidad que ha caracterizado siempre a los habitantes de la “Fidelísima”.

Los amplios dormitorios de estas grandes casonas albergaban a los jóvenes deportistas que, pernoctando al caer la tarde sin las seducciones que muestra hoy la televisión, (dicho sea de paso, nadie imaginaba entonces que llegaría a existir), podían levantarse con el primer canto del gallo, entrenar desde muy temprano, y poner los músculos y nervios en forma, antes de asistir al centro de estudios o de trabajo. Las muchachas rondaban la concentración al ir al colegio, tratando de ver a sus ídolos y robarles una sonrisa o un piropo. Años dulces y apacibles, que hoy evocamos.



*Chachapoyas 1965, con las torres de la catedral hoy restaurada.  
(Óleo sobre tela)*



# El invicto

*Al recordado Ángel Rojas*

En 1956, el campo de fútbol de Belén – donde hoy está instalado un Parque Infantil – recibía al sólido y aguerrido equipo del distrito de Leymebamba. Este debía enfrentarse, según el rol del campeonato de Fiestas Patrias, a la garra, elegancia y pundonor que caracterizaba el juego del Club *Higos Urco* fundado en 1947. Leymebamba siempre traía muy buenos jugadores que defendían sus colores con gran entusiasmo y bravura.

La hora fijada para el inicio del encuentro fue a las 3:30 p.m. Las tribunas formadas por los muros de las aceras, balcones, y aun algunos techos de las casas que circundaban el campo, se hallaban pobladas de entusiastas espectadores. La ciudad, en calles y plazas, estaba desierta; todo el pueblo se había volcado a Belén y las esquinas aledañas.

José Antonio Peláez Bardales



*El molino*  
(Óleo sobre tela)

Transcurridos unos minutos del juego, el ímpetu de los “Lemichos” ocasionó una seria lesión en el portero titular del “Higos Urco”. Julio Villacruz tuvo que salir del campo en brazos de sus compañeros de equipo, lesionado y sin poder dar un paso. Esta circunstancia obligó al entrenador

del club a reemplazarlo con el “Muncha” David Amiel, quien, con algunas aptitudes para tan difícil labor, aceptó sin vacilación el encargo.

Un nuevo y profundo ataque de la delantera de Leymebamba generó otra seria lesión en el segundo portero. Amiel salió cargado en hombros, no por haber atajado un tiro de penal u otra acción deportiva heroica, sino por haber sido también lesionado en la pierna derecha, que rápidamente mostró los signos de la contusión.

El “Higos Urco” ya no tenía otro arquero suplente. De pronto, la hinchada del club sugirió a gritos el nombre de Ángel Rojas que se hallaba en la barra “Higosurquina”. Él, muy renuente al principio, aceptó valerosamente el reto. Colocándose la gloriosa y ajada camiseta, llena de “greda” y polvo, muestra inconfundible de los difíciles trances que pasaron los arqueros que la vistieron precedentemente, se cuadró, temerariamente, bajo los tres palos.

Fue brillante la participación de Ángel Rojas, quien en sacrificadas, arriesgadas y elegantes intervenciones, con “voladitas” incluidas, defendió los colores del “Higos Urco” manteniendo su valla invencible no solo hasta el final de ese partido con Leymebamba, sino durante todo el campeonato. Conservó su valla e incólume, invicta. Fue a partir de aquel campeonato del año 1956, que todos comenzaron a conocerlo con el apelativo de “invicto”. Su “chapa” traspuso horizontes y generaciones; las últimas, sin embargo, no conocían el origen de este significativo y glorioso apellido.



# Represalia

*A Conrado Mori Santillá*

*A* pocos años de fundado el Club Cultural Higos Urco, unos días previos al 30 de agosto, día de Santa Rosa de Lima, recibieron sus directivos una cordial invitación cursada por la oficialidad de la Guardia Civil para que el flamante equipo de fútbol participe en un encuentro deportivo, como parte de las tan esperadas y entusiastas celebraciones.

El día 30 de agosto, feriado como todos los años, era esperado con gran entusiasmo y expectativa por la población chachapoyana, muy aficionada en esos románticos e inolvidables años, al fútbol.

Eran las 3:30 p.m. de la tarde. Los equipos de la Guardia Civil y del Higos Urco ya se hallaban ubicados en sus respectivos emplazamientos. La amenaza de lluvia, que ponía en peligro el desarrollo normal del espectáculo, se había alejado gracias a la fuerza de grandes vientos, que llevaron por otros cielos las

nubes portadores del sagrado líquido, elemento que santifica y fecunda los campos.

El árbitro del partido, seleccionado minutos antes entre los asistentes, hizo sonar el silbato prestado por uno de los policías guardianes del orden. El encuentro se iba desarrollando con todo dinamismo. Los ataques se sucedían en una y otra área. Las defensas rivales, batiéndose a más no poder para contener las acometidas de la línea media y delantera del equipo contrario. De pronto, el Higos Urco, por intermedio de uno de sus jóvenes delanteros, anotó el primer tanto en la valla rival. Los jugadores de la Guardia Civil, sin amilanarse casi de inmediato consiguieron el ansiado empate a los 38 minutos de juego. Con ese marcador, culminó el primer tiempo.

Los jóvenes higosurquinos ingresaron a la casa de Conrado Mori Santillán, su gran capitán y líder, todo coraje, garra y pundonor. Allí, su buena madre los recibió con naranjas, refrescos y las últimas plegarias pidiendo al Dios que “sus muchachos” salgan victoriosos al término del segundo tiempo.

Luego de concluidos los minutos de descanso, los equipos volvieron a la cancha. El partido se fue desarrollando con la misma entrega e intensidad. Los jugadores bregando sin cesar por anotar en la valla rival y marcar así la diferencia. A los treinta minutos de la etapa final, se produjo dentro del área de la Guardia Civil un organizado ataque de los delanteros del Higos Urco, que culminó con la anotación del segundo gol. Este tanto fue el del triunfo, ya que, por más esfuerzos que hicieron los jugadores de la Guardia Civil, y de la presión ejercida desde el borde de la cancha por algunos oficiales para que el árbitro cobre un inexistente tiro de penal a favor de sus colores, estos no pudieron igualar el marcador. La tarde caía con toda su obscuridad. El Puma



*Camino a San Miguel*  
(Óleo sobre tela)

Urco cambiaba de color azulino a negro, el sonido del silbato largo y final del juez del partido, dio por concluido el intenso y agotador encuentro.

Algarabía en las tribunas, jóvenes, viejos y niños celebraban el gran triunfo del bisoño equipo de sus amores. El Higos Urco había anotado una de sus primeras

páginas de gloria, recibiendo como premio un gran trofeo que aún conserva orgulloso en la nutrida vitrina de honor de su local institucional ubicado actualmente en el Jirón Ayacucho.

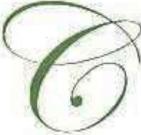
En horas de la noche se celebraba un gran baile social en los amplios y sonoros (por el entablado) salones del Casino de la Policía. Los jóvenes Higosurquinos no tuvieron tiempo para celebrar el triunfo y atender los incesantes requerimientos de los hinchas. Se alistaron con alegría y entusiasmo para bailar sin descanso toda la noche, pues las más bellas muchachas de la ciudad estaban invitadas para dicho acto social.

A las 10:30 p.m. todo el equipo del Club Higos Urco compuesto por los bravos y atractivos jóvenes, luciendo sus mejores galas, pugnaban por ingresar al Casino de la Policía, ubicado al lado del Colegio Seminario. En la puerta, seis corpulentos y fornidos policías no solo les impidieron el paso, sino que procedieron a detenerlos sin mayor explicación. De nada sirvieron las protestas y reclamos, pues la orden era terminante: ninguno de los jugadores podía ingresar al baile y debían ser detenidos. Desilusionados y muy disgustados, fueron depositados en los calabozos de la Policía. A lo lejos escuchaban los acordes musicales de la orquesta “... Ya no estás más a mi lado, corazón, en el alma solo tengo soledad ...”

No sabemos cuáles fueron las razones que motivaron la orden de arresto contra los victoriosos jugadores del club Higos Urco, el resultado del encuentro de la tarde, o la preferencia de las jóvenes chachapoyanas por los apuestos y aguerridos jugadores higosurquinos.

# Viaje de retorno

*A Mario Díaz Peláez*

 cuántas anécdotas no habremos vivido o escuchado relacionadas con los viajes de retorno; ya sea de vacaciones, cuando éramos estudiantes o, ya mayores, cuando decidíamos regresar por unos días a los lares nativos.

En una de esas ocasiones, viajaba un amigo con destino a Chachapoyas. Al embarcarse en el ómnibus, grande y agradable fue su sorpresa cuando descubrió que el número de su asiento, el 14, estaba al lado de una guapa pasajera que ocupaba el asiento número 15, junto a la ventana.

Cuando uno realiza un viaje largo, como es el de Lima a Chachapoyas, a donde, en tiempos en que la carretera era una trocha carrozable desde Olmos, se arribaba casi a las 48 horas de un agotador sangoloteo del vehículo, por lo que siempre era grato viajar acompañado de alguien con quien conversar, resultaba una suerte de lotería hacerlo con una simpática y alegre pasajera como la que ocupaba el asiento contiguo.

Ya en los primeros instantes en que el ómnibus tomaba la ruta por la carretera al norte, se inició entre ambos una amena y fluida conversación. Diversos temas fueron materia de ella. Él, joven estudiante, abordaba no solo temas serios sino algunos otros divertidos, contando chistes, anécdotas, etc. Ella, demostrando su inteligencia y buena formación educativa, seguía el hilo de la conversación y reía encantadoramente. Unos hoyuelos marcados nítidamente en su bello rostro daban a la muchacha una singular belleza. Sobre la chompa, una casaca gruesa y larga cubría gran parte de su cuerpo, y unos pantalones blue jean que permitían imaginar que dentro de esa indumentaria preparada para el largo viaje se escondía una primorosa figura de mujer bien proporcionada y atractiva.

Durante la larga ruta descendieron del vehículo una y otra vez para que el chofer y los pasajeros bebieran café, para almorzar, cenar, revisar las llantas del vehículo... En Chiclayo abordaron un ómnibus más pequeño que llegaba hasta Chachapoyas ascendiendo por el inmenso cerro de El Cuello, sorteando puentes estrechos y vías aún más angostas.

Al llegar a la zona conocida como El Salao, lugar de constantes derrumbes y aniegos, los viajeros pudieron apreciar que la carretera estaba interrumpida, pues una larga fila de vehículos se hallaban estacionados hacia el lado derecho de la vía. Al otro lado del gran derrumbe, también otra fila de los vehículos que venían en sentido contrario. El intenso calor reinante en este gran valle y el cansancio de los pasajeros, los obligó a descender del ómnibus.

En estas circunstancias y cautivado por los encantos de su bella compañera de viaje, nuestro personaje quiso aprovechar para declararle abiertamente su amor.



*La jalca, casita junto a la carretera*  
(Óleo sobre tela)

Sin embargo, cuando iba a iniciar su romántico diálogo, la joven motivada por el intenso calor de la zona, se despojó de su casaca y de la chompa, mostrando en el pecho, casi a la altura de la cintura, un grueso crucifijo de plata que colgaba de una cinta negra.

Ni drácula o cualquier otro demonio habrían adoptado la actitud de sorpresa que se reflejó en el rostro de nuestro amigo, el cual, recién entonces, se daba cuenta que su hermosa compañera de viaje era una religiosa. A partir de este instante, y con un marcado sentimiento de culpa por sus secretos y nada santos pensamientos, cambió sus gestos, sus palabras, los temas de conversación y, por supuesto, sus propósitos respecto a la bella pasajera.

Al llegar a Chachapoyas lugar al que iba la religiosa para ser asignada a una labor de apostolado en algún distrito de Amazonas, un adiós frío y seco de parte de él puso término a aquel amor inconfeso y frustrado que surgió entre maletas, baches y distancias.

# Maratón de amor

*A nuestro recordado Julio Eduardo Rubio Alva*

Una límpida y celeste mañana de enero de 1950, aterrizaba en el campo de El Tapial, como casi cada ocho días, el bimotor de la antigua y ya desaparecida línea de aviación Faucett, que, desde el año de 1936, hacía la ruta Chiclayo–Chachapoyas; Chachapoyas–Chiclayo.

Entre los pasajeros que arribaban, destacaba uno. Se trataba de un joven de porte atlético, alto, de ojos vivaces, sonrisa franca y alegre, conversación fluida y amigüero como él solo. Ya durante el viaje, solo 45 minutos, había hecho grandes migas con varios de los pasajeros. Descendió del avión vestido de impecable azul oscuro, camisa blanca, corbata negra y saco con botones dorados. Era el uniforme de la Fuerza Aérea del Perú, en la que ostentaba el ansiado grado de alférez.

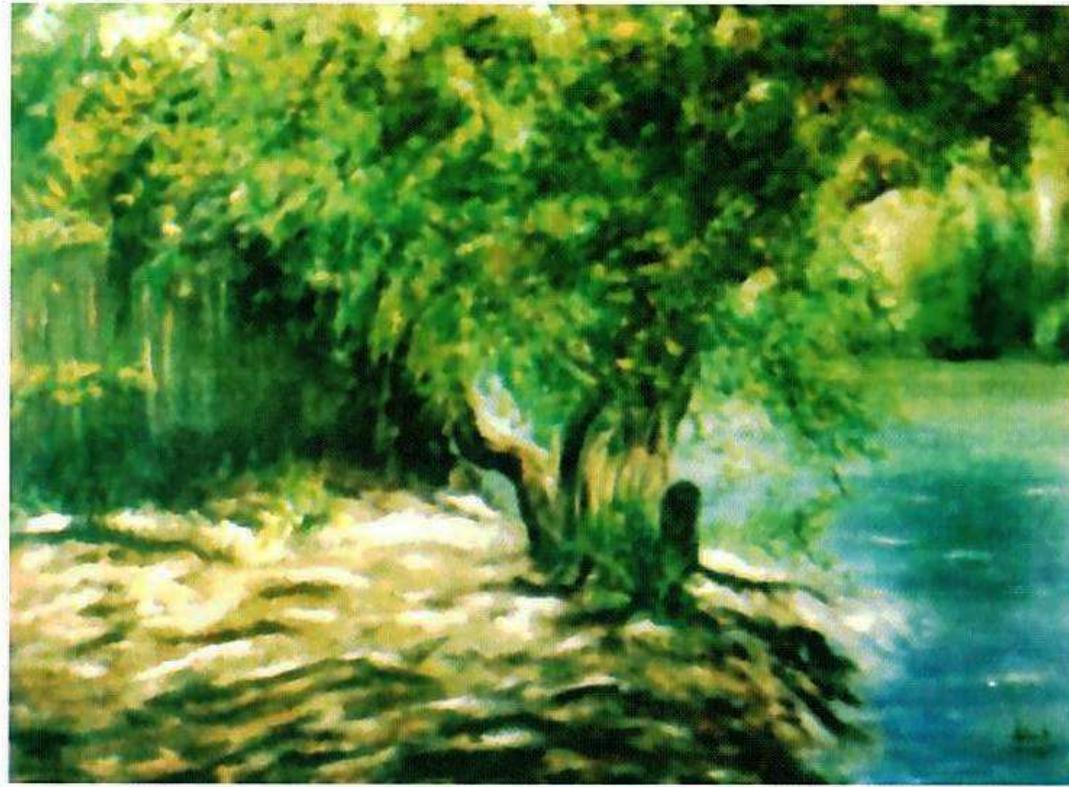
En la nave viajaba también una distinguida dama limeña, esposa del ayudante de la Prefectura, un oficial de la antigua Guardia Republicana. Este había acudido al aeropuerto a recibirla, acompañado de sus dos hermosas y jóvenes

hijas, quienes residían en Chachapoyas desde que el padre fue destacado a servir a órdenes del nuevo prefecto del departamento.

El destino, inexorable, juega con los hombres como fichas de ajedrez. En momentos en que terminaban los saludos y abrazos de los esposos y de las hijas con su madre, esta, que había recibido respetuosas atenciones del joven militar, lo llamó por su apellido. Acto seguido, procedió a presentarle a su esposo y a sus guapas hijas que, contentas por la llegada de la madre, no se habían percatado de la presencia del apuesto personaje de nuestra historia.

Unas cuantas palabras de saludo y el intercambio de frases de inconfundible simpatía, bastaron para que Cupido, angelito travieso y armado siempre de poderosas flechas de pasión, clave en los corazones del alférez y de una de las jóvenes, esos terribles y a veces dolorosos dardos de amor que hacen que los seres encuentren en los lugares y distancias menos imaginados, su otra mitad, es decir, la pareja ideal, la de toda la vida. Surgió entre ambos un recíproco sentimiento amoroso que, con el paso de los días, fue haciéndose más tierno. A tal punto que, ya no querían separarse, pues estaban convencidos que habían nacido el uno para el otro. Sin embargo, la necesidad que tuvo el oficial de reunirse con sus seres queridos que se hallaban lejos de la ciudad, en la hacienda de la abuela, a dos días de camino a pie, lo obligaron, con mucha pena, a ausentarse del lugar.

Los días transcurrían y el joven enamorado no retornaba del largo viaje. De esta situación aprovechó el celoso padre para decidir apresuradamente, en vista de su también repentino cambio de colocación dispuesto por sus superiores, para enviar a la esposa e hijas con destino a Lima, donde ellas esperarían su próxima llegada.



*A orillas del Uctubamba*  
(Óleo sobre tela)

La suerte, una vez más, determinó que ese mismo día, cuando ya el avión estaba próximo a aterrizar en Chachapoyas, el joven enamorado llegara de retorno a la ciudad. Al indagar sobre su amada, pronto recibió la noticia, transmitida por sus leales amigos, que ella y su familia viajaban ese día con destino a Lima. Inmediatamente, encargando en casa de unos conocidos las

cosas que traía consigo de su largo y agotador viaje, emprendió veloz carrera con dirección al campo de aterrizaje, el cual entonces estaba ubicado en las faldas del lugar conocido como Shundor y se hallaba a una distancia aproximada de 10 kilómetros en línea sinuosa y ascendente.

Sería difícil calcular el tiempo que empleó nuestro personaje en llegar hasta el aeropuerto. Podemos, sí, afirmar, que utilizó un tiempo récord en su maratónica carrera. Llegó cuando el bimotor descendía sobre la pista de tierra y hormigón. Abriéndose paso entre la gente que se apretujaba por ver la llegada de la nave, encontró, triste y apenada, a la mujer que le había robado el corazón. Ella, recuperada de su inicial sorpresa y mostrando su alegría, se lanzó a los brazos de su amado que, exhausto y bañado en sudor, de pies a cabeza, la recibió en un largo e interminable abrazo.

Se juraron, como ya lo habían hecho antes, amor eterno. Recién fueron conscientes de la necesidad de intercambiar direcciones en la gran ciudad. El prometió partir pronto para reencontrarse. Así fue: se vieron, se amaron, se casaron, tuvieron hijos... y sólo la muerte pudo separarlos... momentáneamente (¿?)

# Amores de estudiante

*A Aníbal Muñoz Torrejón*

**U**n corto, mediano y nítido silbo rasgó la negra y silenciosa noche. Era otoño y el cielo cubierto de nubes ocultaba las brillantes estrellas y luceros que en noche despejada nos muestra, orgulloso el cielo chachapoyano.

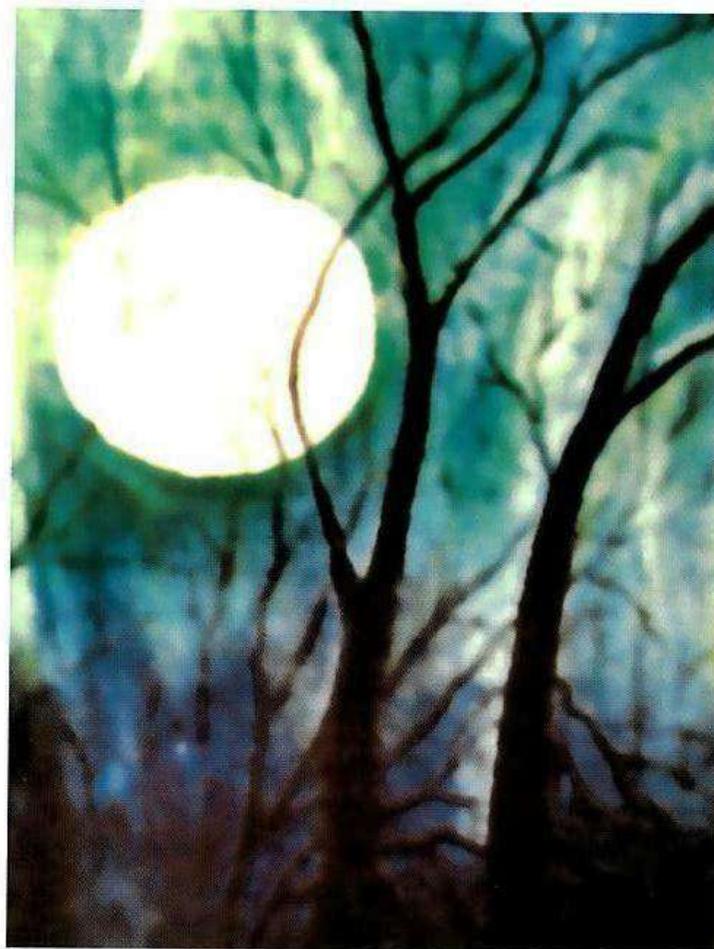
“... no me dejes solo vida mía ...”, era la canción escogida por el joven galán para comunicarse con su amada. Las agudas notas del silbo pronto llegaron a sus oídos y un temblor estremeció su frágil figura.

Por la tarde, en un inesperado y fugaz encuentro, él le prometió ir por la noche a su casa, aunque sea solo para contemplarla a lo lejos, ella desde su ventana y él, galán prematuro, desde el llano que ofrecía la solitaria calle. Para no ser visto por ojos impertinentes y cuenteros –los había por montones en los años de beatería chachapoyana– mandó confeccionar donde doña Florcita Orbegozo (costurera y maestra) una casaca negra que, con el pantalón del mismo color, nuestro personaje no era visto ni por el sabueso más despierto, ni por las ánimas del purgatorio que, dicen, se paseaban en la noche, como Pedro por su casa en

las calles aledañas al Colegio Seminario.

La sola visión de la niña abriendo la ventana y saludando tímidamente con la mano, complacía con creces al joven enamorado que emprendía el retorno con el corazón henchido de amor y de sublime e inefable gozo.

La férrea y celosa disciplina que imponían los padres, tanto sobre los hijos varones como sobre las hijas mujeres, de la Chachapoyas de los años 60, era de tal rigidez que nunca se vio a estas caminando solas por la calle, sino acompañadas de la madre, del padre o de otra persona mayor. Acercarse a una joven y detenerse a conversar con ella era casi un pecado mortal y caía sobre ella una inmediata reprimenda y algún duro castigo. Cualquier gente chismosa, transmitía



*Noche de Luna llena a orillas del Uctubamba*  
(Óleo sobre tela)

con pelos, señales y demás agregados de su cosecha, la noticia al celoso padre quien, cual juez implacable, dictaba la sancionadora e inapelable sentencia. De ahí que los encuentros entre enamorados eran muy esporádicos, distanciados en el tiempo, y no pasaban de unas pocas palabras o tan sólo de gestos.

Pocas parejas de la infancia o de la adolescencia lograron culminar exitosamente sus amoríos en el altar. Los raptos cinematográficos, a caballo y en noche oscura, rompieron de vez en cuando la imperturbable quietud e inquebrantable regla de desconfianza impuesta por costumbres ancestrales y ya, felizmente, superadas.



## Don Alfredo Brocha

Como Alfredo Brocha, o también con el apelativo de “Cara fea” se conoció en Chachapoyas de los 50 a un pintor de “brocha gorda” que, en días previos al 28 de julio de cada año, dejaba, casi durante todo el día, su barrio de Luya Urco para atender la gran demanda de pintado de fachadas de las casas de la ciudad. Premunido de un pellejo de carnero con lana clavado a una base de madera, sus escaleras y palos de distintos tamaños, de acuerdo con la altura de la pared, aplicaba a esta hasta “dos manos de pintura” obtenida disolviendo tierra blanca o greda, que extraía de una mina que hasta hoy existe en el camino al aeropuerto.

Alto, de contextura gruesa, su figura era ampliamente conocida en la calle Santo Domingo, donde residía su familia. En sus horas de descanso, que eran pocas en los días en que abundaba el trabajo de pintura de fachadas, cogía periódicos viejos y amarillentos y se ponía a leer con gran avidez todo lo que podía rescatar de los pequeños trozos de papel que hallaba en las calles. Ya imaginará el lector lo



*Por la carretera a Bagua*  
(Óleo sobre tela)

desactualizado en noticias en que vivía don Alfredo Brocha; más aún, si tomamos en cuenta que en ese entonces los periódicos llegaban a Chachapoyas luego de ocho o más días, trasladados por vía aérea desde Chiclayo.

No hemos podido establecer, luego de conversar con paisanos de la época, cuáles eran los apellidos y nombres de este inolvidable personaje que irrumpía

con su luz de blancura, su brocha de pellejo y sus escaleras, por calles y plazas de la tranquila ciudad de Chachapoyas en vísperas de Fiestas Patrias, fecha en que todos los vecinos tenían adoptada la buena costumbre de pintar sus casas en señal de complacencia y respeto por el aniversario de nuestra independencia nacional.

Don Alfredo Brocha también desapareció de la ciudad cuando las pinturas Vencedor, las brochas de naylon, los rodillos, los nuevos pintores, y a veces, la crisis económica, se afincaron en paredes, plazas y bolsillos de la población.



# Dos historias de loros

*A Alejandro Castañeada Ortiz*

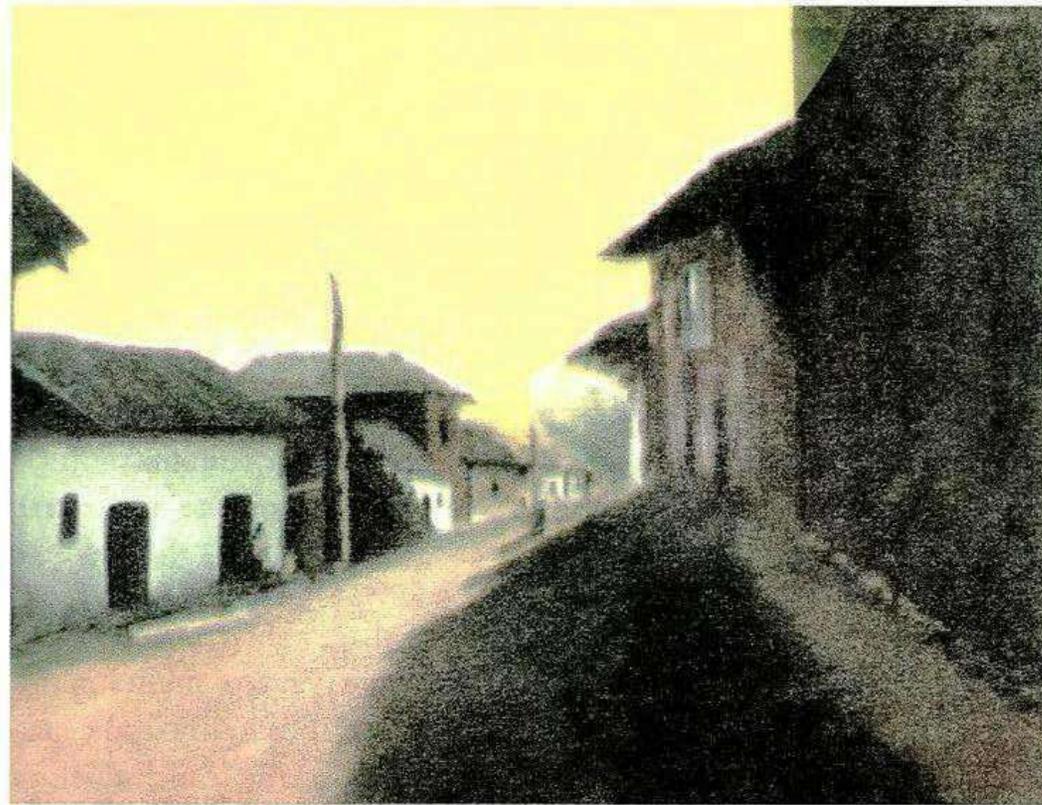
Juanita tenía una hermosa lora traída desde Tarapoto por uno de sus parientes cercanos. Era la envidia de sus vecinas. Cuando llegó a Chachapoyas, hablaba solo unas cuantas palabras, pero, al poco tiempo contaba chistes de corrido y lanzaba gruesos adjetivos contra los muchachos que pasaban por la casa y la oían hablar.

Un aciago día de febrero, mes de lluvias y tormentas, Juanita debió correr rápidamente al interior de su casa, pues en la huerta dos corderitos recién nacidos se hallaban a la intemperie. De esta situación aprovecharon unos fascinerosos para ingresar a su tienda, y pese a las protestas de la lora, la enfundaron en un costal y se la llevaron consigo. Al retornar la dueña de casa desde la huerta contigua, pronto se percató de la ausencia de su mascota, pues su locuacidad, al verla, nunca se detenía. Inútiles resultaron las reiteradas llamadas que hizo para que la lora contestara, y también fueron infructuosas las indagaciones que formuló a los vecinos sobre el paradero del animal.

Pasaron varios días de aflicción, de desconsuelo para la dueña. Esta se había encariñado con su mascota a tal punto que, hasta le servía de compañía. Era una mujer sola en la ciudad, a la que llegó en busca de mejores destinos.

Un día, cuando ya se había conformado y convencido de que todo era inútil para recuperar a su lora, ingresó a una tienda del centro de la ciudad y cuál sería su sorpresa al dirigir su mirada a un posible papagayo, pues tenía las plumas de varios colores; éste, mirándola, directamente, le dijo: “Juanita ... y lo que me robaron ...”. Luego de salir de su natural y explicable asombro, Juanita le alcanzó uno de sus dedos al que la lora se subió prestamente y sin regateos. Empezó una veloz carrera en dirección a su casa, recuperando de este modo a su querida lora, que para no ser reconocida, había sido teñida de vivos colores.

José Antonio Peláez Bardales



*Calle del Venado – atardecer*  
(Óleo sobre tela)

aves pequeñas y maíz), y suele cometer en los corrales grandes depredaciones a las cuales debe el nombre de zorro que se le aplica en Loreto”. En suma, se trata de un depredador doméstico, cuya presencia en las casas del campo o alejadas del bullicio, son terroríficas para gallinas, loros, pájaros, etc.

Volviendo a nuestra lora, una tarde, cuando ya los arreboles salpicaban de rojo las paredes blancas de la ciudad el animal empezó a dar gritos destemplados: ¡Carmencita, Isabelita ... el canchul ...! ¡Carmencita, Isabelita ... el canchu! Desesperadas, las hermanas corrieron en ayuda de la lora que no paraba de gritar. Al llegar dónde esta se ubicaba, la lora, levantando la cabeza y moviendo las alas, prorrumpía en carcajadas ... ja, ja, jaaaa.

Durante la noche la lora siguió con sus alarmantes gritos en varias ocasiones, hasta que ya entrada aquella se impuso un silencio que duró toda la noche y el resto de días, puesto que en una de las ocasiones en que el ave fue víctima del ataque certero y artero del canchul, nadie acudió ya en su auxilio. Se repitió con la lora, el cuento peruano de *El niño y el lobo*.



# A una mascota

*A Carlos Castañeda Ortiz*

Quería tener una mascota: un perro, como todo niño. Para que en la casa no sea rechazado, le pondré un bonito nombre. Haré que mi hermanita, la engreída de papá, se encariñe con él. (¿Por qué será que a la mayoría de los padres no nos gustan los perros?).

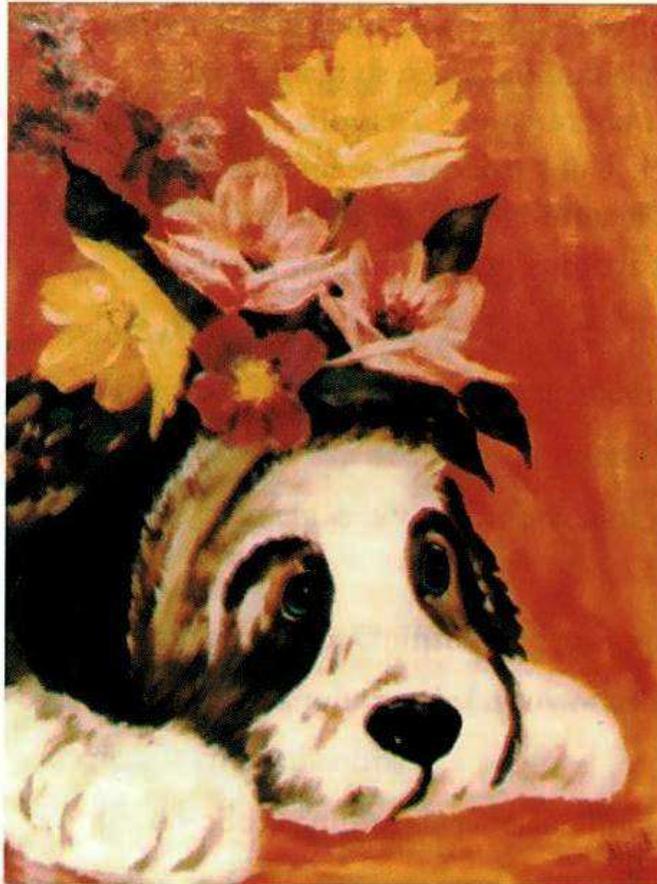
Un día de mayo, florido y azul, Carlos, mi amigo de carpeta e infantiles inquietudes, me dijo en el primer recreo de ese día: “en la casa de mi tía Florcita han nacido unos lindos perritos. Si quieres vamos a verlos”. Pactamos que a la hora de salida de la tarde pasaríamos por “la casa de Santa Lucía” (Con ese nombre la conocíamos todos: era la casa de los tíos de Carlos). Así fue. Saludamos a la tía y primas al entrar, y con temor por la presencia de la madre de los cachorros, que los cuidaba celosamente, levantamos lentamente la tapa de cartón que cubría una gran caja de este mismo material. Vimos, al fondo, cinco hermosos perritos. Unos eran blancos, otros negros, y solo uno con pintas blancas y negras. Ambos

colores bien definidos. Luego, haciéndonos los desentendidos y como si la cosa no nos hubiera llamado la atención, nos despedimos y abandonamos la enorme y solariega casa con techos a dos aguas, amplio patio interior, muy florido, con grandes barandales sostenidos por pilares de madera. Típica casa chachapoyana, con el añadido de que en ese entonces se ubicaba en las afueras de la ciudad, rodeada de grandes árboles y campos de labranza y cultivo.

En el camino de regreso, arreglamos los términos de la futura transacción. Un libro de matemáticas a cambio de *Bambi*. Así se llamaría la mascota. En quince días se haría la operación. El tercer sábado de ese mes de mayo, tuve que utilizar no sé qué pretexto para justificar mi ausencia de la casa. Igual lo hizo Carlos. Al aproximarnos a la casa, por acuerdo previo, yo tenía que esperar a mi amigo al otro lado de la cerca, no sólo para no ser visto por su tía, sino también para no ser mordido por la madre de *Bambi*, que probablemente acompañaría al portador de su hijo.

Después de algunos minutos de zozobra y ansiedad, escuché ruidos de hojas secas de los grandes árboles de eucalipto que rodeaban la propiedad y sentí los pasos de mi amigo quien, estirando los brazos entre “pencas” y “ancucashas” me alcanzó al lindo cachorro. Convenimos en que lo esperaría más adelante, pues tenía que despedirse de sus familiares ... “para que nadie sospeche de él”. (En años recientes hemos conocido que la tía nunca ignoró cómo perdió uno de los cachorros).

De regreso caminando con mi mascota en brazos, durante varios minutos dejé volar mi imaginación, y me vi corriendo por los verdes y floridos campos de mi ciudad, seguido por *Bambi*, ladrando con esa felicidad que muestran los



*Bambi*  
(Óleo sobre tela)

entre los brazos. Creció entre nosotros, pero debido a las ocupaciones del estudio y del trabajo no le pudimos dedicar la atención que merecía. Vivió casi solo en la azotea de donde obligatoria y desesperadamente bajaba cuando oía los estruendos de cuetes y temblores. A pesar de la poca atención que mereció

tiernos perros cuando están contentos, sanos y acompañados por buenos y cariñosos amos.

Lamentablemente, mi alegría imaginaria duró poco tiempo. El pretexto para quedarme sin mascota fue un rasguño en la manita de mi tierna hermana. La sentencia fue dictada y ejecutada de inmediato. “Bambi” no podía quedarse en casa. Ni las protestas, llantos y lamentos sirvieron para revocar la pena o siquiera atenuarla. Desapareció “Bambi” de nuestras vidas. Rápido, como vino.

Pasaron muchos años y un día, en la capital, mi hermano Edmundo regresó de su cita con el dentista trayendo un perro

José Antonio Peláez Bardales

de nosotros, fue siempre tema de conversación y fuente de inspiración literaria de más de uno de los escritores de la familia. Ya en su madura edad, también tuvo que abandonar la casa involuntariamente. La familia fue creciendo y el espacio se redujo al mínimo para él. Unos parientes asentados en campos de Chosica lo recibieron en su seno. He aquí la composición que me inspiró *A Milor*, la última mascota que compartimos juntos, padres, hermanos, hijos y sobrinos:

### *A Milor*

No sé en qué descuido  
la vida dando tumbos,  
te trajo hacia nosotros.  
No a casa de campo,  
ni en cielo azul intenso;  
no en zaguanes anchos  
y patios empedrados;  
no donde se esfumaron  
la placentera niñez y adolescencia.  
Viniste en un descuido a vivir entre nosotros,  
en piso de azotea en aire de humedad.

Quizás nunca supimos alegrar tus días  
a pesar de tus remilgos permanentes de alborozo,  
acaso faltó el tiempo,  
perdido en trivialidades o “cosas importantes” ...

Tu llegada fue impuntual, *Milor*, entre nosotros,  
cuando acaso olvidamos los juegos infantiles,  
cuando el bosque era de fierros y concreto,  
cuando el cielo era gris y ensombrecido.

Ahora que recuerdo, en instante de nostalgia,  
te veo tan lejano, ¡oh can de las historias!  
corriendo entre nosotros  
por los dorados caminos de la lejana infancia.



# Designio fatal

*A Darwin Vega y Sixto Silva*

En 1988 se produjo un grave y lamentable accidente de tránsito en el tramo final de la carretera que une Chachapoyas con el punto denominado El Cruce. Perdieron la vida un total de 35 personas. El microbús que circulaba desde el distrito de Leymebamba cayó por un despeñadero de más de setenta metros, casi en línea vertical. Desde aproximadamente unos 500 metros antes de la curva conocida con el nombre de Limón Punta, la carretera constituye, por la estrechez de la ruta, la presencia de curvas y lo irregular del terreno, un recorrido sumamente peligroso. Un sinnúmero de vehículos ha rodado al abismo con saldo doloroso de víctimas, desde que culminó su construcción. La única ventaja que ofrece esta exclusiva ruta y que no ha merecido la tención de las autoridades para decidir la construcción de otra vía alterna, es la dureza del terreno rocoso, en el que se hallan ausentes los derrumbes o desprendimientos de tierra o piedras que la hagan intransitable, aun en épocas de grandes aguaceros que abundan por la zona.



*Desde el cerro El limonero, al fondo a la izquierda el río Marañón  
(Óleo sobre tela)*

A las dos de la madrugada, don Bernardo Silva Bardales, vecino del distrito de Santo Tomás, luego de haber dormido profundamente, despertó súbitamente y le comunicó a su esposa que había decidido viajar inmediatamente con destino a la ciudad de Chachapoyas. No supo dar ninguna explicación respecto a la

urgencia del viaje. Aparentemente no existía razón alguna para emprender una nueva partida, máxime, si tenemos en cuenta que el día anterior don Bernardo retornó de Chachapoyas luego de realizar y culminar diversas gestiones que lo obligaron a permanecer todo el día en dicha ciudad.

A las siete de la mañana abordó el vehículo fatal. Minutos antes pasó otro por el punto de la carretera donde esperaba movilidad por espacio de algún tiempo. Estaba casi vacío. Al ser preguntado por su esposa cuál era la razón para no abordarlo, extrañamente le contestó que tenía que tomar ese vehículo. Ese que cayó al abismo y en el que perdió la vida.

Con don Bernardo viajaban en el transporte fatal conocidos ciudadanos del apacible distrito de Leymebamba que, en número considerable abordaron esa mañana el microbús de la muerte. Sobrevivió un solo pasajero: Eleodoro, Quilo Chuquinbalqui, conocido exalcalde del famoso distrito de Colcamar (bautizado extraoficialmente ahora con el nombre de Colombia), quien sin trauma alguno por el viento de la muerte que aquel día sintió sobre su piel, vive agradecido a Dios y recordando, con tristeza y serena alegría, aquella mañana en que salió aturdido y asustado del insondable abismo. Una saliente pequeña de la abrupta geografía sostuvo su cuerpo y evitó que cayera hasta las profundidades de la recóndita quebrada de Vishohuayco.



# Los Chuquis

*A José Chávez Bardales*

Corría el mes de julio de 1967. Igual que en los años anteriores, en la semana de Fiestas Patrias el Municipio de Chachapoyas programaba, como acto central, la realización del Campeonato Interprovincial de Fútbol. A ese certamen asistían las representaciones de la mayor parte de las cinco provincias que, en ese entonces, conformaban el departamento de Amazonas. Participaban Bongará, Rodríguez de Mendoza, Luya, y por supuesto, tres o cuatro equipos de la capital departamental.

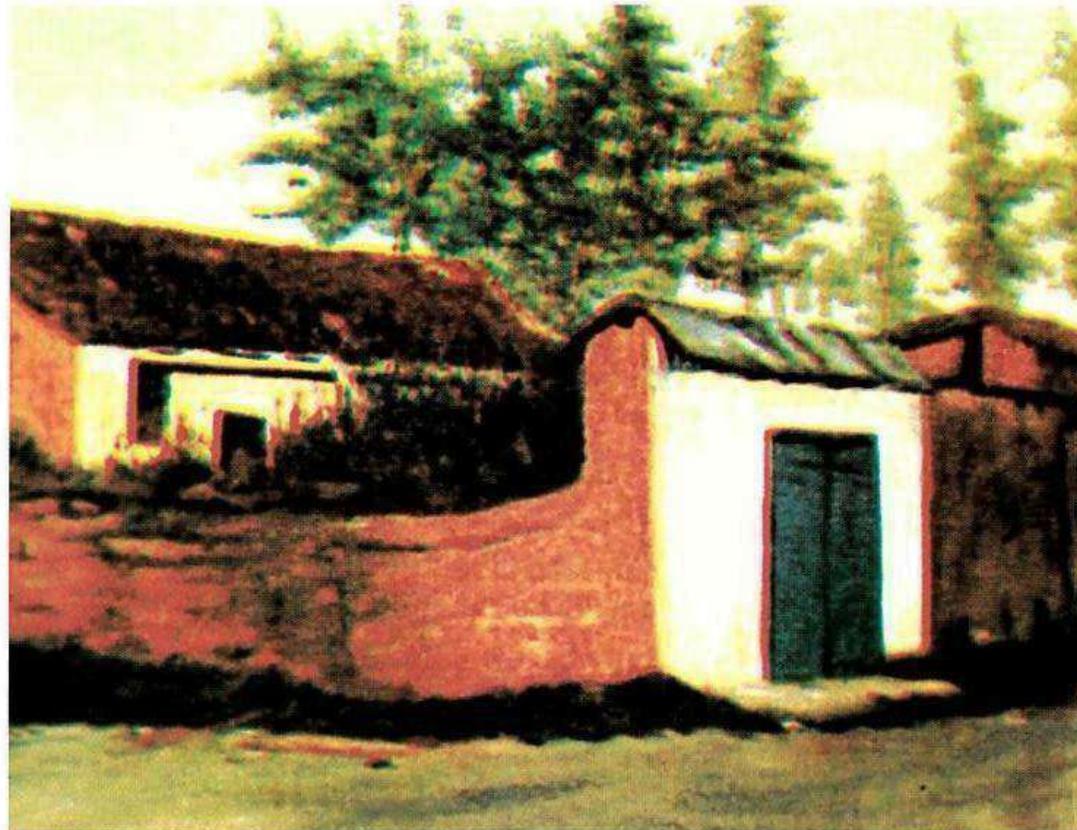
En días previos a la realización del campeonato, habían acudido, con ánimo entusiasta de participar en este magno certamen deportivo, un grupo de jóvenes que integraban un poderoso equipo, como quedó demostrado días después. Procedían del extremo de Atuén, ubicado en la provincia de Chuquibamba, al extremo de Amazonas y colindante con los departamentos de La Libertad y

San Martín. Los organizadores del evento solo les permitieron participar en el mismo, si representaban, no al desconocido en ese entonces caserío de Atué, sino al distrito de Chuquibamba; de modo que a los entusiastas deportistas no les quedó otro camino que inscribirse con ese membrete. Algunos de ellos procedían de ese distrito y otros eran de los caseríos de Atué y Cabildo Pata.

Cuando salieron a la cancha de fútbol, ubicada en aquel tiempo en el actual Parque de Belén, nadie daba medio por ellos. Ninguno de los jugadores calzaba zapatos de fútbol, ni siquiera zapatillas. Estaban todos, como se dice: “a pata calata”. El campo de Belén, en aquellos tiempos era una planicie de tierra seca y carente de todo vestigio de césped u otro tipo de gramado. Esto hacía suponer a los espectadores, que los deportistas encontrarían serias dificultades no solo para su desplazamiento, sino también para la integridad de sus pies descalzos.

Belén era el único espacio o campo abierto aparente que existía en la ciudad para realizar los eventos futbolísticos. Toda la población acudía a presenciar los encuentros. Ubicándose en los muros que rodeaban la cancha y que servían de veredas adyacentes a las casas que la circundaban, seguían atentamente el desarrollo de los encuentros.

El primer partido lo ganaron fácilmente los jóvenes visitantes. Poniendo de manifiesto un excelente juego de conjunto, un envidiable físico y un gran dominio de balón, doblegaron sin dificultades a su primer rival. Característica común en ellos era que presentaban una casi imperceptible protuberancia o hinchazón al costado de la boca. Los jugadores contrarios comentaron, casi convencidos, de que masticaban coca y despedían aliento alcohólico.



*Casa chachapoyana - Calle El Venado*  
(Óleo sobre tela)

Según nos informaron, muchos años después antes de los encuentros estos bravos jugadores le “echaban una partida” de ese legendario vegetal y unos cuantos “pucheros” de aguardiente para “armar”. Para suerte de ellos, en ese entonces no se conocían las pruebas antidoping que al resultar positivo pudo haber eliminado de la contienda no solo a uno sino a todos los jugadores chuquibambinos.

José Antonio Peláez Bardales

Habían llegado a Chachapoyas en un camioncito Ford modelo 600, después de un recorrido de más de cuatro horas desde Leymebamba, a donde arribaron a caballo, desde Atuén, en una larga caminata de más de ocho horas.

Uno a uno fueron derrotando a los rivales que se les enfrentaban. Los mejores equipos de Chachapoyas: Higos de Urco, Alonso de Alvarado, Colegio San Juan, y los representantes de las provincias de Rodríguez de Mendoza, Luya, y el distrito de Leymebamba, cayeron sin atenuantes ante el gran juego de Los Chuquis, así nombrados desde el primer encuentro.

Los sólidos defensores del equipo no dejaban pasar fácilmente a los jugadores contrarios, y cuando esto sucedía, en muy raras ocasiones, un bien plantado Magdonio Silva, así se llamaba el guardapalos tomaba con seguridad la redonda, y dando un giro a la pelota por la espalda, la pasaba al jugador mejor colocado para iniciar rápidamente el contraataque. Este gran jugador demostró sus condiciones de arquero imbatible, al evitar que varios tiros de penal cobrados por los árbitros locales que buscaban alguna derrota se convirtieran en goles de los adversarios. Su máxima consagración la obtuvo al final del campeonato. Definiendo el título con el Club Sachapuyos, atajó dos penales que le sirvieron para que el equipo obtuviera el máximo galardón de Fiestas Patrias del año de 1967.

La buena memoria de uno de sus integrantes nos ha permitido obtener los nombres de los jugadores que integraban el equipo de Los Chuquis.

En el arco: Magdonio Silva. En la defensa: Edilberto Díaz, Simeón Llaja, José Chávez y Milo Díaz. En la volante: Elías Bardales y Víctor Sánchez. Delanteros: Delfín Rojas, Arcio Rojas, Martín Bardales y Pedro Silva.

# Milagro de pintor

*A Luis Monsante Nevares*

*A*llá por 1880, vivió en Chachapoyas un polifacético y gran hombre, de cuya última etapa de su fecunda vida nos ocupamos en una de las crónicas que integran mi anterior publicación titulada *Crónicas chachapoyanas*. Se trata de mi antepasado don Luis Monsante Riofrío. Éste viajó a la ciudad de Iquitos en busca de una plaza en el magisterio, dada la paralización casi total de las actividades en Chachapoyas durante la posguerra con Chile.

Víctima de una cruel y súbita enfermedad, propia de los trópicos, falleció prematuramente lejos de sus seres queridos, los cuales nunca dejaron de llorar su inesperada y lejana partida.

Su corta vida en Chachapoyas, murió a los 37 años, fue, sin embargo, rica e intensa. Casado con doña María Rubio Lynch, tuvo seis hijos. El último, Ricardo, era tan pequeño cuando falleció su padre, que casi ni lo conoció.

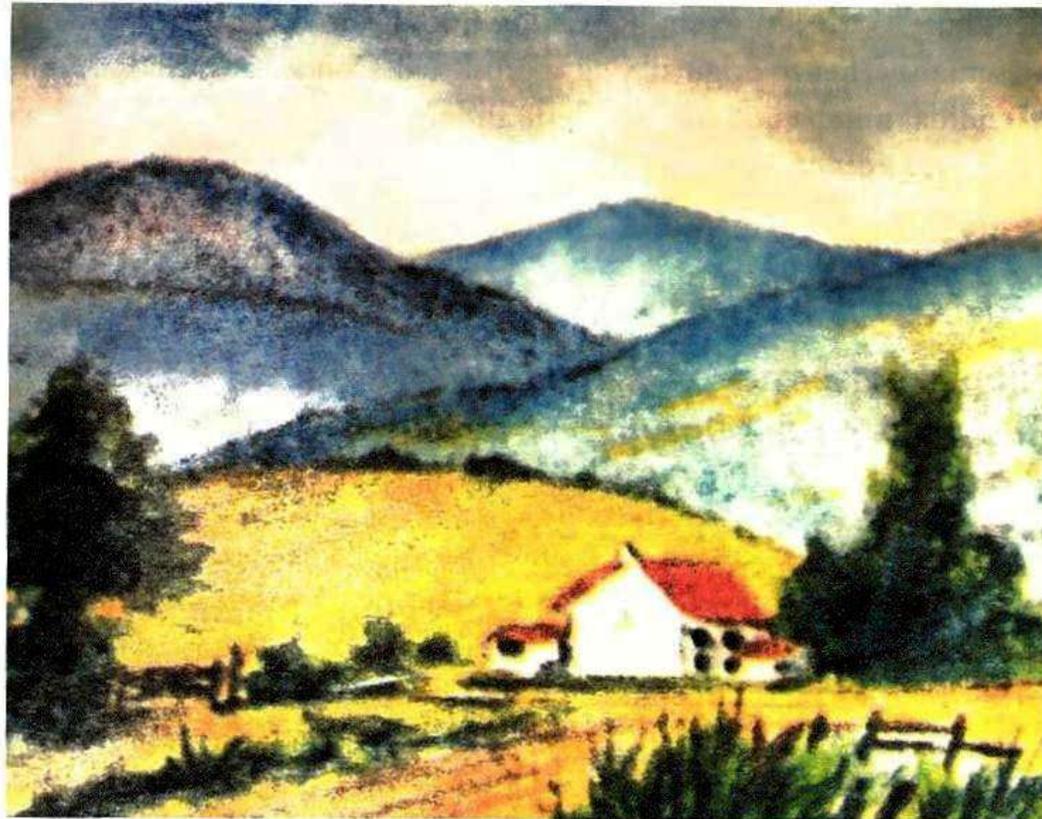
Era maestro de escuela, con sólida formación adquirida en la capital de la República, poseedor de un bagaje cultural humanista, escultor, ebanista, filósofo y pintor autodidacta. Se sumaban a estos méritos personales, un espíritu generoso, noble y digno.

Por esos tranquilos y bucólicos años, las familias vinculadas por lazos de sangre o de amistad intercambiaban para la veneración religiosa una bella imagen de la Virgen del Carmen que, llevada con todas las ceremonias del caso, quedaba en cada hogar durante ocho días consecutivos.

Reunida toda la familia, le rendía culto a la imagen reproducida sobre tela. Se trataba de una pintura al óleo que mostraba el hermoso rostro de la Virgen, que constituía una bella y bien lograda obra de arte, cuyo autor se desconocía. Igualmente, no se conocía cómo y cuándo se inició el culto a la imagen. A decir de sus fieles, que iban en aumento, concedía muchos y efectivos milagros en el corto tiempo que permanecía en cada hogar.

En ocasión de haber cumplido los ocho días en la casa de nuestro personaje, la notable obra enmarcada en un cuadro de madera debía ya ser devuelta con la mandadera de la organizadora del culto, que había sido enviada a recogerla.

Oyendo don Luis las amables y bondadosas súplicas que hacía “la mamita María” a fin de que la estampa, que había, al parecer, operado efectivos milagros en la casa durante su estadía, permaneciera siquiera por un día más al lado de los suyos para que todos los familiares que acudieron de lugares cercanos le rindieran su devoción, se propuso reproducir el cuadro en una sola noche, vale



*Camino a Pueblo de María*  
(Acuarela)

decir, pintar, una imagen de la Virgen idéntica al modelo, que por fin quedó un día más en el hogar de los Monsante Rubio.

Al día siguiente, luego que “Papá Luis” -con ese cariñoso trato se dirigían a él sus familiares- trabajara durante toda la noche, presentó ante su esposa dos

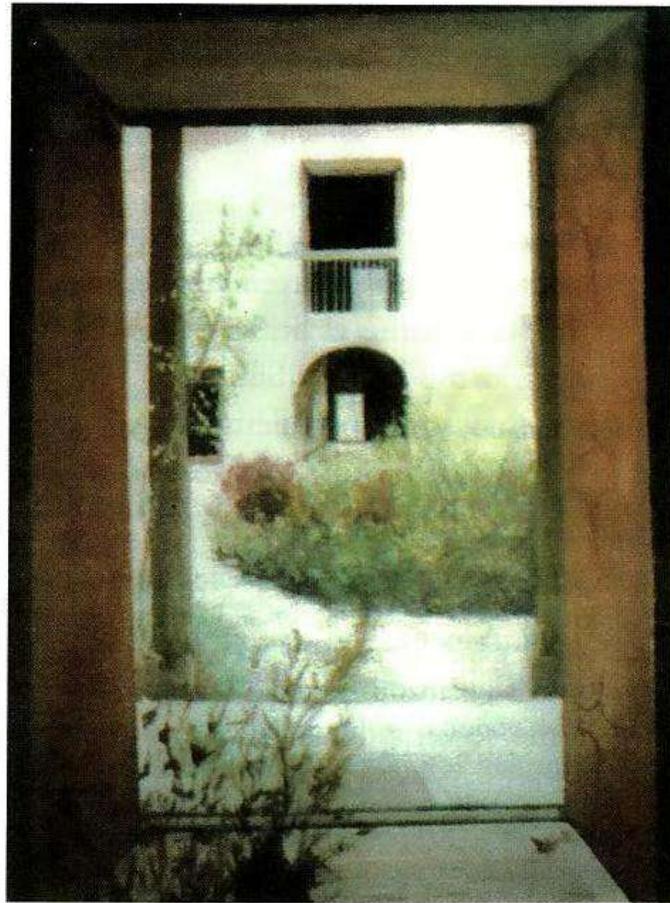
José Antonio Peláez Bardales

idénticos cuadros de la Virgen, habiendo reproducido incluso una leve mancha que presentaba el lienzo original, y cuya causa se desconocía. Su esposa, admirada y sorprendida, miraba las imágenes deslizando sus claros ojos de la una a la otra, sin poder establecer cuál era la pintura original y cuál la fiel y exacta reproducción.

# Sustos y temores

*A mi hermano Mario*

Corría presuroso el año de 1960. Una noche, cuando ya las luces de la tarde se disiparon por completo y habíamos encendido las de los lamparines a kerosene que iluminaban tenuemente la pieza en la que nos encontrábamos, mi hermano mayor que, como todos los años, había llegado a pasar sus vacaciones en Chachapoyas, no recuerdo a guisa de qué, me lanzó amigablemente un terminante reto que nos dejó atónitos, no solo a mí, sino también a mis hermanos menores: “Te apuesto a que no vas al cuarto de los abuelitos y me traes, de la mesa que está ahí, el candelabro y la vela colocaba en él”. Sorprendido, pero con decisión, le pregunté: ¿Cuál es el pago de la apuesta? Mi hermano había traído de Lima, entre otras cosas, un flamante disco long play de 33 r.p.m. del famoso conjunto mexicano *Los tres diamantes*, que me ofreció en pago si cumplía con la prueba. Acepté de inmediato, sin medir las consecuencias de mi irreflexivo arrojito.



*La casona Monsante*  
(Óleo sobre tela)

recordada bisabuela: La mamita María. Ahí, en esas habitaciones, en la gran sala, discurrió la plácida y tranquila vida de mis antepasados. Mujeres y hombres de gran corazón, generosos, decentes, solidarios y honorables, hechos a “carta cabal”. En esa enorme sala, cuya puerta principal coincidía con la que daba a la Plaza de Armas, se velaron los nobles restos de tres generaciones de nuestros antepasados.

En los años en que se desarrolla esta breve historia, Chachapoyas como tantas ciudades antiguas y tradicionales del país, contaba con un deficiente servicio eléctrico. La planta eléctrica de Achamaqui, que

captaba las aguas del río Utcubamba para mover sus turbinas, continuamente sufría desperfectos que dejaban a la ciudad a oscuras, haciendo más lúgubres y desoladoras las silenciosas y misteriosas calles y campos de la ciudad. De

La casa en que nacimos, y en la que discurrieron los dulces y apacibles años de la infancia y parte de nuestra saludable y soñadora adolescencia, está ubicada en la Plaza de Armas. No ha cambiado por fuera casi nada. Las mismas tiendas, algunas con diferentes dueños; unas con frente a la Plaza de Armas, y otras en el Jirón Ortiz Arrieta. En el segundo piso, los mismos balcones de madera, los techos a dos aguas, los mismos altillos donde de niños jugábamos a las escondidas. Por dentro sí, según nos han relatado, la casa está irreconocible. La casa tiene dos amplios patios, uno, el principal, al cual se accede por la puerta de ingreso, y otro, enorme, al que se accedía por otro zaguán interior. Ambos están tugarizados por precarias construcciones de madera o cartón que albergan a decenas de personas. Ninguno de nosotros en diversas visitas a la ciudad, hemos sido capaces de traspasar el gran zaguán que hoy permanece con las puertas abiertas casi todo el día y la noche. Esta inolvidable morada fue construida por mi abuelo mucho tiempo antes que nosotros viéramos la luz en una de las habitaciones cuyos dos balcones principales daban a la plaza.

Volviendo al tema del relato, me armé de valor y, casi de memoria y al tacto, tomé el corredor del segundo piso y, al sonido sordo y crujiente del entablado, empecé lentamente a descender por las escaleras apoyándome en las barandas y la pared. Cuando ya me hallaba en el patio principal, doblé hacia la derecha, empujé con las manos la enorme puerta que daba ingreso al pasadizo que comunicaba con el patio interior, y giré hacia la izquierda. Avancé con las manos colocadas sobre la pared, dada la oscuridad reinante, y pasé por la gran puerta de la sala principal ubicada en el primer piso de la casa; de pronto, con el tacto, me percaté que ya estaba frente a la puerta donde de pequeño vi en su lecho de muerte a mi

otro lado, las enormes moradas que otrora albergaban a decenas de familiares, bisabuelos, abuelos, padres, tíos, primos, empleados, etc. se fueron despoblando poco a poco. El abandono y la oscuridad fueron cubriendo los recuerdos de vidas pasadas.

Frente a la puerta de la habitación, de cuyo interior debía tomar el candelabro colocado sobre la única mesa existente en ella, la empujé suavemente. A tientas, avancé hasta chocar contra la mesa. Estiré lentamente el brazo y sentí el frío del metal del que estaba hecho el abandonado candelabro. Sin dar la espalda, retrocedí y, ya en el umbral de la puerta de dos cuerpos, jalé de ambos lados para cerrarla. Cuál no sería mi asombro y terror, al ver que de uno de los lados se acercaba hacia mí una sombra o algo que no tenía ni remotamente previsto en mis cálculos.

Emprendí veloz y desesperada carrera (seguramente, en ese entonces con los pelos de punta), y no paré hasta hallarme al lado de mis hermanos, a quienes conté alborotadamente lo acontecido. Cómo se vería de asustado mi hermano con quien pacté la apuesta, que inmediatamente me hizo entrega del disco de *Los tres diamantes*, y un vaso con agua para disipar el gran susto.

Al día siguiente, con luz y en compañía de mis hermanos, fuimos a verificar las posibles y explicables causas de mi espanto, convencidos todos que ninguno de los espíritus de nuestros antepasados, hombres y mujeres buenos, tranquilos con sus conciencias y sin motivos para “penar”, serían capaces de asustarnos viniendo desde el más allá. Al realizar la misma operación de cerrar las puertas de la habitación, comprobamos que una de las mamparas que cubrían los cristales

que permitían el ingreso de la luz, estaba sin asegurar con el pestillo que ambas tenían y, al momento en que empujé la puerta, se retiró hacia atrás. Al cerrarla, esta mampara se movió hacia delante y produjo una sombra sobre los cristales de la ventana.

Por último, diremos que, en esas enormes casas, construidas de gruesos adobes de barro y paja, en noches oscuras en las que no se contaba con radios, menos con televisores ni otras distracciones, las horas de ocio de muchachos y aun de mayores, se llenaban con cuentos e historias de aparecidos, fantasmas y almas en pena que, más de una vez, nos hicieron pasar las noches en vela.



# El Amito

*A Wilder Zumaeta Oyarce*

Allá por los años setenta, apareció, de pronto, un singular personaje que, vestido con un largo abrigo de lino color beige con botones desde el cuello y luciendo una prominente barba color castaño causó revuelo y admiración entre los pobladores de los valles calientes de Las Baguas.

De porte atlético, piel blanca, casi colorada, cabello castaño, igual que la larga barba sin afeitar por varios meses que rodeaba sus labios delgados, ojos azules, mirada franca y serena, su paso por calles y establecimientos comerciales despertaba naturales comentarios y creaba entre los tranquilos pobladores, más de una interrogante.

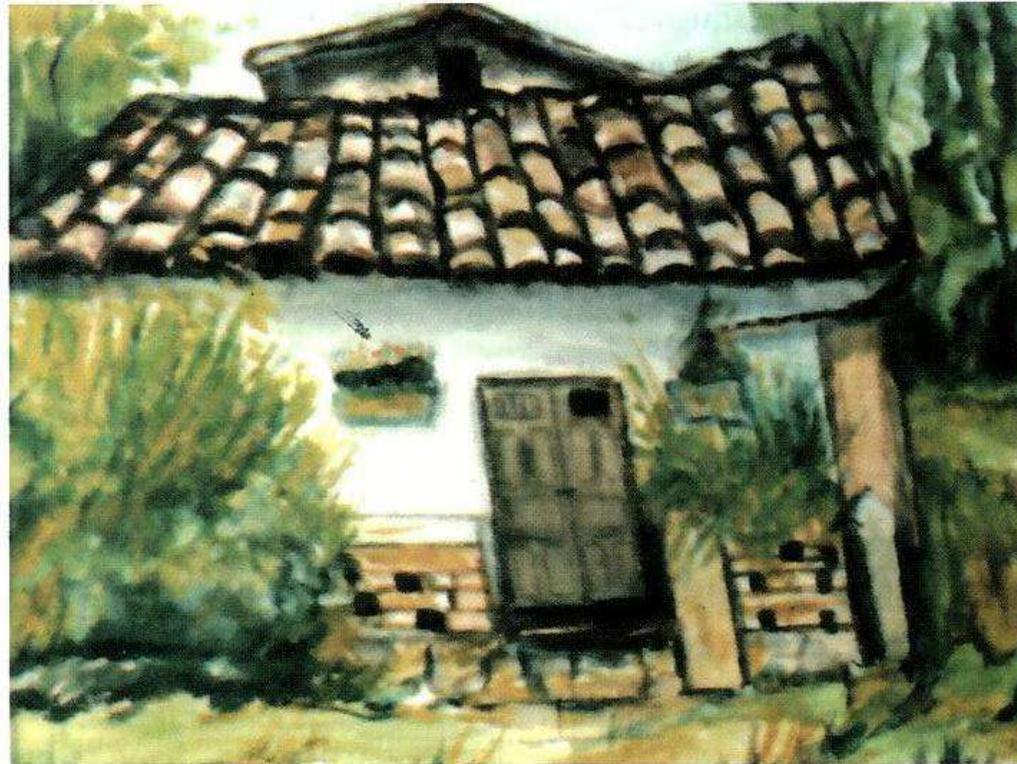
Por no ser originario de esos lares, de gente de tez cobriza y lampiña, su presencia llamaba rápidamente la atención. Despertaba aún más interés, su carácter introvertido. Eran casi permanentes su silencio y retraimiento, y con muy pocas palabras se comunicaba con la dueña de la fonda que le asistía con sus diarios alimentos.

Un día, al concurrir a su pensión a la hora del almuerzo, vistiendo su infalible atuendo, es decir, su sobretodo con botones, advirtió que, en una de las mesas vecinas, tres parroquianos departían y brindaban en forma alegre y bulliciosa.

Cuando la dueña del local les trajo las tres nuevas botellas de cerveza bien heladas que habían solicitado, los parroquianos le consultaron si al circunspecto y extraño personaje que ocupaba la mesa vecina le podían invitar un vaso. No sabemos si fue la lánguida, tranquila y pálida expresión de nuestro amigo, sumada a la dulzura de su rostro cubierto de barbas, lo que despertó en los contertulios un gesto de generosidad, o si este exteriorizó alguna expresión que transmitiera el ansia de apagar una antigua y larga sed.

Ante la oferta de los parroquianos, la dueña, previa mirada al personaje, les dijo, casi indignada, que cómo se atrevían a hacer una oferta irreverente a alguien que, dada su condición divina, no podía adoptar actitudes mundanas y menos aún beber licor como cualquier profano mortal. Acto seguido, los sorprendidos clientes procedieron a preguntar a la propietaria quién era el extraño y misterioso varón que, en un lugar tan caluroso como Bagua, no podía tomar un vaso de refrescante cerveza y vestía de forma tan extraña. La interrogada, acercándose a los preguntantes, les dijo muy bajito y con notoria expresión de respeto y recogimiento: *es el amito*.

Pasemos ahora a explicar qué significa la expresión “amito”. Esta palabra castellana deriva del latín “amicus”. Define al “lienzo con una cruz al medio, que los dignatarios de la Iglesia católica, se ponen sobre la espalda para celebrar algunos oficios divinos”. Sin embargo, en el léxico antiguo de varios pueblos del



*Casita de Luya Urco*  
(Óleo sobre tela)

Perú, “amito” es una palabra muy usada por la gente del campo para referirse a Dios, quien es considerado el amo y gran Señor. El diminutivo de amo es amito, y creen, en el marco de su humildad y sencillez, que tratándolo así, con más calidez y cariño, constituye un gesto de respeto y consideración para con tan bueno y misericordioso Dios que nos oye, nos perdona, nos premia, y asimismo, nos castiga.

Años después, nuestro amigo El Amigo, cansado ya de su proverbial apariencia, decidió cortarse las barbas, abandonar su incómoda vestimenta, y contar cuál era el origen de su singular apelativo. También fue sincero al decirnos que aquel día, en que su voluntariosa casera rechazó sin autorización, pero en su nombre, aquel vaso de helada cerveza, ganas no le faltaron de desautorizarla a viva voz y ocupar un sitio en la mesa contigua para beber no uno, sino varios vasos pues las ganas y la sed, literalmente lo mataban.

Desde ese lejano día, nuestro afable personaje ha intentado recuperar, con creces, el vaso que involuntariamente dejó de beber, no por su culpa, sino por aquella apacible y sorprendente apariencia divina.

# El reloj de don Mario

## Revoredo

ErEran las 4:30 p.m. del 14 de mayo del lejano año de 1928. Pocos minutos antes, los escolares habían retornado a sus cálidos y tranquilos hogares. De pronto, un ensordecedor ruido precedió a un terrible sacudón que meció, cual hojas de palmera, las casas de adobe y quincha que formaban el pequeño poblado que era en ese entonces la ciudad de Chachapoyas.

En pocos segundos, una terrible y densa polvareda oscureció al aún claro cielo azul que presentaba la ciudad esa tarde de mayo. Clamorosos y desgarradores gritos se apoderaron de los pobladores que trataban de ganar desesperadamente las calles y huertas del interior de las casas, en pos de salvar la vida. Los mayores hacían desesperados intentos por reunir a sus seres queridos para ponerlos a salvo. Muchos de ellos quedaron atrapados en los escombros de las viviendas que se vinieron al suelo. Otros, detenidos y parapetados en los umbrales de las

José Antonio Peláez Bardales



*Ingresando a Bagua desde Chachapoyas*  
(Óleo sobre tela)

puertas, colocaban entre brazos y piernas a sus pequeños para protegerlos de la caída de objetos contundentes.

En pocos minutos la ciudad quedó en escombros. La Catedral, antigua iglesia edificada como todas las construcciones de la zona, con adobes, ubicada en la

Plaza de Armas, al igual que otras iglesias asentadas en otras plazuelas, sufrieron grandes e irreparables daños que determinaron su posterior demolición. El balance de fallecidos en una ciudad de escasos habitantes, fue dramático y doloroso: seis muertos. Los que aún viven y recuerdan este trágico acontecimiento, refieren que entre las víctimas más conocidas estaban doña Susana Barrera y doña Rosa Rubio de Merino. No se registran nombres de las otras personas muertas trágicamente en ese lamentable suceso que marcó de por vida a los chachapoyanos que sintieron de cerca las garras de la muerte.

Después de participar casi toda la población adulta en la búsqueda de personas atrapadas entre los escombros, llegó la noche, y con ella, el intenso frío seguido de una fuerte y persistente lluvia que agravó el sufrimiento de los pobladores. Hombres, mujeres, ancianos y niños tuvieron que acondicionarse con mantas, ponchos, frazadas y toda tela que pudiera servir para guarecerse de las inclemencias del clima que reinaba en la zona.

La Plaza de Armas reunió, en un inmenso dormitorio, a todas las clases sociales, por esos años marcadamente diferenciadas en la Chachapoyas de los novecientos. Al día siguiente, y en los sucesivos, no solo fue dormitorio, sino comedor, cocina y escuela. Los continuos sismos o réplicas del terremoto, unidos a la precariedad de las viviendas, hicieron que los habitantes permanecieran en plazas y huertos por muchos e interminables días. La ayuda estatal demoró varios meses, habida cuenta que Chachapoyas, por esos lejanos años, carecía de vías de comunicación que la unieran a las ciudades de la costa, de donde tenía necesariamente que llegar la “gracia” del centralismo gubernamental.

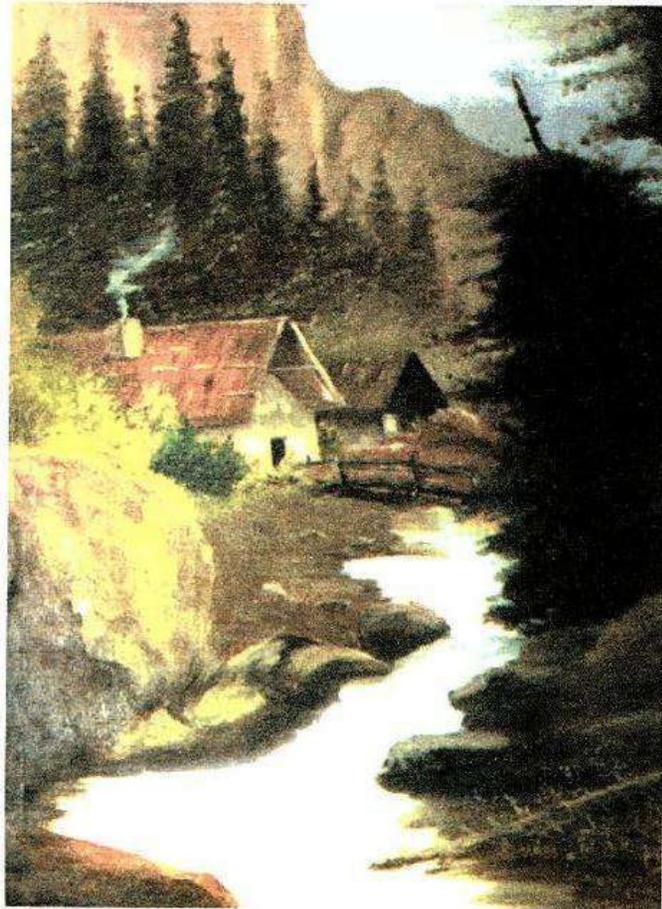
Para no seguir afligidos con esta narración y como en la vida no todo es tristeza, referiremos un hecho anecdótico y jocoso que se vivió en esos melancólicos días, y que fue muy comentado por toda la población que se alegró en medio de sus penas. A consecuencia de las serias y peligrosas resquebrajaduras que presentaba una de las paredes de la casa del ciudadano chachapoyano don Mario Revoredo, ubicada en una de las calles que bordea la Plaza de Armas, se retiró un gran reloj, big ban, de péndulo, incrustado en fina madera, el mismo que fue ubicado al frente de la vivienda donde se habían acondicionado los muebles, camas, sillas, mesas, etc.

Como quiera que don Mario (que se encontraba en reunión con los notables de la ciudad), precisaba conocer la hora para que acudieran todos a tomar los alimentos de la tarde, llamó en voz alta a uno de sus hijos dándole la siguiente y sorprendente orden: “Hijo, ven... levanta la pollera de tu madre y mira la hora...”. El hijo aludido, presto y reconociendo la utilidad que prestaba la falda de la Sra. Rosa Merino de Reynafarje (así se llamaba esa digna y distinguida matrona chachapoyana), corrió presuroso al lugar donde el reloj se encontraba cubierto por la fada que, indudablemente no llevaba puesta la madre. La famosa pollera sirvió para tapar el mencionado reloj y protegerlo de la tierra y el polvo que cubrió por varios días a consecuencia de las demoliciones de las viviendas que quedaron inhabitables por el fuerte terremoto del año 1928.

## La pensión de los mal casados

*P*or los años de 1964, hasta finales de 1969, en Chachapoyas no proliferaban negocios de restaurantes o fondas que ahora sí abundan por la ciudad. Eran escasas también las pensiones, pues los empleados, funcionarios, policías y otros que laboraban en las entidades públicas, los cuales en muchos casos procedían de otros lugares del país, rápidamente traían a sus esposas. Si eran solteros, se casaban con guapas chachapoyanas o bellas jóvenes de alguna provincia o distrito aledaño, y formaban hogares donde no podía faltar un buen plato de sopa y los tradicionales potajes de la comida local.

Una de las escasas pensiones que por esas épocas tenía asidua concurrencia, pero solo de hombres, era la llamada pensión de “los mal casados”. Allí se daban cita, puntualmente, en doble horario, todos aquellos varones, que pese a ser



*Casas de Opaban*  
(Óleo sobre tela)

los temas deportivos a los políticos, y de estos a los laborales. Sin ponerse de acuerdo, existía algo así como un acuerdo de caballeros en no tratar, para nada, los problemas conyugales que afrontaban. Quizás esta ausente terapia grupal

casados, afrontaban problemas conyugales.

Asistía a este local, un selecto grupo de profesionales de todas las especialidades y títulos: abogados, contadores, médicos, oficiales de la Policía, odontólogos, etc. Igualmente, concurrían algunos funcionarios judiciales, bancarios y otros empleados públicos de alguna importancia. Todos tenían en común su condición de cónyuges separados; pero, como si existiera un tácito pacto, jamás fue tema de conversación entre ellos las causas, motivos o circunstancias que determinaron su situación de separados.

En los minutos que compartían juntos, los diálogos iban desde

determinó que casi la mayor parte de los “mal casados” terminaran, con el paso del tiempo, por separarse de sus parejas en forma definitiva.

A medida que Chachapoyas fue progresando y creciendo, surgieron otros negocios. Esta famosa pensión, que hasta ahora subsiste en la ciudad, perdió su nombre original y hoy solo es un recuerdo para aquellos que fueron asiduos y obligados concurrentes a ella.



# Un inolvidable arquero

*A Juan Pío y César Silva Linares*

Con motivo de las obras que se realizaban en la carretera Leymebamba – Balsas, los contratistas encargados de su ejecución, reunieron un gran número de trabajadores, muchos de ellos especialistas en topografía, construcción de puentes, en manejo de explosivos y otros menesteres.

Entre estos fue contratado don Juan Arias Neyra. Este, hombre de unos 30 años aproximadamente, de estatura elevada, de atlética y fuerte complexión física, de tez morena, pelo ensortijado, fue uno de los activos y entusiastas trabajadores de esa obra.

En los días festivos y de descanso, dada su inclinación por el “deporte de las multitudes”, y la ausencia de otras diversiones sanas, animaba a sus colegas más jóvenes, a disputar, entre ellos, entusiastas y reñidos encuentros de fútbol. Una de esas tardes y colocado debajo de los tres palos, mostró a sus jefes y amigos, sus grandes dotes y cualidades de arquero. Al final del encuentro, los contratistas, sorprendidos gratamente, respecto de sus grandes habilidades y su excelente

técnica propia de profesionales del arco, mostraron gran interés por conocer detalles de su accionar deportivo.

El gran Juan Arias, hombre modesto, tímidamente contó de su largo trajinar deportivo, y su paso triunfante por equipos limeños profesionales. Uno de estos, el último, fue el Mariscal Sucre.

Al notar los empresarios de la obra que podían participar con un sólido y competitivo equipo en el campeonato de las próximas Fiestas Patrias que se desarrollaba en la capital del departamento como todos los años, no demoraron en proponer a Juan Arias Neyra, la preparación del equipo que, al representar al distrito de Leymebamba, rivalizaría con otros participantes en dicho certamen.

Fue así como en julio de 1957, arribaron a Chachapoyas los bravos “lemichos” encabezados por ese legendario arquero al que hoy rendimos homenaje a través de esta crónica. Dejaron una huella imborrable en la memoria de quienes tuvimos la suerte de verlos jugar.

Arias, con su sólida e impresionante estampa de arquero, parado bajo los tres maderos, fue una barrera infranqueable para los atacantes de los equipos rivales de este sólido y aguerrido representativo de Leymebamba.

En el encuentro final, disputado contra el Club Sachapuyos (el más antiguo de la localidad y de gran trayectoria cultural y deportiva), le tocó a uno de los más pundonorosos defensores, Primitivo Reátegui –que por entonces vestía las sedas de ese equipo– ejecutar la pena máxima. Un penal cobrado por el árbitro ya casi en los minutos finales del encuentro. Arias, con ojos de halcón. Con



*Camino a Huambo Rodríguez de Mendoza*  
(Óleo sobre tela)

la enormidad de su figura, se concentró mirando fijamente el balón colocado sobre las cenizas del punto de penal. Los largos y fuertes brazos apoyados sobre sus curtidas manos de arquero y de obrero de construcción. Estas contra las dos piernas flexionadas y listas para el salto definitivo. Luego del silbato, Reátegui que había tomado impulso desde varios metros de distancia, se fue acercando al

esférico a toda velocidad. Luego del impacto, la pelota salió con gran potencia y girando vertiginosamente hacia el lado derecho del portero, entre el vacío formado por éste y el palo vertical de ese extremo. Juan Arias, impávido, sin mover un instante la vista puesta sobre el esférico, se lanzó en felina estirada. Los brazos extendidos y las manos abiertas detuvieron suavemente el curso del esférico que indudablemente, tenía destino de gol. Fue una espectacular atajada, como calificaron los asistentes al comentar la extraordinaria y salvadora intervención del guardameta.

La gente en las tribunas guardó absoluto silencio durante varios minutos y segundos, sin salir de su asombro. Solo cuando Arias, ya de pie, dio botes al esférico y lo lanzó con potente shot por los cielos de Belén, el público se puso de pie y estalló en hurras y aplausos de admiración y simpatía. Esta fue una de las últimas jugadas del encuentro que concluyó con un inobjetable triunfo de Leymebamba por un gol a cero.

Después de su exitoso paso por Belén, único escenario deportivo de la Chachapoyas de los años 90, ya concluido el campeonato, solo quedó el recuerdo del nombre y la imagen de ese inolvidable gladiador del fútbol que fue don Juan Arias Neyra, arquero legendario e imbatible.

## El cometa Halley

El más célebre y espectacular de los cometas, el Halley, hizo su luminosa aparición en la Tierra en 1910, después de 75 años de haber hecho su anterior elíptica en 1835. Lo más asombroso de su paso por nuestro planeta, fue que atravesó en aquel año de 1910 la cola del Halley.

Desde varios meses atrás y bien noticiados los chachapoyanos por ese gran medio informativo astronómico geográfico que es el *Almanaque Bristol*, adoptaron una serie de preparativos para que fuera visto en todo su magnífico esplendor. Un grupo constituido por las principales autoridades de la población, concertaron la admirable idea de dirigirse hasta la ciudadela fortificada de Kuélap y al lado de las milenarias piedras de esa fenomenal construcción preínca, apreciar el extraordinario fenómeno meteorológico.

José Antonio Peláez Bardales



*La Libertad - fundo Bardales*  
(Óleo sobre tela)

Admirables estos hombres que, superando los naturales sentimientos de angustia y desasosiego que provoca lo desconocido, tuvieron el valor de ponerse de acuerdo para viajar hasta las montañas ignotas de Kuélap y establecerse ahí, por días y noches, viendo el lento y espectacular paso del famoso cometa.

Una vez llegados a la fortaleza, en lomo de mulas, ya por la tarde se dispusieron a ubicarse en la parte más elevada de las ruinas. El punto señalado fue El Torreón. Este, ubicado en la parte más alta de la colina, es, como sabemos, una construcción cuadrangular de siete metros de alto por cuatro metros de ancho. Desde aquí, los chachapoyas, geniales constructores de la fortaleza, oteaban las profundas cañadas y avistaban a las huestes enemigas, sus defensores lanzaban sus proyectiles con sus estruendosas y certeras hondas en defensa de la heredad.

Volviendo al tema de nuestro relato: eran las 08:00 p.m. del 20 de mayo de 1910. Un cielo tachonado de estrellas, característica destacable de las noches veraniegas del Tingo, ponían el marco soberbio y deslumbrante al cometa Halley. Este, dejando suspendida en el espacio una luminosa estela de luz y claridad, delineaba el cielo con su larguísima y espectacular cola de polvo cósmico.

Dos días y dos noches de ese histórico mes de mayo, estos chachapoyanos audaces y desprejuiciados para la época, permanecieron en aquel histórico lugar, cuna y tumba de nuestros antepasados, admirando aquel extraño pero espectacular fenómeno natural que no volverían a ver más en sus vidas.

De vuelta a sus hogares, noches enteras de tertulia a la luz de velas y lámparas de kerosene sirvieron para narrar, a grandes y pequeños, aquella extraordinaria y maravillosa experiencia vivida en las alturas formidables de Kuélap.



# Sobreviviente

*A Isabel Monsante de Villacrés*

Don Fabriciano Hernández protagonista de una de nuestra crónicas, falleció siendo diputado por nuestro departamento, en circunstancias en que, cruzando el caudaloso río Marañón, cayó a sus procelosas aguas y nunca se llegaron a encontrar sus restos. En la misma pequeña y frágil embarcación, viajaba un distinguido e importante personaje amazonense que sobrevivió a dicho accidente y posteriormente, a avanzada edad, falleció tranquilamente en la ciudad de Chachapoyas. Precisamente las circunstancias de cómo sobrevivió al naufragio don Miguel Rubio Mesía, así se llamaba nuestro personaje, objeto del presente relato.

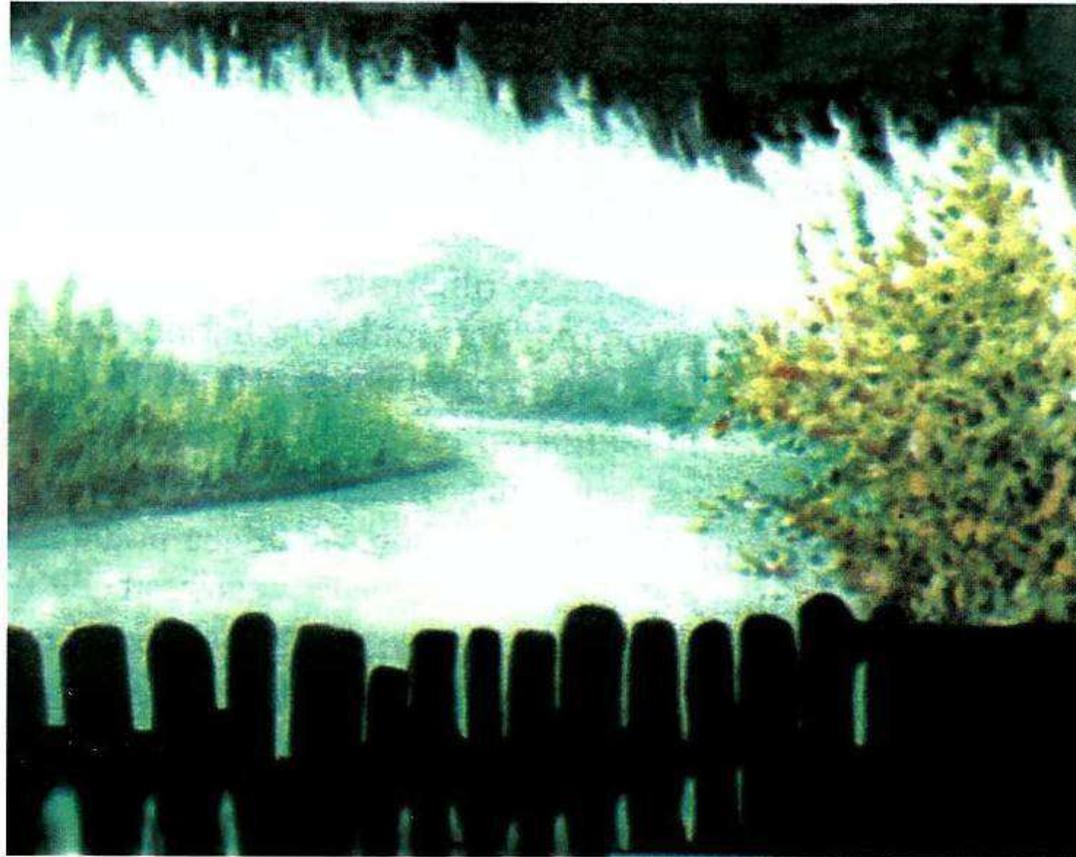
Antes de continuar, es preciso indicar que don Miguel Rubio Mesía fue un connotado y digno maestro de escuela, quien en un gesto de desprendimiento y amor por la niñez y el terruño chachapoyano, donó el terreno que hoy ocupa la Escuela Fiscal de Varones N° 18001 ubicada en el mismo lugar donde hoy funciona este importante y antiguo centro inicial de estudios por cuyas aulas

hemos pasado y siguen pasando las actuales generaciones chachapoyanas. Su esposa, doña Isabel Lynch de Rubio, educadora como él, también transfirió, mediante contrato de donación el Centro Escolar de Mujeres ubicado en el jirón Ayacucho, esquina con la Plaza de Armas. Estas escuelas han vuelto, hace poco, a registrarse y ser reconocidas con el nombre de sus generosos benefactores.

Volviendo al tema de nuestra historia, se cuenta que, contra las opiniones que daban las personas que se hallaban en la orilla del río Marañón -en el límite de donde termina el departamento de Cajamarca- en el sentido que no convenía cruzar el río (que no contaba en aquel entonces con un puente que permitiera, como hoy, su tranquilo traslado a la banda opuesta en el departamento de Amazonas), pues debido a una reciente tormenta sus aguas estaban sumamente agitadas y procelosas, don Fabriciano Hernández, inexplicablemente insistió y prácticamente ordenó al balsero que lo transportará a él y a don Miguel Rubio hasta el embarcadero de la otra banda. El Marañón, en este punto, tiene una considerable anchura: 250 metros aproximadamente.

Como quiera que ambos personajes viajaban juntos desde la lejana capital de la República y eran amigos, solidariamente don Miguel abordó la frágil embarcación después que lo hicieron don Fabriciano y el conductor de la misma, acatando a regañadientes la inexplicable y, si se quiere, irreflexiva orden del diputado amazonense.

Desde el comienzo de la partida, empezaron los inconvenientes. La lancha pugnaba por mantener el equilibrio frente a las turbulentas y encabritadas aguas del gran afluente del Amazonas. Casi en el centro del río, los tres arriesgados



*Casa sobre el río Marañón*  
(Óleo sobre lienzo)

argonautas sintieron que el naufragio era inevitable y cundió, por lo menos en don Fabriciano, el natural pánico y angustia que sentimos los hombres frente a un real peligro. En un arrebato desesperado y ante las voces de don Miguel pidiéndole que conserve la calma y se aferre a la embarcación, el diputado

A la mañana siguiente, los primeros rayos del Sol y los grandes y voraces zancudos que pululan por la zona despertaron a don Miguel. Con cuidado, y ya con la confianza que brinda la claridad del día, descendió del árbol, cuyo tronco se hundía profunda y fuertemente en la orilla.

Fue necesario ascender, con gran esfuerzo y adoptando las máximas precauciones, por un escarpado cerro, hasta alcanzar la cumbre. Al hallarse descendiendo por el extremo opuesto de este gran promontorio, hacia un extenso valle, oyó, a lo lejos, rumores y voces de personas que se hicieron cada vez más próximas. Al encontrarse con esta gente, le contaron que andaban buscando a don Fabriciano Hernández, y a don Miguel Rubio. Pasaron algunos minutos para que este les convenciera que él era el mismísimo don Miguel que, a pesar de haber estado sobre el río, ni siquiera llevaba mojadas las ropas ni las altas botas que calzaba. Lamentablemente, la búsqueda del diputado Fabriciano Hernández resultó infructuosa y jamás se encontró su cadáver.

Antes de concluir esta crónica, es preciso narrar que, en los días siguientes a la noticia de la desaparición de ambos personajes, una gran tristeza sumió a sus familias, así como a la población entre la que don Francisco y don Miguel eran muy queridos. En las casas de estos personajes se instalaron capillas ardientes y se oraba por sus almas, dándolos, inevitablemente, por muertos. Sin embargo, la mañana en que don Miguel Rubio Mesía llegó a Chachapoyas, su hija María, como presintiendo que el padre aún vivía, salió a la puerta diciéndole a su atribulada madre: “Mamita no llores, mi papá vive”. A los pocos minutos, se escucharon grandes voces y vivas que celebraban alegre y alborozadamente la inesperada pero grata llegada de don Miguel, que se acercaba al cálido hogar

José Antonio Peláez Bardales

bañado en lágrimas de tristeza, rodeado del calor de toda la población que, oyendo la buena nueva, se fue sumando en número considerable a la espontánea manifestación de júbilo y solidaridad. La primera en llegar corriendo hasta la acongojada madre, fue su hija María, gritando a voz en cuello:

“¡Mi papá ... mi papá viene ... mi papá viene!”

# Compañera de viaje

*A Teodoro Robles*

*S*alía de Chachapoyas el ómnibus con destino a la ciudad de Chiclayo. Pocos pasajeros ocupaban los asientos, puesto que en el distrito de Pedro Ruiz Gallo, punto en el que confluye la carretera marginal, abordaría el vehículo un grupo de pasajeros que también tenían como destino la ciudad de Chiclayo.

El colorido paisaje, la hermosa gama de verdes, amarillos y naranjas, que caracterizan los campos ribereños al río Utcubamba, el bronco rumor de sus aguas al pasar entre las grandes grietas abiertas en los cerros que forman este profundo cañón, y los saltos del vehículo a su paso por la afirmada carretera, fueron aletargando a nuestro personaje que comenzaba a dormir en su asiento.

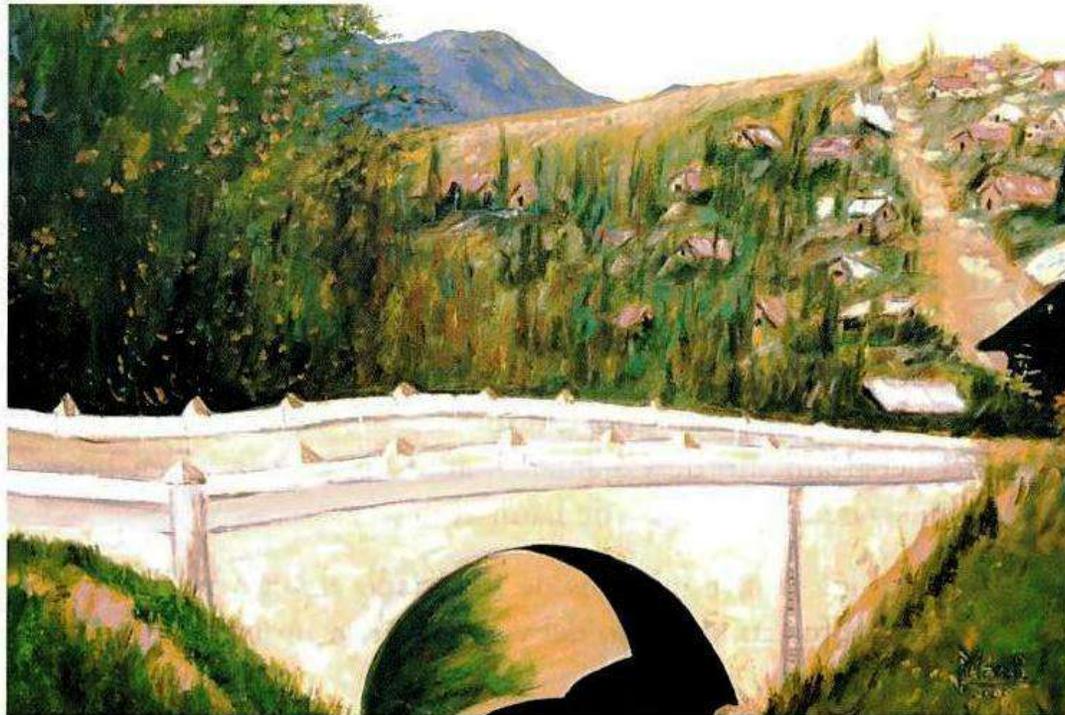
A la hora y treinta minutos, el bullicio de la gente y los arpegios musicales de los kioscos de venta de casetes, lo despertaron. El vehículo ya estaba en Pedro Ruiz

Gallo, un pujante y próspero distrito perteneciente a la provincia de Bongará. Antes que la Carretera Marginal cruzara este poblado, una sola calle y unas cuantas casitas era todo lo que existía en él. Ahora, es el paradero obligado de los vehículos que se internan y salen de la selva, además de los que transitan desde y hacia Chachapoyas, Luya y Rodríguez de Mendoza. Hay un gran movimiento económico, pues también se conecta con Shipasbamba, Jumbilla, San Carlos y otros distritos aledaños, a cuyos pobladores surte de toda clase de productos de panllevar, herramientas, repuestos, etc.

A pocos minutos de arribar el ómnibus, un coro de voces de elevado tono y un gran alboroto, señala la presencia de las personas que ocuparán los asientos desocupados. La mayor parte de ellos eran hombres de apariencia militar y solo dos mujeres, una de las cuales, la más guapa, colocó sus pertenencias en la canastilla sobre el asiento desocupado, al costado de nuestro amigo. Este, presto, dirigió una mirada completa, de pies a cabeza, a su ocasional compañera de viaje. Unos ajustados blue jeans marcaban dos sólidas y bien contorneadas extremidades, igualmente, un polo manga corta, con escote, delineaba unos senos turgentes y macizos. Un hondo suspiro le presagió que el viaje sería ameno, divertido y nada monótono.

A los pocos minutos de reiniciado el viaje, surgió entre ambos una agradable y fluida conversación, haciendo abrigar en nuestro personaje, hombre y mundano al fin, que esta relación podría culminar en una ardiente y volcánica aventura amorosa.

Después de casi cinco horas de recorrido, en el que ambos ni siquiera sintieron el paso del frío al intenso calor que ofrece el valle caliente de Bagua, arribó el



*Puente 6 de Junio*  
(Óleo sobre lienzo)

vehículo a esta ciudad, donde el chofer anunció a los pasajeros que disponían de treinta minutos para almorzar.

Se ubicaron en una mesa y él, galante, le alcanzó la lista del menú. Al llegar el mozo, lo primero que ordenó fue una cerveza bien helada, que ambos apuraron de inmediato, no solo por el calor reinante, sino por lo estimulante del encuentro.

Mientras los platos llegaban, consumieron dos botellas más de cerveza y, ya casi al final, dieron cuenta del almuerzo servido.

En el momento de cancelar, nuestro atento amigo, no sabemos si por descuido o haciendo algún alarde de ostentación terrenal, extrajo del pantalón un gran fajo de billetes de alto valor, con uno de los cuales canceló la cuenta sin hacer el más mínimo reparo en el precio que consignaba la misma.

A continuación todos los pasajeros abordaron el vehículo y se fueron ubicando en sus respectivos asientos. El ómnibus, casi de inmediato, partió con destino a Chiclayo, para lo cual pasaría por los distritos de Chamaya, Pucalá y otros poblados del departamento de Cajamarca, antes de arribar, ya en horas de la noche, a Olmos y demás poblados de Lambayeque.

Más o menos a los quince minutos de reiniciado el viaje, un insoportable e invencible sueño se fue apoderando del viajero, quien pronto se quedó sumido en un profundo letargo.

Eran casi las diez de la noche. El vehículo se iluminaba intermitentemente por dentro cuando, a gran velocidad, discurría su marcha por los postes de las luces de neón que iluminaban las calles de la ciudad de Chiclayo. De pronto, una fuerte frenada sacó a nuestro personaje de la modorra en que estuvo envuelto durante el recorrido de más de ocho horas. Al abrir los ojos, vio que a su costado se encontraba sentada una señora de vestimenta y aspecto campesino. Rápidamente reflexionó y concluyó, extrañado y apesadumbrado, que, mientras él dormía, su atractiva compañera de viaje había descendido en algún poblado y su asiento había sido ocupado por otra pasajera que abordó el vehículo en el camino.

Instintiva y presurosamente, tocó el bolsillo del pantalón, primero el derecho, luego el izquierdo y los de atrás. Buscó en el maletín que llevaba, y nada. Su dinero no estaba en ningún lado. Inútiles fueron las indagaciones hechas con el chofer y otros pasajeros sobre su esquivada compañera de asiento. Recordó claramente que, momentos antes de apurar el último vaso de cerveza, se había dirigido por breves instantes a los servicios higiénicos del restaurante. No había duda, la agradable, voluptuosa y simpática vecina de asiento era un fría, astuta y calculadora ave de rapiña.



## Las bolas de don José

*R*eunidas dos amigas en el interior del mercado principal de la ciudad de Chachapoyas, conversaban animadamente sobre diversos temas, muchos de ellos intrascendentes y sin importancia. Ya casi al final del diálogo, una de ellas, díjole a la otra: –Oye, tengo en mi casa una gallina que ha agarrado la mala costumbre de comerse los huevos que pone diariamente en el nido ... ¿no sé qué hacer!

La amiga, que al parecer ya tuvo similar experiencia, casi de inmediato le dijo que coloque en el nido donde la gallina acostumbraba poner sus huevos, una bola de plomo pintada de blanco. Al intentar el animal picarlo, le dijo, sentirá el dolor en el pico, que no solo la hará desistir de su empeño por comerlo sino que acabará con esa mala costumbre. Acto seguido le indicó que estas, las bolas de plomo, las podía adquirir en la tienda de don José Rojas.

José Antonio Peláez Bardales



*Camino a Higos Urco*  
(Óleo sobre tela)

Concluida la charla y luego de que nuestro personaje comprara los alimentos que necesitaba para la comida del día, se dirigió, presurosa, a la tienda de don José Rojas. Esta se ubicaba en la antigua calle *El Comercio* (hoy Jirón Amazonas). Allí don José Rojas, conocido comerciante de avanzada edad y ya con marcados

achaques, propios de los años, vendía desde agujas hasta ropa hecha, zapatos, anilina, velas, lámparas, alambres, carretillas, picos, palas y cualquier otro artículo.

María, así se llamaba la dueña de la gallina comedora de huevos, al poner los pies en el umbral de la tienda, vio al fondo de ella a don José, sentado en su sillón. Al acercarse al mostrador, dijo en voz alta para que el anciano (desde hacía unos años casi sordo) le oyera el pedido: - Don José ¿tiene usted bolas de plomo? El aludido, poniéndose de pie, pesadamente y con mucha dificultad, contestó de este modo a su interlocutora ocasional:

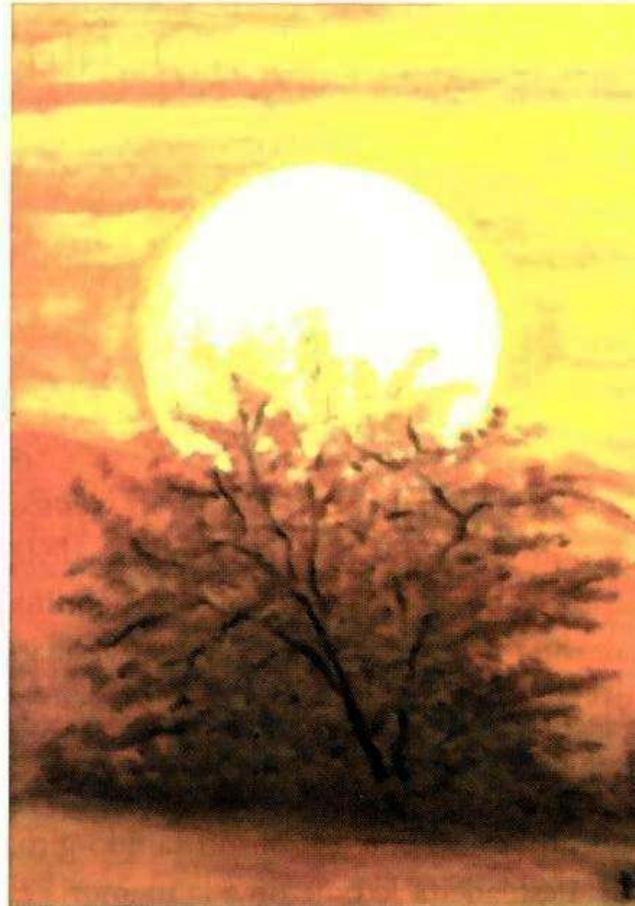
- No hija... es la ciática que no me deja ya caminar.



## Perturbadora compañía

Era una noche fría y oscura. Los enormes nubarrones y rápidos vientos de la tarde hacían presagiar pronto una tormenta. El conductor de la motocicleta trataba de apresurar el paso impregnando a la máquina su máxima potencia. Salió tarde con destino a Chachapoys y aún le faltaban algunos kilómetros para llegar. Las curvas estrechas al borde del precipicio y los innumerables baches de la carretera afirmada, le obligaba a poner la máxima atención en el manejo del frágil vehículo. El faro de la moto alumbraba la senda. De pronto, al voltear una curva, la luz iluminó brevemente, en un rápido giro, el lugar donde varias cruces clavadas en el desfiladero, le trajeron a la memoria el último de los gravísimos accidentes ocurridos en esa peligrosa zona. Un pequeño bus rodó al abismo de más de 70 metros, muriendo casi todos sus ocupantes, a excepción de sólo uno de ellos, que, por milagro luego de salir despedido por una ventana, quedó como prendido, en una pequeña saliente del inmenso precipicio.

Según refieren los viajeros que recorren a diario o con periodicidad la zona, esta parte del camino es una de las más peligrosas y estrechas y no solo obliga



*Atardecer*  
(Óleo sobre tela)

al conductor a ser atento y preciso en el manejo, sino que, sin explicación racional alguna, hace que se sienta una sensación de extraño sobresalto. La gente califica a este lugar como “pesado” dando a entender la presencia de algo inexplicable que hace, al transitar de noche por el lugar, que se te pongan los “pelos de punta” y la “carne de gallina”.

Presumiblemente, sumido en algunas meditaciones relacionadas con estos temas, nuestro viajero, fue invadido, de pronto, de un estremecimiento que recorrió todo su ser, como si una corriente eléctrica atravesara desde su cabeza hasta la última región de su cuerpo. Un frío extraño le invadió a continuación y sintió un agudo dolor en sus manos puestas en

el timón de la moto. Esta, que marchaba hasta hace unos segundos en forma regular se puso más lenta y pesada ... La rápida conclusión del motocic fue que

tenía sentado en la parte posterior del asiento un inesperado y etéreo pasajero.

Esta incomprensible y perturbante compañía cuya presencia física no era apreciada por los sentidos, lo llenó de pánico y estupor y solo al cabo de algunos eternos e inacabables segundos, cuando la motocicleta se vio aligerada del extraño peso y recuperó su marcha normal, comprendió que tuvo como compañía a una de las almas de los pasajeros que fallecieron en ese mismo paraje, una triste mañana de 1988.

Contando, asustado este suceso, nuestro personaje repetía ... pero ... clarito, clarito ... lo sentí.



# Periodismo hablado

*A Isabel Monteza Villar*

En Chachapoyas, hace ya más de 40 años, vivían en una de las casas ubicadas en la Plaza de Armas, dos conocidas hermanas que no sabemos por qué razones, se quedaron, como dicen en mi tierra a "vestir santos". Una respondía al nombre de Elvira y la otra al de Carmen. Entre las muchas cosas que tenían en común era el hecho de que a las dos se les trataba con sus diminutivos: Elvirita y Carmencita. Su pasatiempo favorito —otra cosa en común— era ubicarse a toda hora del día y gran parte de las horas nocturnas, en la puerta de su vivienda y observar, con toda atención y cierto disimulo, el paso de la gente. A dónde se dirigían, con quién o con quiénes se acompañaban; enterarse, en fin, de todos los acontecimientos públicos y privados que acaecían en la entonces pequeña ciudad, allá por los años 40, 50 y aun en la década de los 60. No se les escapaba el más mínimo detalle de cuanto suceso, evento social, amoroso o de cualquier índole, acontecía en la ciudad, principalmente de aquellos que se producían en la zona céntrica que ellas controlaban eficazmente como un moderno y hábil servicio de inteligencia. Era la pareja más enterada

y los datos que ellas proporcionaban en sus tertulias al final de la noche, no requerían de ninguna confirmación.

Cuando una de ellas tenía que ingresar por alguna urgente necesidad al interior de la casa, la otra hermana cubría, a cabalidad con minuciosa atención, los acontecimientos trascendentes que como señalamos, por esos tiempos eran escasos. Las escapadas nocturnas de algún amante, los encuentros furtivos de las parejas, las visitas que intercambiaban las familias, etc, eran captadas fielmente, gracias a dos condiciones que debe tener todo buen figoneador: buen oído y buena vista. ¡y vaya que ellas sí las tenían!

Una tarde, cuando los últimos rayos del sol se ocultaban por los cerros de Luya Urco, las hermanas se interesaron por un solitario muchacho que caminaba por el Jirón Ayacucho, –que era el jirón donde se ubicaba su vivienda– y como iba por la única vereda, tenía que ingresar a la casa de ellas o seguir con destino a otras de las que se ubicaban en esa misma calle.

Debemos decir antes que la particularidad del joven era que llevaba, sosteniendo con las dos manos, una fuente grande cubierta por un blanco mantel. Ellas, pronto dedujeron que se trataba de una apetitosa torta, cuyo aroma hasta percibieron con el olfato. Otra condición indispensable de todo buen cuentero. Al pasar el mandadero delante de la puerta en la que las hermanas ocupaban sus estratégicas posiciones de observación, pronto descartaron ser ellas las destinatarias del apetitoso encargo. Acto seguido, ambas se pusieron a especular cuál sería el destino final de tan exquisito manjar. Una opinaba que el portador ingresaría a la casa de la familia Bardales, la otra al Arzobispado, ubicado como



*Casita de San Miguel*  
(Óleo sobre tela)

hasta ahora en la esquina de los jirones Ayacucho y Otoniel Alcedo, pero como el muchacho siguió su camino, la otra hermana, Elvirita, se arriesgó a sostener que este ingresaría a la Prefectura. Como esto tampoco sucedió, se dijo que iba a la casa de la familia Reyna, casi al finalizar la cuadra. En tanto y como ya la distancia no permitía apreciar claramente el desplazamiento del muchacho desde

la posición inicial, doña Carmencita salió de la puerta y reinició el acecho desde el frente de la casa, al tiempo que sostenía, casi afirmando, que el destino final era el Colegio Seminario. Sin embargo, el mandadero continuó su camino, ya de varias cuadras, por lo que doña Carmencita tuvo que dar unos pasos más para seguir con la vista al objetivo, sin percatarse que se encontraba muy próxima a la acequia que, antes de los años 50 y parte de los 60, existía al centro de las calles de la ciudad por las que discurrían las aguas servidas que las lluvias se encargaban de hacerlas evacuar. Tanto fue el interés de conocer quién, por fin, era el destinatario del sabroso pastel que nuestra buena amiga, sin retirar su poderosa vista de su objetivo, dio un paso adelante y de bruces fue a caer estrepitosamente en la acequia, con toda su humanidad y los buenos años que ya llevaba encima.

Es cuestión de imaginar en qué estado quedó doña Carmencita luego de aterrizar inesperadamente en la zanja del desagüe.

Este accidente, sin embargo, no sirvió en lo absoluto de lección para que, las hermanas de nuestra historia, se olvidaran de su inveterada costumbre de fisionear las vidas ajenas de los chachapoyanos de aquellos tiempos.

# Clásico de todos los tiempos

Sachapuyos contra Higos Urco

*A Juan "Edo" Sánchez Valdez*

Todos los años, con motivo de celebrarse un aniversario más de nuestra independencia, las autoridades de la ciudad de Chachapoyas, organizaban con gran despliegue de invitaciones, un gran campeonato de fútbol que se celebraba a nivel departamental. Asistían a este, los representantes de la casi totalidad de las cinco provincias con que contaba, en ese entonces el departamento de Amazonas. Solo Bagua dejó de concurrir casi permanentemente. Las otras provincias lo hacían con poderosos equipos que alternaban, de igual a igual, con los de la capital. Recordamos que concurrió a uno de ellos la selección del bello y acogedor distrito de Leymebamba, que llevó como figura máxima a un legendario arquero: Juan Arias Neyra, quien dejó a su paso por canchas de Lima y de otros lugares del país, sus indelebles huellas de gran e imbatible guardameta.

El 27 de julio desde las 2:00 p.m. se daba inicio al rol de los encuentros. Se enfrentaban por sorteo, los equipos participantes. Los ganadores competían al

día siguiente. El día 29 de julio se llevaba a cabo la gran final. Dos partidos, uno preliminar entre los dos equipos que ocuparían el 3<sup>ro</sup> y 4<sup>to</sup> puesto y el del fondo, entre los ganadores de las dos series.

Casi fue una constante en la década del 50 y durante los primeros años de la del 60, que fueran los clubes Higos Urco vs. Sachahpuyos los equipos que disputaron las finales de esos grandes y recordados campeonatos de fútbol.

El incómodo e improvisado campo de Belén que hoy se encuentra convertido en un parque infantil, era la más cercana y céntrica planicie con que contaba Chachapoyas para el desarrollo de tales eventos.

Las veredas que rodeaban el estrecho campo de fútbol y los muros aledaños a los de dos iglesias que lo franquean (la del Sr. de Belén y la de la Buena Muerte), eran utilizados como tribunas para espectar los esperados encuentros. Los muchachos subían a los techos aprovechando la distracción de los dueños de las casas colindantes al campo, quienes a las primeras lluvias de abril notaban que sus tejados sirvieron de tribuna a los menores.

El clásico chachapoyano de todos los años estaba aquel 29 de julio, a punto de empezar. Trasladémonos allá. Los equipos, uno crema y el otro con los colores del Deportivo Municipal ya están en la cancha. Sus capitanes: Gonzalo Serván y Conrado Santillán se dan la mano, sin mayores saludos; gestos severos que muestra una larga y antigua rivalidad.

En la delantera del Higos Urco están: Buenaventura Burga, Víctor Pazos, Rodrigo Trauco, Manuel Alvarado, Jorge Zubiato, Jorge Reyna, el gran Toto



*El Pocito de Yanayacu*

*(Óleo sobre tela)*

Burga, reluciente, bien peinado y afeitado: más abajo, Conrado Santillán, Primitivo Reátegui, Carlos Cabrera, eximio y ágil cabeceador; y, en el arco, un legendario y controvertido personaje, Ruperto Torrejón, el popular Loco Serenata. En la barra y alternando con los mencionados, esperaban el Chinche, Ariel Herrera, David Carrión y otros jóvenes higosurquinos.

Sachapuyos por su parte presentó lo mejor de su vidriera: Gonzalo Serván, Puertas, Napoleón Silva, el Chusto David Mori, la Polla Lucho Herrera, Elmer Silva, Teodoro Salazar el Tosho, Edo Juan Sánchez Valdez, y parado, bajo los tres troncos, el Gato José Defina.

El árbitro, luego de los correspondientes sorteos de cancha, da por iniciado el partido. Se acercan los higosurquinos al área rival. Las huestes del Sachapuyos se defienden con bravura. Interviene el arquero Defina para poner fin a la inicial arremetida. Los Sachapuyos organizan sus líneas y en base a largos y precisos pases llegan hasta el fondo. Una pelota disputada en el área, queda dando botes a merced de los delanteros blanquirrojos, que al remate final, fallan pues el balón sale cerca del madero vertical. El público ansioso de que las acciones continúen devuelve rápidamente el esférico. Saca desde el fondo el impasable, sereno y recordado Primitivo Reátegui. Su despegue es tomado en el medio del campo por el hábil Buenaventura Burga que se lanza en veloz carrera por el lado derecho del campo y al entrar al área rival, ensaya una “bicicleta”, que desconcierta a Edo Sánchez. Este, reponiéndose de la sorpresa, arrojándose en carretilla logra despejar el balón que surca los aires y cae sobre el tejado aledaño al Jirón Hermosura (en invierno se notarán los estragos causados por el balonazo). Saca Conrado Santillán quien antes grita a todo pulmón ... “deja Toto, deja ... Toto”. El pundonoroso e impecable Toto Burga tenía ya la pelota en sus manos. El saque lateral hecho por Conrado Santillán desde la vereda cercana a su casa, llega hasta el centro mismo del área rival. Allí Manuel Alvarado, atento a la jugada, salta como un felino y logra conectar de cabeza. Sin embargo, rechaza también de cabeza el bien ubicado marcador de punta Napoleón Silva que corrió hacia

el centro del área chica. La redonda sale despejada al córner. El tiro de esquina lo ejecuta, con efecto, el técnico Víctor Pazos. La redonda pica el área y a pesar del efecto extraño que lleva, logra despejar con los puños el gran José Defina. El partido no decae ni un momento en intensidad. Las jugadas vistosas y de peligro se suceden en uno y otro campo. Las tribunas rebosan de entusiasmo y alientan incansablemente a sus parciales. Allí se encuentran confundidos con la gente, los integrantes de los otros equipos que participaron del campeonato. Admiran la entrega de los contendientes, el dominio de pelota, el gran entendimiento y comprensión que muestran los integrantes de cada equipo.

De pronto, casi al terminar el primer tiempo, un inesperado remate desde la punta derecha ejecutado por el Tosho (Teodoro Salazar), remece el travesaño del arco custodiado por el “Loco Serenata”. A Dios gracias, este amarró varios huayruros en el vertical, por recomendación de su querida madre. Se salva la valla del Higos Urco.

Cumplidos los primeros 45 minutos del encuentro, los fatigados jugadores se retiran al descanso de medio tiempo. Sachapuyos tiene sus camarines en la casa en donde hoy funciona el hotel El Edén de propiedad de la Sra. Saavedra, y el Higos Urco ingresa a la casa de Conrado Santillán donde estuvo concentrado por espacio de una semana, antes del torneo y durante el desarrollo de éste.

Comentarios de los jadeantes gladiadores, consejos de los improvisados entrenadores, al final, todos prometen y juran seguir bregando para alcanzar el triunfo o en el peor de los casos, un empate. Sacian la sed con naranjas gentilmente adquiridas por Gustavo Santillán (“Taranguicho”), delegado y sufrido hincha del club.

El silbato del árbitro pone nuevamente en tensión los músculos de los atletas. Salen a la cancha. El público que se dispersó para refrescarse y estirar las piernas, vuelve a tomar sus emplazamientos. Los nervios del primer tiempo comienzan a hacer presa de los fanáticos.

El segundo tiempo no pierde dinamismo ni intensidad. Nuevos ataques se suceden en ambas áreas que son defendidas con inusitado tesón y denuedo. De pronto, el balón impacta en la mano de uno de los volantes del Sachapuyos. La pelota es colocada en el punto de la falta. Se acerca Jorge Reyna Noriega la Papa. Retrocede varios metros. Imprime veloz carrera y logra meter un "puntazo" a la pelota que va dando rápidos botes en el irregular terreno de Belén. Al llegar a la valla defendida por el Gato Defina, este se apresta a tomar el balón en sus manos. Sin embargo, al chocar la redonda por última vez en el friso hace un extraño giro y se introduce en forma veloz por entre los brazos del arquero que no sale de su sorpresa por el rumbo inesperado que tomó el esférico.

Algarabía en las tribunas. Los numerosos hinchas del club Higos Urco celebran alborozados el gol que pone adelante en el marcador a su querido equipo.

Este tanto fue defendido con uñas y dientes por los higosurquinos, que soportaron durante los minutos restantes, intensos y tenaces ataques del Sachapuyos que, sin embargo, no logró el ansiado empate.

Llegó el final y la alegría de los simpatizantes cremas no se hizo esperar. Ingresaron a la cancha, en hombros sacaron a sus ídolos. Se desbordó el entusiasmo y la animación contenida durante los 90 minutos.



*Paisaje típico amazonense*  
(Óleo sobre tela)

En el lado contrario, fue notorio el desaliento y desazón de los jugadores y partidarios. Sin embargo, luego se contentaron al recibir el trofeo por haber ocupado el segundo lugar en el Campeonato de Fiestas Patrias y las palabras del presidente del torneo, quien relievó, entre otras cosas, la pujanza, el incansable despliegue de calidad y caballerosidad de los bravos jugadores en defensa de sus colores.

Así concluyó uno de los más disputados y fascinantes campeonatos que otrora se celebraban anualmente en Chachapoyas, con gran alborozo y entusiasmo de toda su apacible población.



## Un adiós sin retorno

*A*llá por el año de 1894, a escasos quince años de comenzada la infausta guerra con Chile, que sumió al país en una de las primeras y más terribles crisis económicas, los pueblos del interior de la patria languidecían de pobreza y hambruna.

Las escuelas y demás centros educativos cerraron sus puertas y los alumnos y profesores tuvieron que verse obligados a buscarse la vida de cualquier forma.

Chachapoyas, fundada por el conquistador don Alonso de Alvarado el cinco de setiembre de 1538, con ser una de las ciudades más antiguas del Perú, fue y sigue siendo una de las más olvidadas por el centralismo limeño y los gobiernos de turno. En aquel entonces –hablamos de 1897– ya los pueblos más cercanos a Lima, y con mejores recursos, fueron poco a poco, saliendo de la desolación y la crisis causada por tan infausto y trágico acontecimiento. Sin embargo los departamentos del Perú y que paradójicamente, no fueron mansillados por la

bota del soldado chileno, recién comenzaron a padecer sus estragos, luego de firmado el Tratado de Paz.

Don Luis Monsante Riofrío, ciudadano limeño, llegó a Chachapoyas a mediados del siglo pasado. Era un eminente maestro, fundador del Colegio Nacional Nuestra Señora de Guadalupe, en donde destacó no solo por sus grandes virtudes de forjador de juventudes sino por su gran capacidad y dominio de las artes y ciencias. Gran matemático, filósofo, poeta, pintor, ebanista y otros oficios más.

Después de algunos años contrae matrimonio con la dama chachapoyana doña María Rubio Lynch, hija de don Miguel Rubio Mesía y de doña Isabel Lynch de Rubio, ciudadanos de abolengo y propiedades. Destacaron en estas tierras por su profundo amor por los niños, su perseverante afán de formarlos en la práctica de las virtudes y valores excelsos del espíritu. Como muestra de este cariño hacia los educandos, obsequiaron a esta ciudad, con generosidad y desprendimiento, los predios donde han funcionado y aún funcionan el Centro Escolar de Mujeres y la Escuela Fiscal de Chachapoyas. Por estas aulas han pasado para aprender sus primeras letras, decenas de generaciones de jóvenes chachapoyanos y de otras provincias cercanas a esta ciudad. Algo más debemos decir de doña Isabel Lynch de Rubio. Esta, profesora al igual que su esposo, y al conjuero de los patriotas amazonenses que exploraban la ruta a la selva, organizó y presidió la comisión encargada de recaudar los fondos para el pago de los trabajadores que abrieron la trocha a la región amazónica.



*Interior de casa chachapoyana*  
(Óleo sobre tela)

Volvemos a los años duros de la posguerra. Era frecuente ver a madres preocupadas, sin tener cómo y con qué alimentar a sus hijos. El centro de abastos, vacío de productos: las tiendas cerradas, los campos estériles, no había semillas. No había dinero con qué comprar lo escaso que se ofertaba. No había trabajo.

Frente a este desolador panorama y teniendo don Luis Monsante Ríofrío que alimentar a seis hijos, muchos de los cuales vinieron durante la cruel guerra y padecían su terrible secuela, se vio obligado un día a emprender un largo y penoso viaje con destino a la oriental ciudad de Iquitos. De allá le llegó la noticia a través de un profesor como él, que en un colegio de esa localidad requerían los servicios de un maestro con los calificativos que ostentaba.

El viaje de Chachapoyas a Iquitos –que allá por los años de 1859 fue un clamor de los amazonenses, que aspiraban a alcanzar la salida al Amazonas y de allí al Atlántico– y el sueño inalcanzable de muchos esclarecidos hijos de esas tierras y la tumba de más de uno de ellos.

Surcando valles, ríos, quebradas, bosques inacabables, trochas intransitables, soportando torrenciales lluvias, frío que calaba los huesos, picaduras de mosquitos, zancudos y alimañas, y un profundo dolor en el alma al tener que alejarse de los suyos, llegó don Luis Montante Riofrío a la calurosa ciudad de Iquitos, casi al mes de haber partido de su lar querido. Allá quedaron, en la distancia, la querida y fiel esposa, los tiernos hijos, dos mujeres: María Luisa y Rosa Elvira y cuatro varones: Manuel, Héctor, Hernán y Ricardo, que a la partida de un progenitor aún se hallaba en el claustro materno. La primera formó una ejemplar familia y al fallecer a sus escasos 51 años, sumió en gran pena a su querido esposo y a sus cuatro adorables hijos, dos hombres y dos mujeres. La segunda, Rosa Elvira, compartió con su madre, sacrificada y tiernamente, la responsabilidad de cuidar de sus hermanos y de rogar a Dios a cada instante por ellos. Los hijos varones forjados en el dolor de la ausencia del padre, pero alentados por el tesón de una gran madre, alcanzaron en la capital no solo una profesión sino destacados cargos dentro de la vida pública nacional y jamás olvidaron ni un instante, los esfuerzos y sacrificios de la estoica y bondadosa madre.

Ya instalado don Luis en la capital de la Amazonía, con cuantos mensajeros pudo remitió noticias y apoyo económico a los suyos. Cartas narrando sus experiencias en los colegios de la zona, sus recorridos por los calurosos parajes y caseríos de la ubérrima selva y por sobre todo, su profunda ansia de retornar

a los brazos de su amada esposa y escuchar las voces y risas infantiles de sus tiernos hijos, eran tema central de sus misivas. Hombre humanista, cultivado intelectualmente, sensibilizado espiritualmente por el arte, debió sufrir mucho el alejamiento.

Pasaron casi cinco años. Ya la familia lo extrañaba mucho. Los niños crecían. Uno, el último, ni lo conocía. Don Luis preparaba el retorno. Durante su estancia en Iquitos ahorró o compró todo aquello que sabía iba a tener un uso en su añorada casa, tan lejana, tan distante.

La última carta que recibió doña María contaba que una extraña enfermedad propia de los trópicos, había calado en el cuerpo de Luis y que esta situación retardaría, por un tiempo, su ansiado retorno. Sin embargo, el anuncio que recibió luego de esta preocupante noticia, fue la súbita muerte de su amado esposo, con quien no pudo estar en los últimos momentos de su vida ni en la despedida final.

Don Luis Monsante Riofrío murió a los 33 años de edad y sus restos fueron sepultados y reposan en el cementerio de la ciudad de Iquitos.

En homenaje póstumo a don Luis Montante Riofrío transcribimos el sentido poema escrito por él a la distancia, que ha llegado a nuestras manos, después de escrito *Un adiós sin retorno*:

## **MIS HIJOS**

Es Hernán mi quinto hijo bien querido  
el que apenas solo cuenta tres abriles,  
y me parece que lo veo no me olvido  
diciendo versos y palabras miles.

Serio robusto y charlador chiquillo,  
en media lengua parece que lo escucho;  
¿dónde está papá? Papá dame martillo  
- decía – clavo, tabla y el serrucho.

Y en seguida cual serio carpintero  
como podía con dos manos manejaba  
la pequeña herramienta o el acero  
que con tantísimo placer le daba.

Un día ofrecíle a María Luisa

perla que cuenta nueve primaveras  
mandarle en premio una divisa  
si veía sus letras las primeras.

En carta escrita y, a su hermana  
Elvira Rosa le ofrecí otro tanto;  
que es otra perla de rocío en la mañana  
que con dulzura enjugará mi llanto.

La bondad que tenía y que me halaga  
lo que le dan recibe no exagero  
y, otras veces prefiere que se le haga  
el obsequio a su hermana que es primera.

José Antonio Peláez Bardales

Así es ella tan noble tan sincera,  
si a escoger le dan alguna cosa,  
dame contesta, dame lo que quieras  
Y queda satisfecha, así es mi Rosa.

Rosa Elvira se llama ya confundo  
tomando un nombre y otro de manera  
que resulta una más y sin segundo  
otra perla que amar de la rivera.

Ellos, seis, no más son, seis delicias,  
que iguales les amo y les adoro;  
igualmente les lleno de caricias,  
cada uno para mí es un tesoro.

El picaruelo de Hernán, el pobrecito,  
 rogando a su tía se atrevió a escribirme,  
 suplícale pusiera el sobre escrito  
 y así lo que quería él decirme.

Una carta tan llena de borrones  
 mil ángulos y líneas garabatos  
 y todas parecían moscardones  
 escritura propia de los gatos.

Y en seguida Hortensia que es la tía,  
 que más le mima le tomó la mano  
 e hizo que me escriba como quiera  
 aquella carta que conservo ufano.

José Antonio Peláez Bardales

Papá Luis, así dice, se escribe  
qué satisfacción para mí – Un besito  
que más para un padre que le quiere  
un besito sí – de su Hernancito.

Mandándole de premio una medalla  
que me dieron en Noche de bautizo,  
su mamá se encargó de colocarla  
sobre el pecho que escribirme quiso.

Tengo otra prenda que es Manuel:  
otro pedazo también del corazón  
muy serio y robusto también él  
para escribirme quiere una lección.

Héctor otro picarón chiquillo  
de ojos alegres, atrevido, adusto,  
vive saltando, haciendo lo que quiere:  
con cada travesura nos da un susto.

El último Ricardo un pimpollito  
que tiene solamente quince Lunas;  
y nunca nos da horas importunas.

Así son todos mis queridos hijos  
que forman el hogar de mi ventura  
en ellos están mis pensamientos fijos  
y la paz en sus besos de ternura.

¡Ah, cuánto diera por estar con ellos  
junto a mi esposa viéndoles jugar!,  
acariciar tranquilos sus cabellos  
poniéndome con ellos a charlar.

José Antonio Peláez Bardales

Cuánto ansio que cambie aquesta vida  
de soledad, de tedio y de tristeza;  
nada se escucha ni una voz sentida  
no hay alegría, ni amor, ni travesura.

Triste, las horas silencioso cuento  
que lentas pasan largas y sombrías  
en este vacío y lúgubre aposento  
sin un ángel que consuele el alma mía.  
Más Dios oirá a los seres que le ruegan.

Él hará la ausencia reducida.  
Él dará alivio a mi alma herida,  
y dulce consuelo a los que esperan.

Y así me unirá a los que más adoro,  
a mis hijos, a mi esposa tan querida

volviéndome a mi hogar que es un tesoro  
de seres que endulzarán mi triste vida.

Luis Monsante Riofrío  
Iquitos, diciembre de 1897

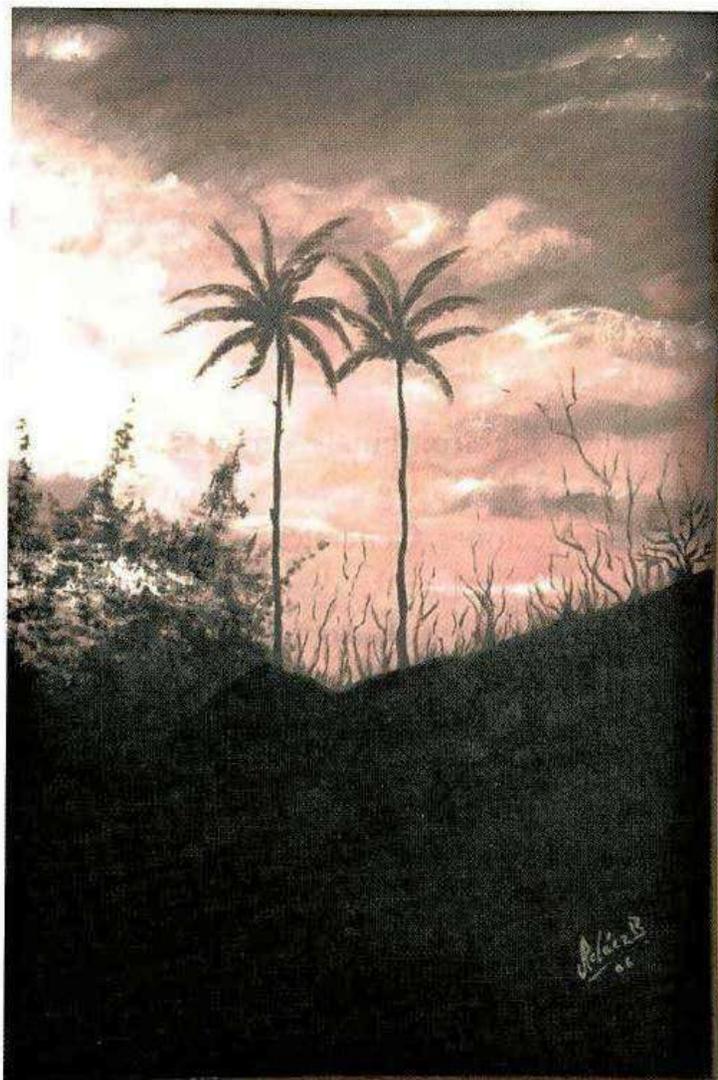


# Una caída singular

*A Roberto Caro*

*M*il novecientos cuarenta y cinco. Finalizaba el período del Gobierno de don Manuel Prado Ugarteche, quien el año de 1939 en vísperas de Elecciones Generales, elaboró muchas de sus listas parlamentarias con personajes totalmente desconocidos para los electores de más de un departamento del país. Amazonas fue uno de estos. Sus representantes, el senador Bustamante y Ballivián ni siquiera conoció la capital y menos las otras provincias que integraban. Igualmente, el diputado Humberto del Águila era un desconocido, a pesar del apellido oriental que ostentaba.

Comentarios al margen, llegó el día en que estos señores ya casi para abandonar sus cargos y un poco por natural pero tardío espíritu democrático, acordaron visitar la ciudad de Chachapoyas. Esta acogedora y siempre cordial con los visitantes, dejó de lado la desaprensiva inacción de sus representantes, ajenos a sus problemas y realidades, organizó sendas demostraciones de generoso aprecio con quienes venían desde tan lejos, situación que significaba no solo un honor para los sencillos pobladores sino un espontáneo motivo del jolgorio ciudadano.



*Valle de las Palmeras. Camino a Mendoza*  
(Óleo sobre tela)

Uno de los números centrales del programa de bienvenida organizado con mucha antelación, era el almuerzo con viandas típicas de la región ofrecido por las autoridades y personas notables de la ciudad. Se habían anotado para este acto más de 300 comensales, consecuentemente, el éxito del evento gastronómico estaba asegurado.

En un amplísimo salón de una de las casas más grandes de la Plaza de Armas se instalaron largas mesas cubiertas con blancos manteles.

La comilona comenzaría a las 2 p.m. previamente la población asistió a la solemne misa en honor de los visitantes, celebrada por el Obispo de la ciudad y que colmó las instalaciones de la Iglesia Catedral.

Luego los asistentes pasaron a los salones del Consejo Municipal donde se llevó a cabo una sesión solemne en la que el alcalde de aquel entonces, luego de los discursos de bienvenida a los encumbrados personajes visitantes, les hizo entrega de las llaves de la ciudad y los declaró huéspedes ilustres.

Acto seguido, se invitó a los concurrentes y a toda la población inscrita para el almuerzo, a pasar a los salones de la casa donde se realizaría el gran banquete. Tomaron asiento en la mesa principal los agasajados, las autoridades y personajes importantes de la ciudad. Allí les tocó –no sabemos por qué circunstancias– ubicarse a dos ciudadanos que tendrían minutos después, una disparatada y descomunal palomillada que fue, por muchos años, la comidilla de toda la región.

Hizo uso de la palabra ofreciendo el banquete una representante del clero chachapoyano. Una religiosa, profesora del colegio femenino de la ciudad, no sabemos a guisa de qué en encendidas frases resaltó las desconocidas dotes de los agasajados. Luego de los aplausos y ya estando servidos en la mesa los platos de loza conteniendo el sabroso y típico caldo de gallina, el infaltable mote, las botellas de vino, copas, vasos, cubiertos y otros utensilios, se puso de pie súbitamente el senador por Amazonas don Pedro Bustamante y Ballivián quien, presumiblemente apremiado por el hambre u otra urgencia mayor, rompió el protocolo y pasó en conceptuosas frases y legislativa oratoria, a agradecer el almuerzo aún no disfrutado. Al final de su alocución, levantó con la diestra una copa de vino e invitó a los concurrentes a hacer un brindis por el bienestar y progreso del departamento de Amazonas, a los cuales, sin embargo, no había contribuido con iniciativa parlamentaria alguna. Los presentes, prestos, se pusieron de pie y empinando el codo, se sumaron al oportuno brindis.

Ya casi para tomar asiento, don Luis P... vecino de don Pedro C ... sin medir las consecuencias, retiró la silla que este ocupaba, quien sintiendo el vacío de la inevitable caída, cogió con ambas manos y uñas, en natural reacción, el largo mantel que cubría de una sola pieza la mesa, que con la fuerza del tirón que impregnó don Pedro en su caída, hizo volar y caer todo objeto sólido o líquido que se hallaba sobre la mesa.

Ya podemos imaginar la pelotera y batahola que a continuación se armó. La mitad de los comensales sentados en la parte desde donde fue jalado el mantel, resultaron literalmente bañados con la sopa, el mote, el vino, las gaseosas, etc.

De esta confusión y bochorno, salieron despavoridos los dos personajes centrales de nuestra historia, uno por haber causado el escándalo sin quererlo y otro por haber hecho más de lo que quiso hacer. Restablecida, aparentemente la calma, dos contiguos asientos permanecieron desocupados hasta la conclusión del almuerzo, en el que tema central de la chanza, fue el singular suceso que hemos narrado.

## Clases de guitarra

Don J. Ch. comerciante celendino, afincado en Chachapoyas, mostraba seria preocupación –así lo conversaba con su mujer, también alarmada– por las diarias y nocturnas salidas del primogénito, quien, con guitarra en mano, asistía, según él a sus “clases” diarias –de 6 a 12 p.m.– a cargo del profesor de música y en una de las aulas del glorioso colegio San Juan de la Libertad.

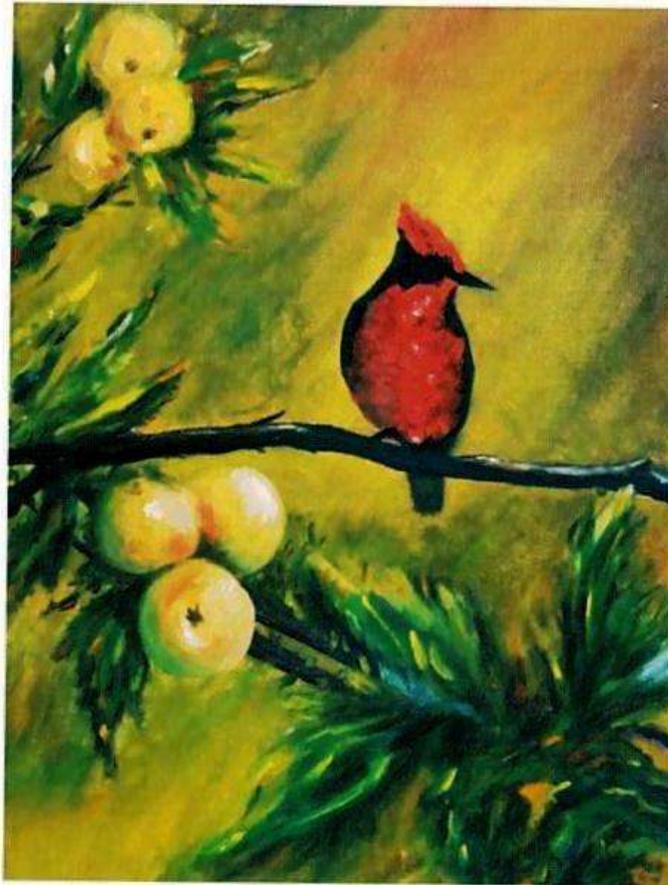
Las interrogantes del padre y aun de la madre, respecto del irregular horario, eran pronta y hábilmente sorteadas por el guitarrista que mostraba día a día algunos conocimientos teóricos de música y aun de canto.

Sin embargo, la permanente preocupación de la madre, quien no pegaba un ojo hasta que el hijo llegara ya pasada la medianoche, fue el detonante para que don J. Ch. imbuido de natural desazón, concurriera al colegio y solicitara una entrevista con el director del plantel.

Este, repuesto de la natural sorpresa por la inesperada visita que no siempre se gestaba a instancia de los padres, se dispuso a poner “oído a la música”. Don J. Ch. convencido que la conversación con el director don Aníbal Santibáñez, hombre adusto y temido por los alumnos a quienes aplicaba inflexiblemente el método de que “la letra con sangre entra”, generaría una eficaz solución, le solicitó en aras de la tranquilidad y sosiego hogareños, un cambio en el horario de las clases extra de música. Don Aníbal, rascándose la blanca cabellera y abriendo bien los ojos, le pidió a don J. Ch. mayores explicaciones del asunto. No sabemos, pues no se nos brindó más comentarios al respecto, si el director negó que se estuvieran impartiendo tales clases, pero conocemos que el padre salió contento de la reunión y convencido de que don Anibal daría solución inmediata al embrollo.

Al día siguiente como todos los días, los alumnos formaban por secciones en el patio del colegio. Se cantaba el himno nacional, y se escuchaban las arengas o reprimendas que el director o los tutores daban públicamente a los alumnos, causantes de alguna palomillada o acción mayor. La ciudad era pequeña y la disciplina del colegio no terminaba en las paredes y patios del plantel. Se extendía por calles, plazas, bosques, etc.

De pronto, concluidas las solemnes notas del himno nacional cantado marcial y vibrantemente por los alumnos y profesores, el director don Aníbal Santibáñez con severo gesto y notoriamente enfadado, ordenó lo siguiente: “Que salga tres pasos al frente el alumno que todas las noches sale de su casa a unas supuestas clases de guitarra aquí en una de las aulas del colegio”.



*Petirrojo sobre un manzano  
(Óleo sobre tela)*

Silencio sepulcral ... Nadie daba ni medio paso al frente ...

Nuevamente y ya con más energía el director repitió el mandato, casi dirigiéndose a la sección donde formaba el alumno M. Ch. quien, no dándose por aludido, permanecía firme en su posición.

Como este no se manifestó de modo alguno, el director, ya montando en cólera, se dirigió hasta él y le increpó a viva voz su desobediencia, desacato e irregular conducta de “alumno sanjuanista”.

Acto seguido, don Aníbal sumamente contrariado ante la negativa del alumno, se acercó ante la respectiva sección en la

que formaba filas y lo emplazó frontalmente: ¿Por qué ante mi llamada no ha salido usted al frente? ¿Usted es el alumno que sale todas las noches diciéndole a su padre que asiste al colegio a unas clases de guitarra?

La respuesta fue un no, nada convincente, ante lo cual el director le dijo: ¿Quién miente, usted o su padre?, ante cuya pregunta M. Ch. contestó con esta tan chachapoyana frase: “Él será pues ...”.

Casi ya para estallar don Aníbal Santibáñez –hombre del que nadie se burlaba– dirigió su fuerte mirada a la cintura, hurgando las correas que portaban los alumnos que, sorprendidos e inquietos por el desenlace de los acontecimientos, miraban atentamente el desarrollo del suceso inusual en las tranquilas aulas del Colegio San Juan de la Libertad de Chachapoyas.

Dos de los alumnos de mayor edad del plantel, portaban al cinto dos enormes correas y de inmediato los hizo salir al frente al tiempo que les indicaba que ellos serían los encargados de azotar al alumno guitarrista que se había atrevido a negar su indisciplina y a afirmar que era el padre quien mentía y no él.

Los sorprendidos e improvisados verdugos al unísono y sin previo acuerdo, se negaron rotunda y desafiadamente a ejecutar el castigo, en tanto que el causante del gran contratiempo lloraba y gemía, temeroso del inevitable desenlace.

De nada valieron las argumentaciones subidas de tono del director pues la orden no se ejecutó. Ante lo cual este, sumamente contrariado y enfadado, dispuso la inmediata expulsión de los dos solidarios compañeros por un lapso de 15 días, al pasar en tanto, a un segundo plano, la actuación de nuestro buen M. Ch. que lloroso y asustado ingresó, luego, velozmente a su salón. A partir de ese día, estamos enterados, se suspendieron definitivamente las nocturnas clases y dejaron de vibrar las enamoradas cuerdas de la guitarra.

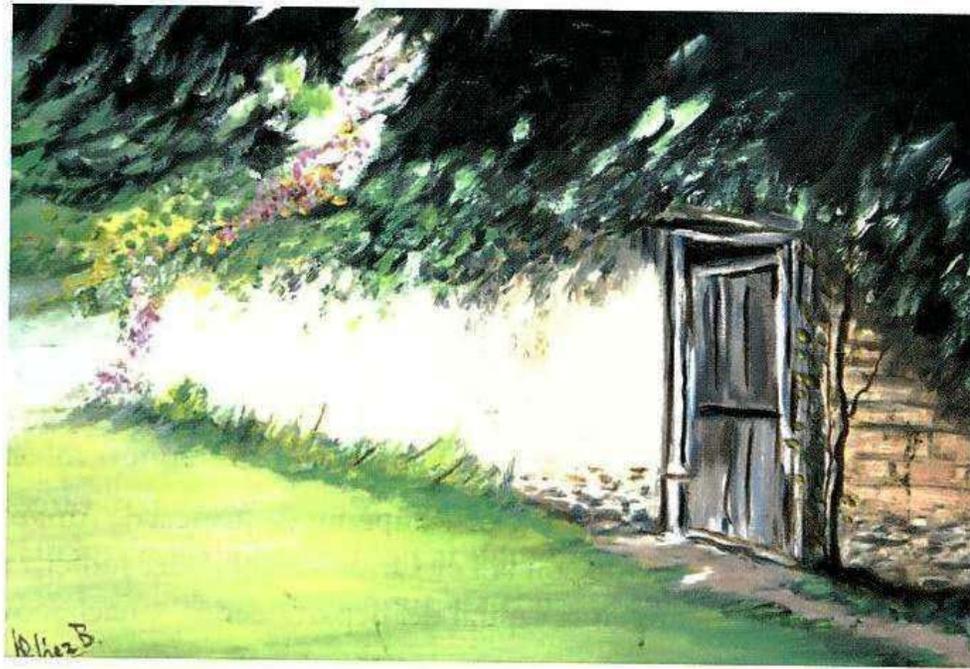
# Una Corte que hizo justicia

*A mi recordado padre Mario Peláez Bazán*

 En el año de 1942, se creó la Corte Superior de Justicia de Amazonas, la misma que de acuerdo con la Ley Orgánica del Poder Judicial tendría su funcionamiento en la capital del departamento, Chachapoyas.

Antes de la instalación del máximo organismo jurisdiccional en la zona, los litigantes debían ventilar sus asuntos judiciales en Chiclayo u otra ciudad, con los consiguientes inconvenientes que tal circunstancia generaba. Mayor dilación en los procesos, justicia tardía, enormes desembolsos económicos, etc. Los casos demoraban en resolverse, en condiciones normales, varios años o no se resolvían por el abandono en que caían a consecuencia del cansancio o agotamiento económico de los justiciables.

Concitó pues, gran alegría e interés para todos los chachapoyanos y, en general, para todos los habitantes del departamento, la creación de la Corte Superior de Amazonas.



*Nogalcucho. El Tingo*  
(Óleo sobre tela)

Los magistrados que ocuparían tan alto cargo venían designados desde Lima y contaban con muy buenos pergaminos, no solo por su trayectoria como abogados sino, muchos de ellos, por su gran experiencia y reconocida labor, en otras salas judiciales de la República, y aún de la misma capital.

Fue un día martes del mes de agosto de 1942, que la población entera se levantó muy temprano y dio inicio al embanderamiento de locales públicos y casas particulares. En el único vuelo semanal de la Compañía de Aviación Faucett, llegaban –según anuncio difundido desde hacía varios meses– los vocales

superiores, el Fiscal Superior, el relator, el secretario letrado y otros funcionarios de menor categoría.

A Dios gracias, el día señalado amaneció completamente despejado. Un cielo azul y nubes blancas, auguraban que aún siendo cielo serrano el de Chachapoyas, el clima no sufriría alteraciones, por lo menos hasta bien entrada la tarde.

Los profesores de colegios y escuelas fueron comunicados desde hacía varias semanas de la histórica y trascendental llegada de los magistrados encargados de administrar justicia. Tendrían que asistir por delegaciones al “campo de aterrizaje”, quedando las demás secciones, concentradas en la Plaza de Armas esperando la llegada de tan dignos personajes. Desde muy temprano y luciendo sus mejores trajes, todos los funcionarios públicos, incluyendo maestros, empleados, militares, policías, etc, tomaban sus emplazamientos, previamente establecidos en coordinaciones llevadas a cabo por cada sector con el jefe político de la ciudad.

A las 10 a.m. de aquel día, el administrador de la Compañía de Aviación Faucett don Benigno Torrejón, en comunicación recibida por la radio de la empresa, anunciaba que ya el avión con las encumbradas personalidades, despegaba de la ciudad de Chiclayo. Abordó conjuntamente con otros de sus empleados, el camión naranja al que en ese entonces se le conocía con el nombre de “Góndola”. Su sola presencia, anunciaba la llegada del aeroplano.

A las 11 a.m. toda la población se hallaba volcada en el *Tapial*, lugar donde se ubicaba, en aquel entonces, el aeropuerto.

Se trataba de una no extensa planicie rodeada, sin embargo, de pequeños cerros, que convertían a este lugar, a decir de algunos pilatos, en uno de los aeropuertos más críticos de nuestra patria. A estas dificultades se agregaba la presencia de vientos muy fuertes, en la zona donde a veces se iniciaba o terminaba la pista, cuando los conductores de estas naves decidían ingresar o despegar por cualquiera de estas rutas.

La llegada del avión de la línea Faucett, la única que cubría este itinerario, se hacía una vez por semana, cuando había buen tiempo. La presencia de lluvias en época de invierno ocasionaba la frecuente cancelación de vuelos y originaba serios problemas en los pasajeros que muchas veces permanecían en Chiclayo o en Chachapoyas, esperando largos e inacabables días.

La gente iba al aeropuerto con viandas, bebidas, etc. y pasaba un día de campo, a la par que daba rienda suelta a sus ilusiones de volar y partir hacia otros universos lejanos y desconocidos.

De pronto, por la “rabija” mirando hacia Huancas, la gente avista el vuelo plateado del ave de metal que trae las cartas, las noticias, los periódicos de hacían dos días, la película, que se proyectará una semana, o dos o tres, no se sabe. Vienen también los jueces que impartirán justicia.

El avión, un bimotor a hélice, con asientos laterales, soportan estoicamente una vez más, no solo los años de estar volando sino las tormentas frecuentes en la zona de la cordillera por la que tiene que atravesar en su ruta a Amazonas.

Los pasajeros descienden mareados. En el interior de la nave, el ruido fue atronador, los movimientos no fueron poca cosa. De pronto, bajan unos personajes adustos, muchos de ellos con abrigos, sombreros, algunos con bigotes. Maletines en mano. Se trata de los magistrados que asumirán sus funciones en la nueva Corte Superior de Amazonas.

Desde las primeras calles de la ciudad la presencia de niños y jóvenes, con banderas peruanas de papel en la mano, aplaudiendo el paso de los dos vehículos que conducen a los jueces, dan a esta un ambiente festivo y alegre, propio de los pueblos del interior del país con gente humilde, sincera, generosa, acogedora.

Ya en la Plaza de Armas de la ciudad un prefecto entusiasta dio la bienvenida a los doctores Víctor Inchaústegui, Aníbal Zambrano, Otto Vila, Augusto Bouroncle, Luis Barcillos, Mario Peláez, Carlos Pimentel, Roy Rivera, Fernando Zubiaste y otros dignísimos magistrados, que sentaron cátedra de dignidad, independencia, honestidad y justicia.

Al día siguiente se inició el trabajo de la Corte y muy pronto la población entera pudo apreciar las dotes y calidades de estos magistrados, a quienes jamás se vio en acciones que mancharan su buen nombre y el prestigio de la Corte Superior. Nunca se conoció de acto alguno de corrupción o prebenda en la resolución de los procesos que conocieron, y mucho menos estuvieron envueltos en escándalos u otros reñidos con la moral pública. Sus nombres se hallan por siempre grabados en el recuerdo de quienes los conocieron y en las sabias, ponderadas, justicieras resoluciones que expidieron en el desempeño de sus importantes cargos.



## La Cueva de Chong

*L*a noche era fría pero clara. Una Luna en cuarto creciente permitía ver con claridad el camino. Este, pedregoso y zigzagueante se descuelga hasta el fundo San Miguel, detrás del cerro de Luya Urco, uno de los que domina la ciudad de Chachapoyas.

Una pareja, portando dos maletines de mano, desciende por la senda iluminada. A lo lejos, los perros ladran sin cesar, advirtiendo la presencia de extraños. Los ladridos se hacen cada vez más intensos cuando el hombre y la mujer, pasan por el borde de “la tranca” que da ingreso a la casa hacienda. No franquean la puerta de acceso a los terrenos colindantes a la morada, siguen de largo. Detrás de ellos van los guardianes, ladrando y gruñendo amenazantes.

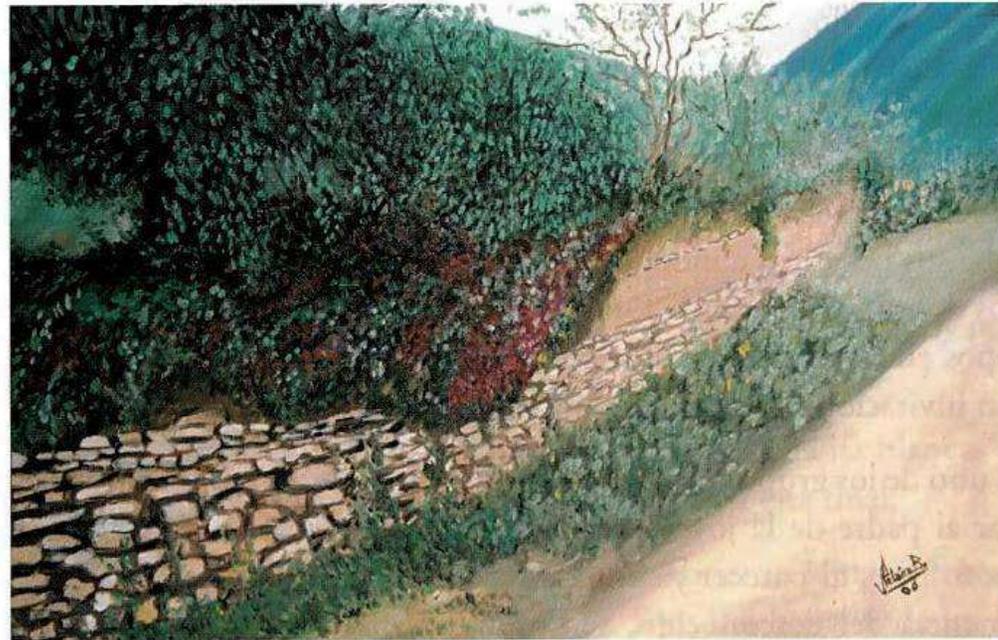
Poco a poco los ladridos se perciben más distantes, hasta que la calma regresa al recinto cuando ya la noche está bien entrada.

Al día siguiente, la noticia cunde entre la servidumbre. La pareja había pernoctado en una pequeña cueva de aproximadamente seis metros de diámetro, ubicada al costado de una de las chacras cercanas a la casa hacienda. Según los rumores, se trataba de dos enamorados conocidos que ante la férrea negativa del padre de la novia, de concederle la mano de la hija al pretendiente, decidieron, contra toda amenaza paterna, fugar de la casa, consumir los amores y contraer matrimonio en el primer poblado al que les llevaran sus pasos. El amor no tiene barreras, no piensa, actúa: no mide las consecuencias... es dulce, apasionado, imposible, no tiene colores, olores, razas ni limitaciones.

Fue en un mes de febrero que se conocieron. Un baile de disfraces evitó ver sus rostros, permitió sí abrir sus corazones. Las serpentinas con sus mensajes certeros, fueron las flechas que se clavaron para siempre en sus corazones. El aroma inolvidable de los chisquetes de “colombina” quedó grabado en sus sentidos. El padre, hombre celoso hasta con su sombra – máxima autoridad judicial del departamento – solo vio que la hija se divertía a más no poder. Jamás pensó el férreo progenitor que esa noche la perdería, según su inquebrantable veredicto, para siempre.

A las 12:30 de la noche, cuando la fiesta estaba en su apogeo, púsose de pie el jefe de familia y con una fiera mirada indicó a su hija que la hora de ir a casa había llegado. A su lado, salieron la sumisa y obediente esposa y la resignada hija. La alegría había concluido, la soñadora ilusión había sido efímera.

Las pocas amistadas del joven enamorado, profesional recién llegado a la ciudad a cargo de una oficina departamental, le pusieron rápidamente al tanto de quién



*Camino al Tingo*  
(Óleo sobre tela)

era la joven. También le informaron que el padre ocupaba un alto cargo judicial, y sobre todo, le advirtieron que este era extremadamente celoso con su hija, a quien no quería que nadie, sin linaje o “apellido” la cortejara.

La joven que estudiaba en el colegio de mujeres de la localidad –hechas las indagaciones necesarias– estableció quién era el agradable enmascarado que, en pocas horas, le había robado el corazón y transportado por los cielos en ágil y placentero viaje. Este, por su parte, no perdía ocasión de verla aunque sea de lejos. Se ubicaba en las esquinas estratégicas de la plaza y desde allí enviaba, con las compañeras de aquella, románticas notas y recados.

Fue un día domingo. Las familias concurrían con los hijos y luciendo las mejores galas, a escuchar la santa misa en la Iglesia Catedral. Un infaltable sermón del cura orador, hecho desde el púlpito, al que mirábamos con recogimiento, nos recordaba los deberes morales y espirituales a cumplir. Alguno o algunos de los presentes interpretaban en las machaconas y enfáticas palabras del cura, que éste reprobaba sus negativas conductas. Al concluir la ceremonia que abarrotó como todos los domingos la casa de Dios, los presentes tenían por costumbre reunirse por grupos en las escalinatas o aceras de la iglesia. Allí intercambiaban saludos, cursaban invitaciones, pactaban reuniones, etc.

Hasta uno de los grupos más numerosos se acercó nuestro personaje disponible a saludar al padre de la joven amada que en poco tiempo le había arrebatado el corazón. Este, al parecer ya enterado o presintiendo la causa de la insolente impertinencia del desconocido, se limitó a ignorarlo dejándolo con la mano extendida y en los labios la mejor sonrisa que aquel pudo haber ensayado para ocasión tan trascendente. Al ver esto, la hija, renunciando a la severa pero descortés actitud del padre y poniendo en evidencia que ya las cuerdas del corazón estaban vibrando al unísono con el arriesgado joven, dio un paso al frente y se estrechó con él en cálido abrazo.

A partir de ese momento, se inició para la familia de la hija enamorada, el más terrible de los calvarios. La madre no dejaría de sufrir hasta el último día en que vivió el celoso e impertérrito padre. Prohibió todo contacto visual y físico de la hija con el insolente y desigual pretendiente, que sin reparar en su oscuro linaje se había atrevido a poner los plebeyos ojos en la noble criatura.

Las medidas impuestas por el padre fueron cada vez más férreas y terminantes. La relación amorosa, si la había, tenía que acabar y cualquier desacato conllevaría la terrible sentencia de tener por muerta a la hija. A la par, el padre preparaba ya un repentino viaje de la esposa con su hija a la capital. Duraría el tiempo necesario para que esta se olvide de estos “veleidosos amoríos de colegiala”.

Por su lado los jóvenes enamorados sentían que los ímpetus crecían a ritmo inverso de las amenazas y percibían que el fuego del amor tenía ya muy prendidas las brasas.

Una tarde, cuando el sol caía y sus rayos teñían de naranja las blancas casas de la ciudad, los enamorados ultimaron los detalles para la cita final.

Las puertas del entendimiento y la razón no se abrieron jamás y frente a esto ellos decidieron consumir las llamas del amor, lejos del hogar y de las sombras protectoras que mecieron la cuna de la hija adorada.

Llegada la noche, solo dos amigos del raptor conocieron de la decisiva aventura final y uno de ellos recibió el encargo de comunicar a los padres de la novia, dos días después de la fuga, la determinación tomada por los jóvenes. Solo la madre, llorosa y desconsolada escuchó el mensaje que aquellos dejaron.

Estos, después de pasar la noche en la Cueva de Chong siguieron con dirección a un distrito cercano donde el alcalde los unió para toda la vida. Durante la vida del padre, también, mantuvo inalterable vigencia la sentencia que este, impertérrito, un día pronunció: ¡Jamás volvería a ver a su hija para quien ella había muerto!

José Antonio Peláez Bardales

Los flamantes esposos después de unos días, viajaron a otra ciudad. Formaron un sólido y respetable hogar. Vinieron los hijos, pero el abuelo jamás los conoció. Nunca, pese a los ruegos de la esposa, perdonó a la joven que, efectivamente, murió en vida para él.

## El cura Plinio

**D**écadas atrás existió en la diócesis de Chachapoyas un singular personaje a quien todos conocían con el seudónimo del *cura Plinio*. Éste, de origen oriental, no sabemos por qué causa, se aficionó por el licor, convirtiéndose, muy pronto, en un dipsómano consuetudinario.

Llegado a oídos y vista de la cúpula eclesiástica, el tal cura aficionado a empinar el codo sin motivo alguno fue, inicialmente, apercibido y, como quiera que persistieron sus inclinaciones de bebedor, recibió la máxima sanción impuesta por la Iglesia católica a sus malos representantes: la suspensión de su ministerio sacerdotal. Esta medida determinaba que el señor cura no podía administrar ya ningún sacramento ni celebrar ninguna de las liturgias, convirtiéndose en un simple mortal impedido hasta de dar los santos óleos y la absolución a los moribundos.

José Antonio Peláez Bardales



*Paisaje chachapoyano*  
(Óleo en miniatura)

El 2 de noviembre, como todos los años se celebra en Chachapoyas y en todo el Perú, el día de los muertos. La gente acude a los cementerios a visitar la tumba de sus seres queridos en la que algunos les lloran, les cantan, otros elevan o mandan elevar plegarias y rezos.

No sabemos por quién fue invitado, pero resulta que el cura Plinio desde muy temprano, hacía los responsos para los deudos de los concurrentes al campo

santo. Según estos, los rezos del cura eran los más animados, más persuasivos, más elocuentes de modo que, con estos argumentos, las plegarias llegarían más rápidamente al cielo y serían recibidas por los que gozaban de “mejor vida”.

La gente se arremolinaba cada vez más alrededor del cura para solicitarle el turno de oración que se celebraba frente a la tumba, de modo que, por el tumulto, resultaba fácil determinar dónde se hallaba este, dando las plegarias.

Olvidábamos decir que el cura no sólo impartía la oración, sino que ésta se combinaba con cánticos y alocuciones latinas que despertaban el natural entusiasmo de los feligreses.

De nada valió la protesta de los otros curas, quienes con gritos destemplados decían: “ese cura ya no es cura”, pues la gente prefería al exreligioso, que sumido en un éxtasis, rezaba y cantaba con gran unción y a todo pulmón.

Como producto de los ingresos del día, ya al final de la tarde, nuestro personaje contó en su haber la elevadísima suma –para la época– de 700 libras, cantidad que representaba un jugoso estipendio, si tenemos en cuenta que un policía ganaba al mes 200 libras y un maestro de escuela unas 300 libras.

Esa misma noche, nuestro cura entre tragos de chicha y aguardiente, devoto practicante también de otros pecados mundanos, se reunió con una meretriz local muy conocida en aquel entonces. Se trataba de la famosa “Agchicha”, cortesana que aliviaba los ardores de los jóvenes de la ciudad y de los pueblerinos que la visitaban. Aprovechando del natural cansancio del cura ya profundamente dormido, que había perorado a los muertos durante más de 12 horas, bebido

José Antonio Peláez Bardales

varios vasos de chicha y aguardiente para contrarrestar la sequedad de la garganta, le sustrajo toda la ganancia y fortuna que el exfraile llevaba en los bolsillos.

Al día siguiente el cura Plinio, como un loco, buscaba por todas las cantinas y rincones de la ciudad a la famosa mundana. Fue necesaria la intervención de la Policía y hasta del juez instructor para dar con su paradero. Ubicada esta se halló en su poder tan solo una parte del patrimonio del cura; quien, sin embargo, y festejando la recuperación del dinero, al poco tiempo, lo perdió víctima de sus aficiones por el dios Baco.

# El estanco

(Un crimen impune)

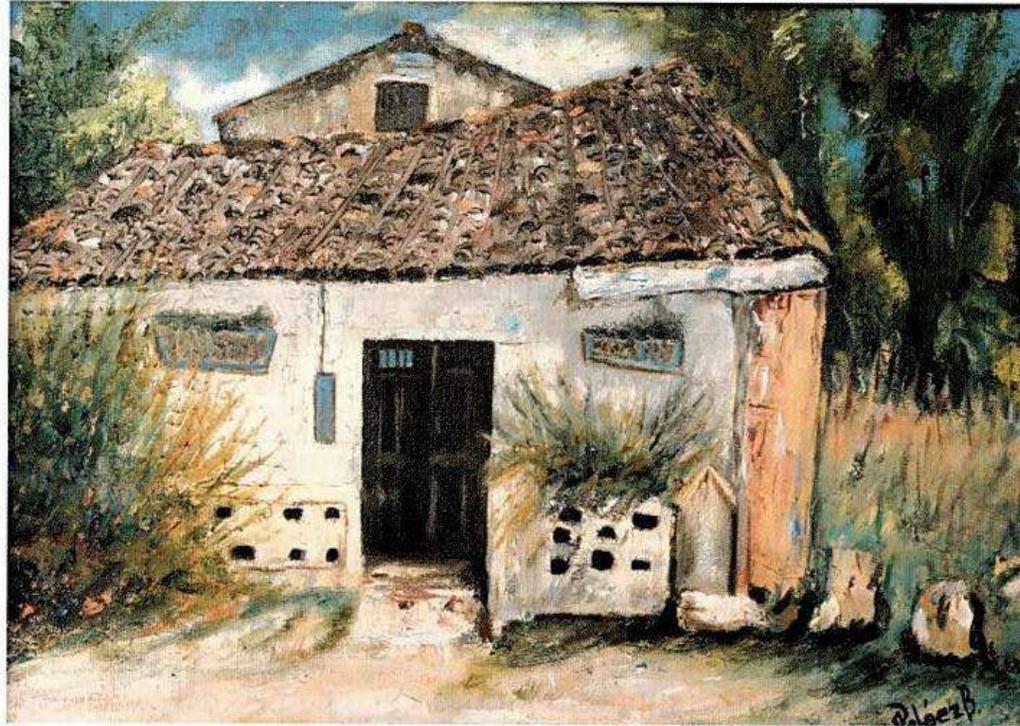
Una mañana del año de 1950, asustado y presuroso llegó a Chachapoyas un muchacho. Se acercó a la comisaría (que en ese entonces se ubicaba en la Plaza de Armas de la ciudad en el lugar en el que hoy funciona la Municipalidad Provincial) y con voz temblorosa dijo haber descubierto el cadáver de una persona, con poca ropa, ensangrentada, en una pendiente y casi colgado de un árbol. Fue la presencia de gallinazos, buitres y otras aves de rapiña las que llamaron su atención, cuando andaba buscando el ganado de su patrón.

De inmediato la Policía se puso en movimiento y se dirigió al lugar del macabro hallazgo. Este quedaba distante de la ciudad a dos horas y media de camino, aproximadamente. La ruta que había que emprender era llegar hasta la cruz que existía antes en la cumbre del cerro de Luya Urco, camino al aeropuerto. Andar por una senda de tierra colorada, llegar hasta un lugar de arcilla blanca que llamábamos “el cajón” y luego transitar por un camino de piedras, accidentado

y muy resbaladizo en época de lluvia. Ya al final de la primera etapa hacia el lado izquierdo, se ubica –hasta ahora– la casa-hacienda del fundo Bocanegra o también conocido por nosotros como “San Miguel”. Allí vivió don Mariano B. R. y hasta él llegábamos alborozadamente culminada la época escolar. Fue precisamente en las vacaciones –encontrándonos disfrutando de ellas– en el fundo de mi abuelo que recibimos la visita de un destacamiento policial encargado de hacer el levantamiento del cadáver y llevar a cabo las primeras investigaciones relacionadas con el hallazgo. Mi abuelo, al ser informado del suceso, de inmediato se ofreció a acompañarlos, presintiendo que la víctima podría ser Manuel Orozco, uno de sus trabajadores. Este, que tenía por costumbre permanecer en el lugar denominado El estanco, un paraje enclavado en la pendiente de un cerro cuyas faldas llegan hasta el río Uctubamba, vivía en una cueva o caverna natural que existe en una de las poquísimas zonas ligeramente planas y en la que éste cultivaba hortalizas, algunos árboles frutales, un poco de caña, etc. Cada 15 días salía de aquel inhóspito lugar y se dirigía hasta la casa-hacienda. Daba cuenta de sus trabajos y recibía las provisiones alimenticias para permanecer otros quince días en el lugar. Era un solitario, un anacoreta, dedicado por entero a sus meditaciones y labores agrícolas.

Ya don Mariano había tenido días antes un presentimiento, pues transcurridos casi cinco días de los quince que duraba su periódica ausencia, su peón no retornaba como era su costumbre. Inclusive, había pensado ir hasta donde él se hallaba y conocer sus actividades y necesidades.

El destacamiento policial emprendió la marcha, retomando el camino que descendía hasta una casa en la que moraba una señora llamada María Yalta. Una vivienda rústica, de techo de paja, cálida, con un patio de tierra apisonada y



*Casita chachapoyana*  
(Óleo sobre tela)

alrededor de él otra construcción más pequeña y de la que en horas de la mañana y por una improvisada chimenea, salía un humo azul, señal inconfundible de que ya se sancochaba el mote y los demás alimentos para saciar el hambre de sus moradores.

El camino desde aquí es bastante llano y se prolonga aproximadamente un kilómetro y medio, para luego, poco a poco, ir descendiendo por una ladera cada vez más pronunciada. La presencia de tunaes, huarangos y arbustos como

“chamanas”, retamas, etc. indican que el clima por este lugar es húmedo y frío. El camino cada vez se hace más accidentado y al llegar a una zona poblada de árboles y cultivos, se aprecia una caverna de unos ocho metros aproximadamente. Allí vivía don Manuel Orozco.

Al ingresar al lugar, la Policía apreció que la puerta de caña o carrizo se hallaba totalmente rota, despedazada. En el interior unas frazadas, alguna ropa tirada por el suelo, botellas rotas, un cántaro destrozado, hojas de coca desperdigadas por el lugar, sangre esparcida por las paredes y el piso de la cueva. Señal inconfundible de que la víctima se defendió, luchó y sucumbió ante el alevoso ataque.

Acto seguido, la comitiva se dirigió al lugar donde fue visto el cadáver. El terreno es más accidentado, hay que bajar con mucho cuidado. Al fondo se halla la quebrada de Bisho Huayco que desciende desde el barrio El Molino y luego de recorrer varios kilómetros junta sus escasas aguas con las del río Uctubamba, casi al pie del temible y trágico cerro de Limón Punta.

Ya casi al borde del abismo, colgado en las ramas de un árbol que alberga huicundos, lianas y otras plantas parásitos, se advirtió ya en evidente estado de descomposición, un cuerpo semidesnudo, con claras muestras de haber recibido heridas, golpes, etc.

Fue necesario descender con sogas y con ayuda de otros hombres que fueron llamados hasta el lugar, para lograr recuperar los restos y luego trasladarlo con destino a Chachapoyas. Al paso del cortejo, los niños que fuimos prohibidos de acompañar la comitiva, vimos pasar la caravana y al difunto en una camilla

de palos rústicamente confeccionada. Las primeras conclusiones de la Policía indicaban que fue asesinado a machetazos en el interior de la cueva y luego, arrojado al principio con la evidente intención de que las aguas del Uctubamba lo tragarán y fuera imposible su localización.

Los móviles del crimen, indudablemente no fueron el robo ni ningún otro que explicara esta tragedia. Orozco era un hombre pobre, dedicado por entero a sus faenas agrícolas, apacible y ya entrado en años.

Las sospechas recayeron en unas personas que habían sido vencidas en juicio de desalojo por el hacendado y que se negaban a abandonar una parcela ubicada en la parte alta de El Estanco. Estuvieron detenidas por un tiempo, pero la falta de pruebas y evidencias, borradas por la demora en ubicar el cadáver, la impericia de los investigadores y otras circunstancias, determinaron que el crimen quede impune.

A partir de este lamentable suceso, ir a El estanco era para nosotros motivo de sobresalto y causa de que los recuerdos tristes y funestos del crimen que conmocionó a los tranquilos habitantes de la provincia, acudan en tropel y hagan vibrar las sensibles cuerdas del alma.



# Fidelidad

*A Horacio Rubio*

*A* llá por la década de los cincuenta, Chachapoyas, ciudad capital del departamento de Amazonas, era visitada con alguna periodicidad por pobladores de la zona de Moyobamba, Rioja, Tarapoto, y otras poblaciones de la selva baja del departamento de San Martín. A estos, los chachapoyanos les conocían con el nombre de “munchas”. Eran fácilmente identificables por su ropa clara y ligera. De rostros paliduchos, cuerpos delgados y un característico modo de hablar en el que predominan las jotas por las efes y éstas por aquellas. No permanecían muchos días en estas serranías pues el frío les hacía rápidamente emprender el retorno a sus valles caliente y húmedos.

El principal motivo de su presencia en Chachapoyas era la compra de perros de toda laya. No de toda raza pues no existía más que una: la chusca. Sin embargo, preferían a los perros grandes, buenas madres de cachorros

José Antonio Peláez Bardales



*Paisaje chachapoyano*  
(Oleo en miniatura)

fuertes. Continuamente se les veía con muchos perros que ladraban, aullaban incesantemente y se resistían, tercamente, a ser separados de sus dueños y de sus lares nativos.

Con ellos emprendían el retorno a sus pagos. La jornada hecha a pie o algunas veces a lomo de bestia, duraba más o menos 30 días.

Fue así como un “muncha” de Moyobamba una mañana llegó hasta la casa

de doña Mercedes Bardales. Un solar antiguo con zaguanes anchos, baranda alrededor del patio interior, albergaba a toda la familia de una de las matronas más destacadas de Chachapoyas. Hacendada con propiedades que cubrían caminos, valles, cordilleras, ríos, etc. Tenía fama de ser criadora de muy buenos perros, los mejores de la región. Campero era uno de los más caracterizados ejemplares: blanco, con pintas negras del tamaño de un pastor alemán actual, fuerte, cazador, era el terror de zorros, comadrejas y canchules. Era hijo de La Barboza que había ya parido dos camadas de excelentes mastines, guardianes de los fundos de familiares y amigos de la región. El origen de este nombre nada apropiado para un animal, era un deshonor de una dama que llegó a Chachapoyas allá por el año de 1938 acompañando la comitiva del entonces candidato presidencial don Manuel Prado Ugarteche, y que, en todo momento, hacía alardes presuntuosos de poseer grandes heredades y fortuna transmitida desde sus antepasados.

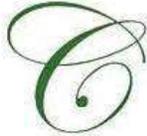
El moyobambino de marras, habiendo ya comunicado a la dueña de casa el motivo de su visita, le lanzó una tentadora propuesta de compra del animal. Doña Mercedes, mirando a La Barboza le hizo una contraoferta, puesto que no pretendía desprenderse de su fiel compañera muy fácilmente. Para esto, el noble animal desde el piso del patio interior y sin levantar la cabeza, dirigía alternativamente la mirada a su dueña y al comprador y de este al de aquélla. Todo hacía indicar que la perra, entendía que el tema era ella. Al final de la transacción, corrió a esconderse donde pudo; sin embargo, de allí la sacaron, le pusieron el lazo que apretó su fuerte cuello y ladró, aulló lastimeramente, puso sus patas en las salientes de la puerta, resistiéndose con todas sus fuerzas. Así la llevaron a jalones, a latigazos, no importó su llanto ni el de los hijos y nietos

encariñados desde niños con las bondades y noblezas del animal. Así partió La Barboza sin quererlo, dejando una inmensa pena en los mayores y niños que la conocieron.

Habían transcurrido aproximadamente noventa días desde aquella triste mañana en que creyeron que la habían perdido para siempre. De pronto, cuando ya los olvidos estaban curando las penas del alma, a lo lejos escucharon ladridos familiares al oído. Era La Barboza que alborozada regresaba a sus pagos queridos. Una soga atada al tronco que aprisionaba y rodeaba su cuello carcomido por los dientes y las patas ensangrentadas mostraban inconfundiblemente que obtuvo con denuedo su ansiada libertad y que el sendero del retorno fue penoso y casi sin fin. Regresó para siempre a la casa querida, con sus pequeños amos. Abel, Julio, Eduardo y Horacio, quienes nunca olvidaron ese hermoso y sacrificado gesto de fidelidad y de querencia.

# Final de una campaña

*A mi hermano Eduardo Peláez Bardales*

orría el mes de abril de 1980. Vivíamos un año preelectoral. En todo el país se notaba la efervescencia que generan estas campañas. Los candidatos recorrían las provincias, distritos, caseríos, etc, en busca del apoyo ciudadano. Ningún poblado es pequeño cuando unos cuantos votos pueden decidir una elección.

El departamento de Amazonas también vivía el entusiasmo que concita la presencia de los aspirantes. Estos se movilizan acompañados de simpatizantes, amigos, familiares, etc., formando grandes y ruidosas caravanas. Los pueblos del interior, pocas veces visitados por extraños, celebraban jubilosos la presencia de sus postulantes a quienes recibían alborozadamente y les invitan ricas viandas, licores surtidos, etc.

A las 6 p.m. de aquel día, los tres candidatos que integraban la lista aprista por el departamento de Amazonas, eran esperados ansiosamente en el distrito de Leymebamba, donde se había organizado un gran mitin al que concurrirían diversas delegaciones de villorrios y caseríos cercanos.

Desde unas horas antes asistían a un opíparo y copioso almuerzo en el distrito de El Yeso. Las principales autoridades del lugar bajaron hasta el poblado de Samango ubicado en el camino y en forma insistente pero cortés, convencieron a los candidatos y su comitiva a montar las cabalgaduras, ascender la empinada cuesta, reunirse con los pobladores en la plaza pública y asistir a un banquete que les tenían de antemano preparado.

El Yeso es un distrito joven que pertenece a la provincia de Luya, cuenta con 400 habitantes y se ubica a una hora y media de la carretera que une a Chachapoyas con Leymebamba.

De nada sirvieron las explicaciones que los candidatos intentaron vanamente dar, pues la gente insistió con sólidos y partidarios argumentos a que se acercaran hasta el poblado y saludaran a la gente que ansiosa los esperaba.

Al poco rato, los políticos agradecían, las atenciones de las cuales eran objeto y aprovechaban para proponer su plataforma electoral ante toda la población reunida en el lugar.

El más preocupado por lo avanzado de la hora y por la espera que tal hecho estaría generando entre los pobladores de Leymebamba, era el candidato Gustavo Lanatta Luján. Este, hombre ya maduro, experimentando en las lides políticas – pues tenía vigencia desde la fundación del APRA en Amazonas– era muy querido en el distrito de Leymebamba donde tenía viejos amigos y compañeros.

A pesar de la notoria prisa que tenía por llegar pronto a Leymebamba se produjo en el momento en que disertaba ante los vecinos de El Yeso, uno de los tres extraños e inexplicables hechos que vivirían en escaso tiempo y que más



*Casita rural chachapoyana*  
(Óleo sobre tela)

tarde no dejaron de llamar la atención por lo incomprensibles y desconcertantes. Inesperadamente, solicitó a los otros candidatos ser el encargado de cerrar el rol de oradores. Luego, ya con el uso de la palabra, pese al apuro que tenían, no concluía su extenso discurso. Después de varios minutos, ya entrada la noche, puso fin a su inacabable y postrera disertación.

Apuró nuevamente a los candidatos para emprender la ruta del retorno a la carretera donde quedó el vehículo en el que los tres viajaban. La camioneta que conducía a los acompañantes ya había partido por indicación de aquellos.

Llevaban el recado de anunciar la pronta e inmediata llegada de los candidatos y la justificación por la inesperada tardanza.

En la plazuela volvieron a montar las cabalgaduras.

En ese instante surgió otro hecho inusitado. La mula que le fue asignada al Dr. Lanatta y que lo condujo a Leymabamba se negaba tercamente a caminar y emprender el descenso, a pesar que el jinete y los acompañantes de a pie, la azuzaban y empujaban, para que avance. Transcurridos otros largos e interminables minutos, la mula, muy renuente, se puso a andar.

La noche fue cayendo. La presencia de nubes negras y el frío más intenso de la puna, advirtió que era inminente la caída de lluvia, muy usual además en esa época del año. Retomada la marcha, se empezaron a sentir las primeras gotas de lluvia. Al poco rato esta se desató con gran intensidad.

Las cabalgaduras disminuyeron el paso poniendo cada vez más cuidado en no resbalar por la empinada pendiente. Llevaba la delantera don Gustavo, quien daba cuenta de los últimos granos de un sabroso choclo que rápidamente tomó al salir. No estuvo con mucho apetito, posiblemente preocupado por la inesperada demora. A pesar de sus 70 y tantos años, tenía gran vitalidad y un entusiasmo juvenil contagiante.

Ya en la carretera abordaron rápidamente el Volkswagen color naranja de propiedad de E.P.B.

El vehículo no había presentado ese día, ningún problema de funcionamiento. Sin embargo, de la manera más extraña, las luces del auto no encendían. Fue preciso revisar cables, insistir en presionar varias veces los botones, para que,

luego de algún tiempo, volviera a funcionar la iluminación. Los tres enigmáticos y asombrosos acontecimientos que en el momento en que se presentaron no fueron tomados en cuenta, después del trágico suceso más adelante narrado, tuvieron una inusitada e incognoscible trascendencia ¿Fueron el aviso o la premonición de la tragedia?

E.P.B. era el candidato que ocupaba el primer lugar en la lista, al haber obtenido en las elecciones internas del PAP, la mayor votación. Se trataba de un joven médico, que en poco tiempo y gracias al trabajo desarrollado con los pobres y humildes de la zona, su natural simpatía y carisma, le hizo ganar el aprecio y afecto de la gente. A la par que descendía de una familia con raíces profundamente arraigadas en la zona y a la que sirvió también como representante con todo desprendimiento y cariño, su señor padre.

El tercer candidato era un joven abogado que venía ejerciendo su profesión en la dinámica y calurosa provincia de Bagua.

La noche se había cerrado ya con toda su oscuridad. La intensa y copiosa tempestad la hacía aún más negra. Las luces del pequeño vehículo iluminaban la carretera y los parabrisas se agitaban de derecha a izquierda, limpiando y arrojando el agua que a raudales descendía estrepitosamente.

Llevaban recorriendo la senda aproximadamente 25 minutos. La meta estaba cerca. Unos cuantos kilómetros más y estarían arribando a Leymebamba.

La concentración probablemente ya no se llevaría a cabo. Las lluvias por esas zonas duran varias horas y el frío intenso que viene unido a ellas, no hace más

que obligar a los pobladores a permanecer en sus casas, buscando el abrigo que brinda el cálido fogón hogareño.

Al costado de la carretera, por una senda afirmada de tierra y cascajo, desciende en veloz y estrepitosa carrera, el río Uctubamba. Su lecho, de grandes piedras y otros materiales que arrastra a su paso, es estrecho, formando rápidos y remolinos. En época de lluvia su infaltable caudal se incrementa rápida y súbitamente, convirtiéndolo en un torrente caudaloso y de imposible cruce. Los pobladores de ambas bandas se trasladan de un lado a otro en “oroyas” de las que muchas veces han caído hombres, mujeres y niños, siendo devorados inevitablemente por sus caudalosas y turbulentas aguas.

El vehículo tomó una curva abierta hacia la izquierda en un recodo que forma el río. Un fuerte ruido y de pronto la carretera se hunde al paso del automóvil que da una vuelta de campana cayendo sobre las espumosas y gélidas aguas del turbulento Uctubamba. El auto con las luces encendidas que se mueven en agitado torbellino, es arrastrado con estrepitosa velocidad y genera al chocar con las rocas su ensambladora, ruidos, sordos, ahogados por las revoltosas aguas.

Ninguno de los tres ocupantes sabe en la vorágine y desorientación que provocó la caída, el destino de los otros. Lo único que intentan es salvar la vida: en fracción de segundos, como en una película, pasan por la mente en apresurada y meteórica carrera, los días de la infancia, la adolescencia, la presente juventud, los seres queridos, los padres, hermanos ... la vida hecha jirones ... la vida convertida en muerte...

Es preciso tomar de inmediato una determinación. La puerta del conductor se abre, este pone los pies en el estribo del Volkswagen y desde allí se impulsa hasta la zona más oscura de una masa negra que supone es la orilla. Un salto ... es la orilla. Se aferra desesperadamente a los arbustos que felizmente encuentra, para que las agitadas aguas del río no lo hagan caer y se lo traguen. Poco a poco, con cuidado, midiendo cada paso, hay que aferrarse, hay que salvar la vida ... aún hay mucho por hacer.

Completamente mojado y envuelto en barro, poco a poco, va logrando salir del barranco. La oscuridad de la noche y la total desorientación le habían hecho recorrer a rastras y aferrándose a veces con las uñas, la pequeña porción de carretera que fue erosionada por las aguas del caudaloso río y que aún se mantiene unida al cerro sobre el cual se construyó la senda.

Este incierto recorrido le permitió acercarse a Leymebamba. De pronto, ya con sus pies en la parte de la calzada que a diferencia de la zona donde cayó el vehículo, se halla intacta y sintiendo haber recuperado la vida, escuchó gritos y voces. Al acercarse, cada vez más, percibió que era también su nombre el que llamaban. Corrió hacia ellos y al reconocer gente amiga, que venía en pos de hallar sobrevivientes, se abrazó a ellos en cálido saludo de reencuentro y de vida.

Allí se encuentra también con el tercer candidato, quien gracias a sus habilidades de buen nadador, criado en Bagua, junto al mismo río Uctubamba que se vuelve ya en la planicie, menos peligroso que junto a los estrechos riscos, logró alcanzar pronto e ileso, la ribera salvadora.

José Antonio Peláez Bardales

De inmediato y durante toda la noche y en los días sucesivos, se emprendió una búsqueda incansable de don Gustavo Lanatta, quien sucumbió en las azarosas aguas del río. Su cadáver fue ubicado luego de varios días a una distancia de más de treinta kilómetros del lugar del accidente.

El vehículo fue extraído de entre las rocas del río, totalmente destrozado e inservible.

Los dos candidatos sobrevivientes resultaron más tarde electos representantes al Congreso por Amazonas y poco a poco olvidaron la terrible pesadilla que les tocó vivir.

# Fuga a medianoche

(Nada mamita, la mula chucarea)

*A Lucho Monsante*

**D**urante el año de 1930 las nuevas corrientes políticas revolucionarias recorrían el país como reguero de pólvora. Los jóvenes inquietos y en pos del cambio como en todas partes, enarbolaban las banderas de la innovación. EL APRA partido fundado en 1924 en México, por Víctor Raúl Haya de la Torre, rápidamente tuvo adeptos en Chachapoyas, sobre todo entre la juventud. Entre los líderes que fueron sembrando las nuevas ideas y que retornaron al terruño para difundir la causa se hallaba el conocido odontólogo Dr. Angel Ocampo y el médico Dr. Gustavo Lanatta Luján, más tarde dos veces representante al Congreso por el departamento de Amazonas y muerto trágicamente en plena campaña política cuando el vehículo en el que se desplazaba con otros dos candidatos cayó accidentalmente al río Uctubamba cerca al distrito de Leymebamba.

El confortable sosiego de la ciudad de Chachapoyas, tradicional, conservadora, apacible se vio de pronto alterada por la presencia de estos dirigentes que captaron rápidamente la atención y el interés de los jóvenes colegiales que se plegaron

José Antonio Peláez Bardales



*Alturas de Leymebamba*  
(Óleo sobre tela)

activa y vigorosamente a las nuevas ideas políticas. Se hablaba de lucha social, de reforma agraria, de reparto de la riqueza, de frente único de trabajadores manuales e intelectuales, de antimilitarismo, de anticaudillismo, etc. Estas corrientes sonaban entre los conservadores a herejía, a sacrilegio. Haya de la Torre que se opuso durante una gesta universitaria que movilizó a toda la ciudad de Lima, a determinados cultos religiosos como la entronización del Corazón de Jesús, fue tildado de demonio y continuamente trastocaban su retrato colocando en él orejas puntiagudas y cuernos de Lucifer.

En aquellos tiempos, desempeñaba el cargo de prefecto, designado por el presidente el general Sánchez Cerro, un personaje apellidado Morante. De pequeña estatura, delgado, enjuto. Siempre vestía un pantalón de montar pues se movilizaba a caballo. Era acérrimo seguidor de Sánchez Cerro y, como este, visceralmente antiaprista. Cumpliendo órdenes impartidas para todo el territorio de la República, puso en práctica una tenaz persecución de todo aquel que simpatizaba, era aprista, o había formado parte, en algún acto, de la “secta aprista”. Como quiera que la cárcel de la tranquila ciudad no tenía mayor capacidad para albergar a más de cuatro presos juntos, fue necesario habilitar un local mucho más amplio, pues los detenidos ya sumaban varias decenas. No se salvaron de la pertinaz e implacable persecución y captura ni los más encumbrados hijos de las familias notables de la ciudad, que de alguna forma estuvieron vinculados a las actividades proselitistas del partido perseguido.

Los detenidos que habrían llenado de “bote a bote” los patios y aulas de la Escuela N° 427 que tenía su sede en plena plaza pública de la ciudad, jóvenes en gran mayoría, tomaron el encierro como un hecho anecdótico y celebraban el suceso con cánticos, risas, aplausos y gran algarabía. La detención ya duraba dos días y fue la causa del desasosiego y preocupación de los padres y demás familiares de los detenidos que acudían diariamente a las oficinas de la prefectura para abogar por sus seres queridos. El prefecto, imperturbable y resuelto en su determinación que obedecía además, a una orden que debía ser acatada “sin dudas ni murmuraciones”, había impartido la terminante orden de no franquearles el acceso a sus oficinas. Cansados y desesperanzados retornaban a sus hogares, no sin antes pasar por la escuela custodiada por policías que no permitían ni siquiera acercarse y menos comunicarse con los detenidos.

Al tercer día el clamor de toda la ciudad era la libertad de los demás, cuya suerte se desconocía. Estos, secundados desde el exterior por una valiente y enérgica mujer a quien todos conocían con el nombre de Shipe, diminutivo de Sipuriana, quien arengaba a los jóvenes para que obtuvieran la libertad por la fuerza, lograron después de varios intentos, que eran acompañados con gritos y proclamas, derribar las puertas y ventanas de madera y salir en tropel con destino a la prefectura encabezados por doña Shipe. Los custodios, tanto de la escuela como de la prefectura, emprendieron la huida ante la decisión y voluntad de la masa juvenil que incrementó su número con familiares, amigos y toda persona descontenta con los métodos prepotentes del prefecto. Este fue sacado en vilo de sus aposentos y junto a su conviviente –una campesina natural del pueblo de Huancas que cambió su traje típico por otras galas– fue montado en un burro, con la cara al revés, es decir, mirando la cola de la acémila y conducido con dirección al camino que unía a Chachapoyas con otros poblados y que hoy constituye la carretera de ingreso y partida de esta ciudad.

Gran algarabía despertó en los pobladores y mucho más en los jóvenes la obtención de su libertad. Discursos incendiarios, aplausos, celebraciones, abrazos, fiestas ...

Ya la noche con su oscuridad, fue apaciguando los ánimos y los entusiasmos juveniles. La paz volvió a la ciudad, pero en los corazones de las madres quedó latente la preocupación por las represalias que indudablemente, desataría el Gobierno para castigar la fuga, el desacato, el vejamen que sufrió un representante del Ejecutivo.

A los pocos días de este suceso que conmocionó la ciudad, empezaron a llegar las noticias que daban cuenta que un destacamento del Ejército marchaba con dirección a Chachapoyas. El temor y preocupación cundió en los hogares de aquellos jóvenes que se habían atrevido primero, a integrar las filas del APRA y luego a dar muestras de indisciplina y rebeldía.

Frente a esta peligrosa amenaza que podía confinar en alguna de los terribles prisiones que existían en Lima, a los hijos queridos, muchas familias de Chachapoyas, prefirieron que estos salieran del lugar como pudieran y se protegieran en casa de los parientes, sea en Lima, Chiclayo, Trujillo o cualquier otro lugar del país.

Así salieron de la apacible ciudad de Chachapoyas llamada por los conquistadores, San Juan de la Frontera, numerosos adolescentes, muchos de los cuales ya no retornaron y sumieron a sus padres y demás parientes, en profunda tristeza.

Una de esas noches, la familia Bardales Monsante, que residía en un enorme solar de la Plaza de Armas, preparaba la triste partida del primogénito que, desaprensivamente estuvo asistiendo a algunas reuniones apristas y, como tantos jóvenes, también sufrió el encarcelamiento y tomó parte en el tumulto que desafió al prefecto. Era Rafael quien debía partir esa noche acompañado de fieles servidores de su parte que lo cuidarían y guiarían en su largo camino hasta la costa.

Para no despertar sospechas de la Policía, la mula que lo conduciría durante la dura jornada, permaneció a lo largo de todo el día en el patio principal de la casa: pero, como era imposible la salida por esa puerta que daba a la Plaza de

Armas, resultaba necesaria su salida por la posterior que daba a una calle cercana al mercado de abastos. Para lograr este plan, era indispensable que el animal sea conducido hacia el patio interior, al cual solo se accedía por la sala principal de la casa. Esta, como en todas las casas de la ciudad en la que no se conocía en esos tiempos, la cera de piso actual, era mantenida, para el brillo y la limpieza, con petróleo quemado que ponía el piso de entablado sumamente resbaloso.

Con gran silencio y presentes en el acto los mayores de la casa y algunos jóvenes de la edad de Rafael, hicieron entrar al animal que, jalado por la soga, obedeció dócilmente. Pero, al poner las pezuñas en el piso de madera, trastabilló y estuvo a punto de rodar por los suelos. Los movimientos desesperados de la mula por sostenerse en pie, en el silencio de la noche generó un enorme alboroto que despertó a la abuelita María que dormía, sin saber lo que pasaba, en la habitación contigua. Ella, al despertar súbitamente, alcanzó a preguntar qué pasaba a lo que el más vivaz y ocurrente de los nietos, Lucho, contestó inmediatamente con estas frases: ¡Nada mamita, la mula chucarea!

Así partió, entre sombras y con gran tristeza el hijo mayor de la familia Bardales Monsante. Ya posteriormente tuvieron que informar a la mamita María, de la partida de su querido nieto Rafael a quien nunca más volvió a ver, pues durante la larga ausencia, falleció apaciblemente rodeada de nietos y bisnietos que siempre la recuerdan con cariño.

# Un partido de fútbol en Nogalcucho

*A Antonio La Torre Bardales*

*N*ogalcucho es un fundo enclavado a orillas del río Uctubamba a quince minutos a pie, del distrito de El Tingo. Este pertenece a la provincia de Luya del departamento de Amazonas. En quechua se le conoce con el nombre de *Tincu* que en castellano quiere decir “el encuentro de dos cosas”. Fue creado por Ley el 2 de enero de 1875. Últimamente sufrió el embate de la naturaleza que, prácticamente, lo borró del mapa y sus cerca de 1 800 habitantes, tuvieron que emigrar a una explanada ubicada a unos cuatrocientos metros más arriba y alejarse de una pequeña quebrada que al aumentar bruscamente su caudal, produjo un alud que arrasó a su paso incontenible, con la mayor parte de casas que integraban el poblado.

Desde este caserío, asciende reposadamente la carretera que nos conduce a las milenarias ruinas de la fortaleza de Kuélap, recorriendo pintorescos pueblecitos y caseríos de gente blanca, de cabellos rubios y ojos azules.

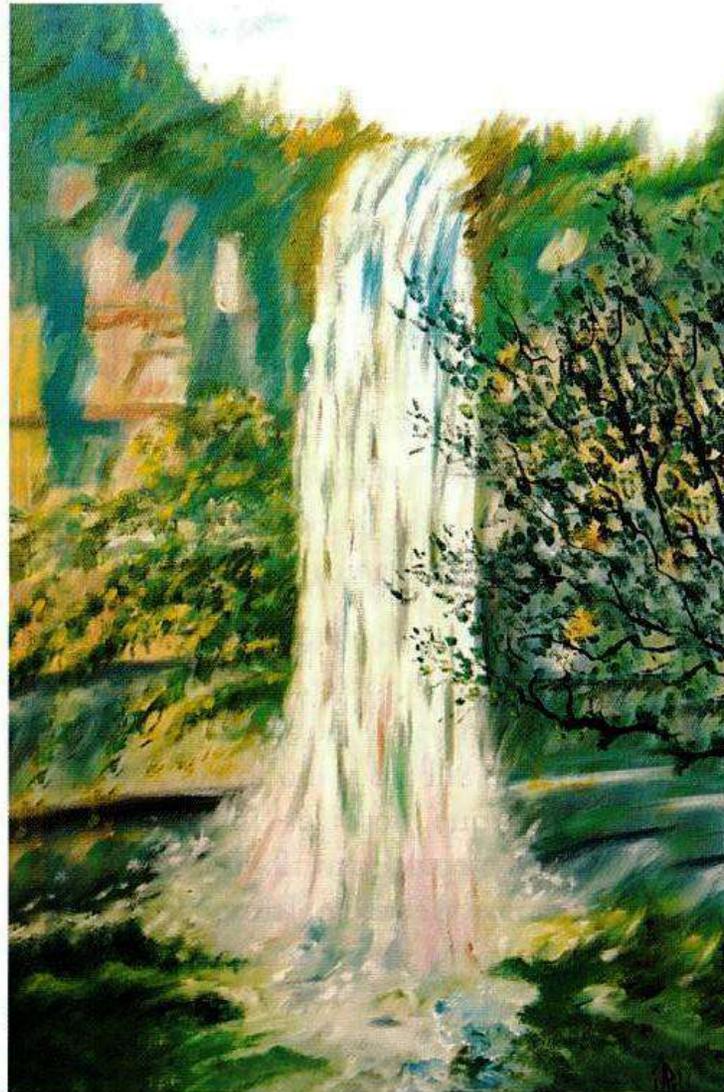
Nogalcucho perteneció a una de las familias de mayor abolengo y propiedades de la zona. Sus heredades recorrían inmensas e inalcanzables distancias con los

más variados paisajes y climas. Este predio, sin ser de los más extensos, iniciaba sus dominios a orillas del río Uctubamba y trasponía cordilleras y acababa sin conocerse sus límites.

Allí decidió quedarse, trabajar la tierra, traer a sus hijos y criar a sus nietos, el penúltimo hijo de la familia La Torre Bardales. Era don Antonio. Hombre cabal, entero, franco, sin complejos, ni dobleces.

Allí nos recibió, deportivamente trajeado, pues dejó el partido de fútbol al saber de nuestra presencia. Nos invitó cordialmente a pasar al interior de la casa, cuyas puertas se abrieron de par en par y nos transportan a un pasado en el que se encuentran los recuerdos y nos hacen sentir aquella presencia impalpable de los antepasados que ya no están con nosotros. Transponemos luego los umbrales de la puerta posterior de la casa. El paso inexorable del tiempo y la rutina que amolda a los hombres, nos muestran el deterioro de la casa que antiguamente contó en su segundo piso con un gran barandal. Las montañas y aparejos que en otros tiempos usaron en sus cabalgaduras, los pioneros de estos predios, hoy descansan arrumados y maltrechos. Se nos ocurre pensar que hasta aquí llegó el progreso y con él la sustitución de la noble y fiel fuerza del ganado caballar que ayudó a conquistar la abrupta geografía local y dominar las insalvables distancias. De pronto también nos viene a la mente que ya los forjadores de estas heredades se fueron para no volver y los que quedan esperan pronto la partida.

Grandes arbustos y árboles crecían sin cuidado en el patio interior, dos reservorios con agua se preparaban a recibir los alevinos de trucha que en esta época escasean en el río Uctubamba.



*Catarata en Pedro Ruiz Gallo  
(Óleo sobre tela)*

Luego de unos minutos y después de los abrazos, don Antonio, al saber que teníamos afición por el fútbol, y al ver que los varones éramos numerosos, nos invitó, casi nos retó a muy amablemente, a sostener un partido con su equipo, del cual él era el capitán.

Inmediatamente, surge una inquietud y se la transmitimos .¿Y dónde se encuentra el campo de fútbol? Pues, no veíamos este pequeño y en accidentado lugar, rodeado por dos enormes cerros entre los que discurría el río Uctubamba, ningún lugar apropiado para el desarrollo de tal deporte.

Don Antonio nos dijo de inmediato que lo siguiéramos. Un numeroso grupo

de mayores y niños emprendió la marcha por un estrecho camino que asciende por uno de los cerros.

De pronto vimos en un recodo que forma el río, una explanada de unos doscientos metros de largo por 80 de ancho. Nos contó, don Antonio que este gran espacio ha sido logrado tesoneramente por sus jugadores y él, que han podido cortar el cerro y hacer este gran espacio plano. Le han puesto de nombre a este escenario, con tribunas naturales: el Estadio de Berlín, en homenaje a los bravos futbolistas que asistieron a las olimpiadas de Berlín y derrotaron en su segundo partido a un gran equipo, como era Austria.

Don Antonio era gran admirador del cañonero. Lolo Fernández con quien tenía un gran parecido y tratando de asemejarse más, usaba una redecilla en la cabeza como lo hacía en sus inolvidables tiempos el gran cañonero cañetano.

Al poco rato ya los equipos se hallaban listos para iniciar la jornada deportiva. El público, compuesto por las esposas, hijos, sobrinos etc, de los jugadores, alentaban animadamente a sus equipos y hacían barras por cada uno de ellos. El árbitro, uno de los lugareños, hizo sonar su silbato y dio inicio al partido. Para distinguirnos se acordó previamente, que nosotros integrábamos el equipo de Los limeños y ellos el equipo de Nogalcucho. Estos atacan veloz y decididamente, aprovechando el leve declive y el mejor conocimiento que tenían del terreno. Al poco rato se produce el primer gol, hecho de cabeza por el “cañonero” Antonio. Uno a cero.

La altura y la mala noche del viaje agotan a los limeños que, sin embargo, lucharon denodadamente por lograr el empate y si fuera posible, alcanzar la victoria.

Con el marcador de uno a cero terminó el primer tiempo. A poco de comenzada la segunda etapa en el interior del área de los de Nogalcucho, la pelota es detenida con la mano por uno de los jugadores. El árbitro sin dubitaciones cobró un tiro directo. El ejecutante del disparo convirtió el tanto. Uno a uno. Minutos después Los limeños volvieron a anotar en una jugada rápida producida por el extremo izquierdo. Los de Nogalcucho no cedían y atacaban incesantemente, en pos del empate. Hicieron su ingreso a la cancha cuatro jóvenes valores de los limeños: Gabriel, Farid, Eduardo y el más pequeño, pero incansable luchador. Omar ... Estos salieron al encuentro de todo aquel del equipo contrario, que llevara la pelota. Una labor de cerrojo y obstaculización que por momentos hace perder la paciencia a los de Nogalcucho que veían que el partido se les iba de las manos.

Por fin, cuando las fuerzas ya estaban desfallecientes, el árbitro dio por finalizado el encuentro, con el triunfo de Los limeños por 2 a 1. Gran algarabía en las tribunas, hurras, aplausos, se oían por doquier.

Hidalgamente, Antonio reconoció el inobjetable triunfo obtenido por los visitantes. Se brindó en la misma cancha hasta donde el mandadero traía las cajas de cerveza.

Luego, emprendimos el retorno hasta la casa, en donde los comentarios del partido son tema de todos, grandes y chicos, hombres y mujeres. Antonio nos retó para la revancha con ese entusiasmo contagiante y juvenil que lo caracterizaba pese a sus 65 años de vida.

La noche caía alrededor de una gran fogata a cuya luz y calor todos nos tomamos de la mano en una danza de afecto, de felicidad, por un día más en esos inolvidables lugares de paz y dulce evocación.



## Doña Lola Ibarra

Doña Lola Ibarra fue uno de los personajes más tradicionales de Chachapoyas, por muchos años. Alguien me decía, que fue la Brigitte Bardot de la ciudad. No precisamente por su belleza que ya en los años en que la conocí, estaba bastante marchita, sino, porque desde muy joven se interesó por los animales, más precisamente, por los perros.

Contaba en su casa con más de 20 perros, a los que alimentaba con el aporte generoso de la gente que tenía a bien regalarle unas monedas. En su morada – ubicada en la Calle Santa Ana solamente se mantenía, estoicamente en pie, con muchas goteras, una habitación que ella compartía con su anciana madre y con los perros que eran también parte de su familia.

Una puerta de cartones, telas y carrizos daba ingreso a un jardín con árboles centenarios y en el que alguna vez se cultivaron rosas, claveles y otras flores que ahora lucían, secas y marchitas por falta de agua y atención. La habitación, llena

de muebles viejos, antigüedades, alfombras malolientes, cajas, baúles y otros cachibaches; albergaba también los recuerdos y añoranzas de días mejores y de ausencias sentidas. Una anciana, con muchos años encima, reposa tendida en una cama de madera, envuelta en frazadas y colchas descoloridas. Al pie de la cama y sobre ella misma, numerosos perros de toda raza y color, chicos y grandes, dan al cuadro un espectáculo de desorden, pasado, olvido y miseria.

Afuera, otros perros ladran al paso de la gente. Doña Lola, retira las telas y cartones que cubren la puerta. Lleva en sus manos una bolsa que contiene unos huesos, verduras, panes y otros alimentos, adquiridos por ella en el mercado. El dinero lo obtuvo de los “aportes”, no propinas ni limosnas que la gente dio para sus animales. Solía entrar a las tiendas y con dignidad pero cortésmente, sugería una contribución que, necesariamente, tenía que ser dineraria. No aceptaba donaciones en especies.

Una vez en la casa, en las dos únicas ollas que tenía y en el fogón a la leña instalado a un costado de la habitación, daba inicio a la preparación de la comida para alimentar a la anciana madre, a sus perros y un poco para ella. Era delgada, de pelo cano, mostraba una natural y ancestral dignidad. La gente que conoció a sus antecesores, refiere que procedía de una de las familias más antiguas y de prosapia de la zona.

Un día desapareció la madre; al poco tiempo, doña Lola ya no estuvo entre sus perros, ni entre nosotros.

## San Miguel

*A mis queridos hermanos Mario, Eduardo, Mariano, Edmundo y María Luisa con quienes compartí, por estas tierras, los años más bellos de mi vida.*

*A mi hija Jimena, alegre acompañante en este viaje y a la que le hago contar estas evocaciones.*

Escuché este nombre con los cuentos de papá. Sabía que San Miguel fue el nombre con el que se conoce al arcángel que luchó con el dragón (el demonio) hasta vencerlo, aplastarlo y expulsarlo del cielo.

Sin embargo, San Miguel representaba para mis abuelitos, mi papá y mis tíos, no solo un nombre, sino el escenario donde transcurrió parte de sus vidas ... con alegrías y tristezas. Como todo en la vida.

Con muchos meses de anticipación mis tíos Eduardo y María Luisa, así como mi tío Fico –uno de los más entusiastas animadores del viaje– con gran ilusión fueron elaborando un programa que nos llevaría, a ellos nuevamente y a nosotros, los chicos, por primera vez, a reencontrarnos con nuestros orígenes.

Una de las cosas que más inquieta a los hombres es la búsqueda del origen. ¿De dónde procedemos? ¿Quiénes fueron nuestros antepasados? ¿Cuál fue su cultura?

¿Su medio ambiente? etcétera, y creo estar convencido, de que ese fue el principal motivo que determinó a mi papá y mis tíos, a llevar a la tercera generación de los Peláez Bardales, a conocer nuestros orígenes, nuestro principio, nuestras raíces.

Salimos de Lima el domingo 24 de julio de 1995. Éramos 17, más un gran entusiasta viajero: Aldito. El más pequeño y el primero de la cuarta generación de los Peláez Bardales. Llegó risueño y airosamente hasta Kuélap, cuna y tumba de los sachapuyos, la vigorosa raza que pobló Amazonas.

Con dos escalas, una en la heroica y primaveral Trujillo y otra en Jaén de Bracamoros –próspera y pujante ciudad fronteriza con el Ecuador– llegamos el día 26 a la “Fidelísima ciudad de Chachapoyas”.

Nuestro arribo por una de las tres entradas que tiene esta ciudad, nos llevó de pronto a la Plaza de Armas. En una de sus esquinas se levanta la querida casa que vio nacer a mi papá y a sus cinco hermanos... Las lágrimas brotan en los claros ojos de todos ellos... Los recuerdos se agolpan en las mentes y la nostalgia hace vibrar los nobles corazones. Chachapoyas, si pudieran tus calles hablar, tus campos, tus plazas, estoy casi segura pronunciaría un cariñoso saludo de reencuentro y abriría los brazos en gentil recibimiento. Los alejó del terruño, las circunstancias del momento y el ansia de superación que es enseña de todo chachapoyano.

El día 27, luego del merecido descanso, hicimos una romería al cementerio de la ciudad. Allí reposan, al lado de otros antepasados, los dos más cercanos familiares nuestros. Mis bisabuelos don Mariano Bardales Rubio y su querida esposa María Luisa Monsante de Bardales. Sé por mi papá que ella murió mucho

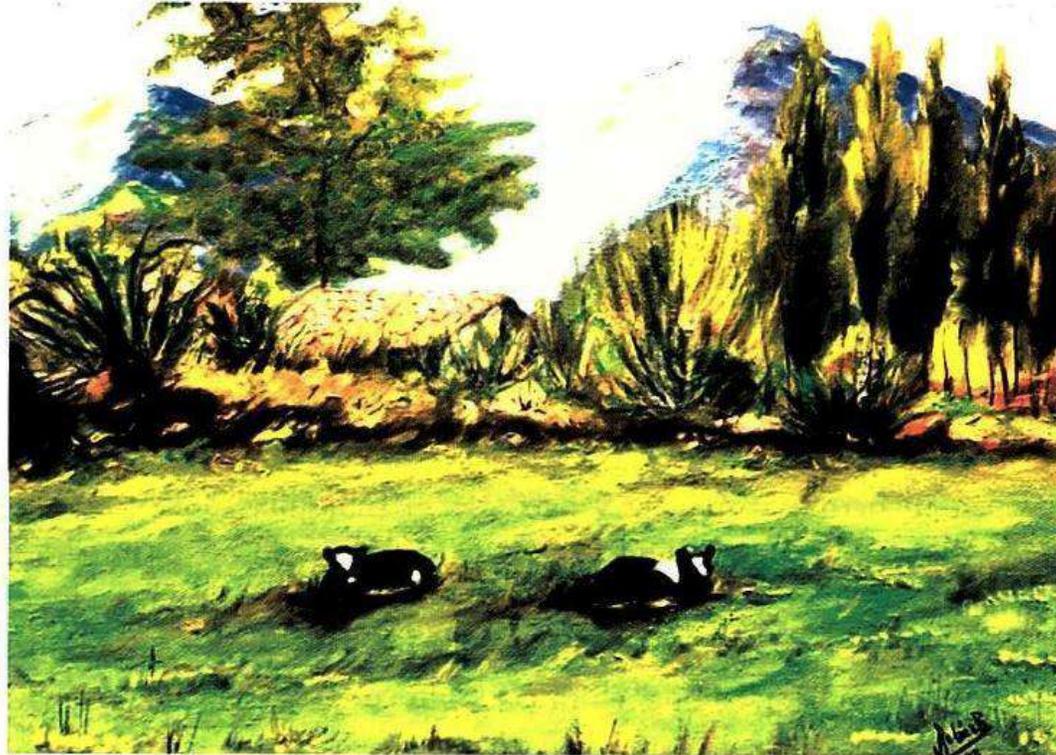
antes de que él y mis tíos nacieran, pero conocieron por fotografías de su singular belleza, y por terceras personas, de su gran nobleza y su ferviente amor por los suyos.

De mi bisabuelo, mi papá me cuenta que era un hombre de una rectitud intachable, de un temple de acero y de una bondad sin límites. Allí en el camposanto que acoge eternamente a los fundadores de Chachapoyas, les rendimos un justo homenaje y elevamos una plegaria para que descansen en paz por haber sido buenos y por habernos dado tan excelentes padres.

Al día siguiente, era la ansiada partida hacia San Miguel. Allí mis tíos y mi papá pasaron su hermosa infancia y parte de su tranquila adolescencia. Este es el fundo que nuestro bisabuelo adquirió para ir dejando otros, mucho más distantes y sin abandonar su apasionada vocación por la agricultura, poder estar al lado de los suyos, mi abuelita Matilde y mis tíos Rafael, Miguel e Isabel (a quien cariñosamente llamábamos “chinita”). Solo conozco a mi tío Miguel, los otros partieron al más allá antes que yo naciera.

San Miguel queda a treinta minutos de Chachapoyas. Los vehículos deben quedarse en la parte alta que domina la ciudad y desde allí comenzamos a caminar todo el numeroso grupo. Antes, nos detenemos en las moradas donde habitan los actuales ocupantes de San Miguel. Campesinos que nacieron bajo el manto protector de mi bisabuelo y sin tener a donde irse, se quedaron arraigados en el lugar. Allí nacieron sus hijos y siguen naciendo sus nietos. Marciano y Lorenza son los que conocieron a mi bisabuelo Mariano, trabajaron con él y son gente que mantienen la fidelidad y lealtad a toda la

José Antonio Peláez Bardales



*Paisaje chachapoyano*  
(Óleo sobre tela)

familia. Ellos nos reciben con gran cariño y amabilidad. Nos convidan con una fresca chicha de arroz que mis primos y yo, por primera vez, probamos. Es agradable, refresca el paladar y nos prepara para la larga caminata. Una senda nos lleva hasta un sitio que todos llaman El cajón. Es un lugar de arcilla blanca, estrecho. Desde allí comienza el descenso más accidentado, por un camino sigzagueante, de piedras blancas y arcillosas. Adelante van mis primos Omar

Antonio, Farid, Gabriel, Eduardito y un poco más atrás, nosotros. Mi papá nos lleva de la mano, pues la poca costumbre de andar por estas sendas, hace mis pasos inseguros y muchas veces, me hallo próximo a caer. Mis primos, los varones, se caen y sin chistar continúan la marcha. Omar, siendo uno de los más pequeños, es el que siempre y sin conocer, lleva la delantera.

Estoy seguro que cada piedra y cada recodo del camino les traen mil recuerdos a mis tíos y a mi padre. ¿Cuántas veces no habrán recorrido estos caminos? Primero de niños, de la mano de los mayores; luego solos, cuando emprendían alguna huida o ansiaban saludar al abuelo; o, quizás, cuando añorando mil recuerdos y desde lejos, volvían al terruño.

Las voces de los que van adelante nos indican que la primera etapa del camino va concluyendo. Una senda que tuerce hacia la izquierda nos conduce por la parte posterior de la Casa-Hacienda. Un corredor amplio que bordeaba toda la casa nos da señales de que en otros tiempos fue majestuosa y señorial. El paso del tiempo, el descuido de quienes debieron cuidarla como un patrimonio familiar imperecedero y los avances de la naturaleza, hicieron que cediera su grandeza y señorío. Tuvo que demolerse el segundo piso para que sus vigas y paredes no cayeran por completo. En el segundo piso, cuenta mi papá, se ubicaban los acogedores y cálidos dormitorios y un amplio barandal rodeaba la morada. De allí se podía divisar todo el contorno de la casa.

Un bosque de olorosos y perfumados eucaliptos dan al ambiente un agradable clima. Estos fueron sembrados, según se cuenta, por mis bisabuelos y mi tío Miguel. En este apacible y sereno lugar pasaron mis tíos y mi papá los mejores años

de su infancia. Todos los meses de diciembre, después de Navidad, concluidos ya los meses de estudios, con inusitada algarabía y contento, emprendían la misma ruta que hemos seguido. Numerosos caballos y acompañantes trasladaban los enseres y víveres necesarios para la temporada de vacaciones. Desde la casa, el abuelo Mariano, oteaba las alturas, mirando a su tierna y querida hija Matilde, su yerno Mario y a sus pequeños nietos Mario Gabriel, José Antonio, Eduardo Mariano, Edmundo y a la más pequeña, María Luisa, nombre querido y de gran evocación para él.

Ahora, a nosotros, también nos embarga la misma emoción. Llegar a la casa de San Miguel. Se siente una vibración extraña, grata, apacible. Es como si nuestros antepasados estuvieran presentes y nos dieran el abrazo de bienvenida. Sentimos esta tierra como nuestra, por eso nos ponemos a reclamarla. A voz en cuello, a gritos. Aquí mis tíos y mi papá acuerdan no abandonar más este sagrado lugar. ¡Reconstruir la casa es la voz! Volverán y volveremos cuantas veces querramos a sentir la presencia de los nuestros, no los abandonaremos ... ¡aquí está parte de sus vidas...!

¡Aquí están nuestras raíces ...!

Recorreremos luego los lugares que marcaron la vida de nuestros padres. Por grupos, vamos siguiéndolos. La Cueva de Chong, donde pernoctaron atrevidos y rebeldes amantes. El Mirador, donde mi primo Omar se sintió el Rey León, Quería volar, dominaba las alturas. Pisamos las pequeñas parcelas que ellos entusiastamente cultivaban durante las vacaciones. Mil recuerdos, mil nostalgias... Un perro trae la imagen de Sultán, uno de los fieles guardianes de San Miguel y del gran Papá Mariano.

A continuación, emprendemos el viaje hacia los ranchos de los actuales moradores de San Miguel. Descendemos por un camino que cruza una pequeña quebrada, que según mi papá en épocas de lluvia ruge como un puma herido. Acarrea abundante agua que estrepitosamente desciende hasta un riachuelo que desemboca en el Uctubamba, afluente del gran Maraión que a su vez vierte sus aguas al majestuoso e imponente río Amazonas, el más caudaloso del mundo.

Una puerta o “tranca” que impide el paso del ganado, nos conduce hasta la ruta final. Gente noble y cariñosa nos recibe en el lugar. Nos convida además de su afecto, jugo de naranja que consumimos plácidamente. Sacia la sed y despierta nuevos afectos.

Un día maravilloso. Con Sol esplendoroso, blancas nubes, hacen resaltar el bello paisaje. Enormes cerros, árboles de eucalipto, casitas de teja roja, pencas de maguey, retamas y otras flores coloridas dan el marco inigualable a estos bellos y plácidos lugares de San Miguel.

Aquí podemos libremente expandirnos, correr, saltar cercas, ir detrás de las vacas, caballos y burros que pueblan el lugar. Gabriel blande el lazo que su papá le enseñó pacientemente a usar. Un burro cae bajo el diestro manejo de la soga. Es la satisfacción más grande que puede experimentar. ¡Se siente realizado!, según su propia versión.

Más abajo visitamos un bello lugar: San Antonio. Allí mi bisabuelo sembraba caña de azúcar llamada de “guayaquil”, blanca, con abundante jugo que él mismo molía con la ayuda de dos recios bueyes y, por turno, uno de los hijos de Marciano: Miguel o Marino puyaban a las bestias haciendo girar con su fuerza el molino o trapiche. Un enorme perol recibía el agradable jugo de caña que hervía todo el

por un camino no tan empinado por el que nosotros ascendemos. Mi tío Mario, homónimo de mi abuelo, el mayor de todos, anduvo por estos bellos lugares incontables veces. Hoy vuelve a pasar por la “gran casa”. Registra en su filmadora parajes comunes, gratos ambientes, paisajes inolvidables. El ayer hecho presente. La ausencia hecha recuerdo... La evocación hecha dolor.

Llegamos a la cumbre. Una mirada más. La Casa Grande de teja roja, rodeada de eucaliptos. Senderos por los que hace poco transitamos. A la derecha divisamos dos casas lejanas. Una grande y la otra más pequeña. Algunos árboles junto a ella. Mi papá nos cuenta que allí vivió mi tía Esperanza. Es: La Libertad. Por esos campos también transitaron la niñez y adolescencia de mis mayores. Allí retozaron sus años mozos, plagados de límpidas emociones. Allí compartieron las sanas locuras de mi tío Horacio, domando potros salvajes y amansando penas.

Emprendimos nuevamente la marcha ascendente. Al llegar a las viviendas de la cumbre sus habitantes nos invitan naranjas y los mayores beben los últimos refrescos. Luego ... la despedida. Promesas de volver. Gratitudes. Huellas indelebles que cincelan el alma.

A poco Chachapoyas, desde la cumbre nos recibe con alborozo de sus niños que felices juegan sin preocupaciones, como hace tiempo lo hicieran nuestros padres. Los perros ladran sin cesar. Los pajaritos, gorriones, jilgueros, ruiseñores, entonan los últimos trinos de la tarde. El sol va cayendo, cubriendo de naranja las viviendas de paredes blancas. Los eucaliptos adquieren tonalidades multicolores. Los celajes chachapoyanos –como los de Hungría–, van apareciendo en el firmamento. Las nubes se tornan rosadas, el cielo azul celeste adquiere coloridos matices, fulgores de atardeceres insondables.



## Don Moshico

En qué reunión chachapoyana no estuvo presente don Moshico. Se le conoció con el nada despectivo calificativo de Peón de Salón. Su obligada concurrencia era imprescindible pues, no solo conocía y trataba a “todo el mundo”, sino que sus atributos de anfitrión de casa ajena, era una de sus mejores virtudes.

Rehusaba muchas veces ponerse el atuendo de mozo, pero cuando lo hacía, no mudaba por ningún motivo sus alpargatas o llanques, calzados sobre sus pies desnudos. El poncho doblado al hombro, era prenda insustituible en su vestir. Solo dejaba de tenerlo consigo, al comienzo de la reunión: después, cuando ya los invitados tomaban confianza con él o él con los invitados, se lo colocaba nuevamente al hombro.

Siempre sonriente, con esa paz espiritual que reflejan los rostros de las almas buenas, presto al menor requerimiento de los convidados, su vida la dedicó por entero a alcanzar el confort de los demás. El costo de sus servicios fue siempre insignificante, parecía que disfrutaba con atender a la gente.

Pronto se le veía en los salones de la prefectura, en bailes, agasajos, en los colegios, en las oficinas públicas, en la casa de ricos y pobres: en suma, en todo lugar donde se celebraba algún acontecimiento público o privado.

Nunca nos preocupamos por saber cuáles eran sus apellidos, ni dónde vivía, quiénes eran sus familiares ... solo lo conocimos con el diminutivo de Moshico, pero eso sí lo sentimos como parte de nuestro entorno local y familiar.

Algún día partió don Moshico para siempre y acaso de tanto haberlo visto, ni nos dimos cuenta que ya no se hallaba entre nosotros: pero hoy, en este recodo del áspero camino, lo evocamos con cariño y gratitud, pues fue un hombre bueno y generoso hasta la total rememoración.



*El río Uctubamba. Achamaqui*  
(Óleo sobre tela)



## Nesho

*N*i el hecho físico de haber superado la barrera de los 50, ha trastocado la inocencia infantil de tu rostro. Ni tu vida de aparente soledad ha marchitado la dulzura y nobleza de tu alma de niño.

Nos recibes con bondad y cariñoso afecto, como si los años y la cruel dureza de la vida no crearan entre los hombres distancias, barreras y olvidos.

Tu espíritu incólume de niño afable y bondadoso no ha variado desde tus años infantiles. Sigues creyendo en Dios como al comienzo y adorando a la virgen de Santa Lucía, para cuya venerable imagen nos pides un manto o una corona. Si volvemos al año siguiente, la misma sonrisa afectuosa endulzará tu rostro, no importan las distancias ni las promesas incumplidas.

Nesho o Neto, personaje inolvidable que nos trae recuerdos lejanos de la dulce y apacible infancia.



## Plan siniestro

*A mi querida madre Matilde Bardales de Peláez*

*S*in haber provocado, ni dado motivo alguno, don Mariano Bardales, joven agricultor, correcto ciudadano, padre de familia ejemplar, amigo entrañable, quedó de pronto convertido en gratuito enemigo de don Nemesio R. Este que, por pedido de uno de los familiares de aquel, se halló compartiendo un estipendio en tanto fuera designado para un cargo, después de haberlo obtenido, pretendió que don Mariano, continuara compartiendo su haber no obstante ya tener el suyo. Era en todo caso, un problema familiar y la justicia le asistía indudablemente al primero. Sin embargo, esta fue la causa que provocó que don Nemesio R. se convirtiera en mortal enemigo del buen don Mariano.

Una noche, dos sujetos ampliamente conocidos y temidos en la región por sus implacables métodos violentistas y sanguinarios y por su proclividad a alquilar sus alevosas manos de sicarios, brindaban copiosamente unos tragos de aguardiente en el rincón de una pascana del pueblo de El Tingo, distante ocho horas a lomo de bestia, de la ciudad de Chachapoyas.

El fuerte licor pronto rompió las barreras inhibitorias y cundió entre ellos la locuacidad. El elevado volumen de las voces permitió a la dueña del negocio seguir sin mucho esfuerzo el hilo de la conversación que sostenían animadamente ambos parroquianos. Así tomó conocimiento que estos chacales habían sido contratados por don Nemesio R. para asesinar a don Mariano, quien, en esos días, se hallaba en su fundo Huaytapampa ultimando los preparativos para su pronto retorno a Chachapoyas.

Huaytapampa se ubica a pie, a escasas seis horas del distrito de El Tingo. Los asesinos planeaban dar su golpe mortal en las primeras horas del día siguiente. Tocó la suerte que la dueña de la estancia, doña Isolina La Torre, era muy querida sobrina de don Mariano, a quien apreciaba como un padre. Luego de sobreponerse de la natural sorpresa y temor que le causó escuchar las criminales intenciones de los sicarios, salió apresuradamente de su negocio y fue a buscar a uno de sus empleados. A este le encomendó la tarea de ir a toda prisa hasta Huaytapampa y alertar a don Mariano de la inminente llegada de los asesinos y de sus decididas intenciones de poner fin a sus días.

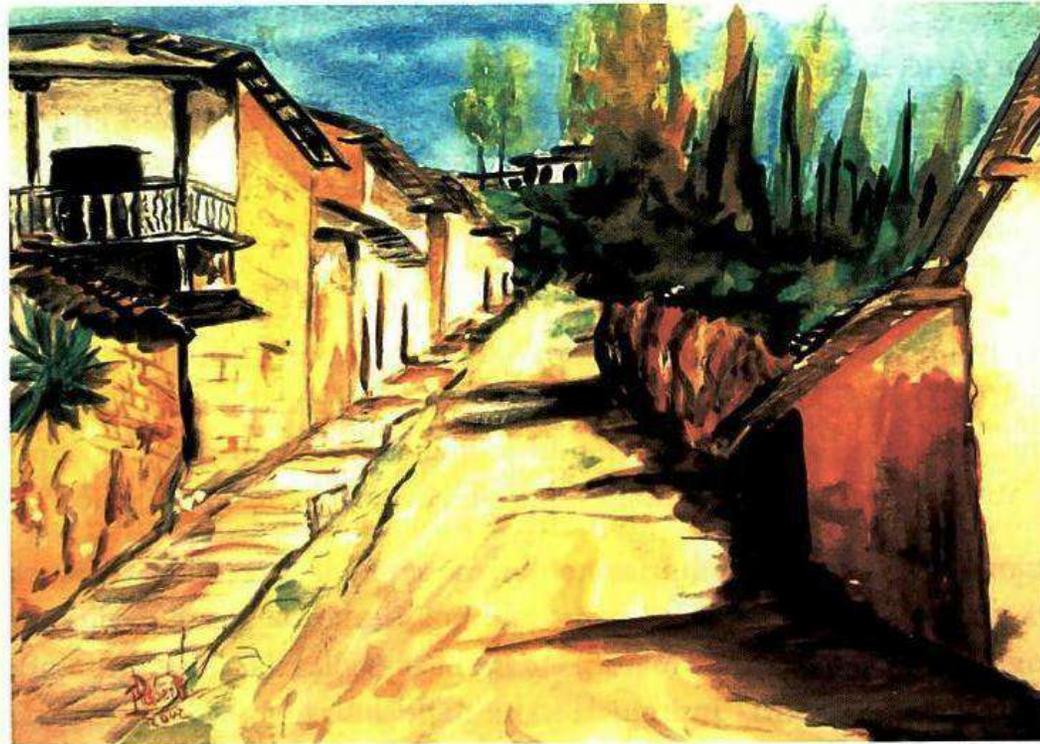
Olvidábamos decir que los asesinos a sueldo respondían a los seudónimos de El Puma y El Crespo. Estos tenían en su haber ya varias muertes y llegaron a Chachapoyas no sabemos exactamente cuándo, ni de dónde. Fue en tiempos violentos en los que familias de chachapoyanos formaban bandas y se enfrentaban a sangre y fuego. Llegaron contratados por una de estas familias y sumieron en llanto y pena a muchos amazonences, pues las víctimas no solo eran de Chachapoyas, capital de este departamento, sino de otras provincias.

Lo cierto es que eran temibles y no tenían piedad de sus víctimas, a las que, en la mayor parte de las veces, ni siquiera conocían. Cumplían de la mejor manera el encargo de la vindicta, pues muy pocas veces fallaban en sus actos criminales.

Recomendando el pronto cumplimiento de la consigna, doña Isolina despachó al propio que, conociendo a don Mariano, se solidarizó, inmediatamente con la causa salvadora y salió velozmente con dirección a donde este se encontraba.

Doña Isolina, en tanto, llenó las copas del fuerte aguardiente, intentando de este modo demorar la partida de los mercenarios, quienes al cabo de una hora, aproximadamente, salieron vociferando y amenazando con disparar contra el que se atreviera tan solo a recordarles que adeudaban el consumo de licor.

En tanto, ya en Huaytapampa don Mariano que había recibido la noticia, se negaba, pese a los ruegos del fiel mensajero, a abandonar la casa y mostraba su decisión de esperar revólver en mano a los asesinos y si llegara el caso, enfrentarlos. Fue precisamente la tenaz insistencia y ruegos del buen mandadero, para que decidiera su traslado hacia la parte alta de Huaytapampa, esto es, a las alturas de Kuélap. Al poco tiempo de hallarse en este atalaya natural del que, como lo hicieron en su momento los bravos chachapoyanos con los invasores de sus heredades, se avistó, claramente, gracias a la luz de una hermosa luna llena que iluminaba diáfananamente la noche, la esperada llegada de los criminales que, disparando a diestra y siniestra, ingresaron violentamente a la casa-hacienda. Una vez en el interior de esta, buscaron en todos los rincones a la víctima con resultado negativo. Luego, saquearon la vivienda, y arrojaron toda pertenencia u objeto que encontraron a su paso. Cuando se cansaron de destrozar y romper, salieron al



*Calle chachapoyana*  
(Acuarela)

exterior de la casa. Allí se sentaron en los bancos junto a la puerta y se dedicaron a comer todo lo que podía ser objeto de ingerir. Quesos, manjar blanco, leche, etc. fueron devorados rápidamente por los hambrientos sicarios de sangre y de comida. Lo que ya no pudieron devorar, lo arrojaron y pisotearon en el suelo.

Después de esta embriaguez de alcohol, comida y venganza quedaron tirados

0 como cerdos en el suelo. Al poco rato, grandes contracciones estomacales los despertaron. Daban gritos, quejidos, todo hacía indicar que el licor, los quesos, el dulce, etc, habían hecho estragos en sus entrañas. A ambos se les veía apresurándose a esconderse detrás de los arbustos y bajarse los pantalones. Este ataque les duró varias horas, hasta el amanecer, en que muy maltrechos y desvelados, emprendieron el retorno a Chachapoyas.

Así salvó la vida un gran hombre, anónimo forjador de una cultura de respeto a los más excelsos valores.

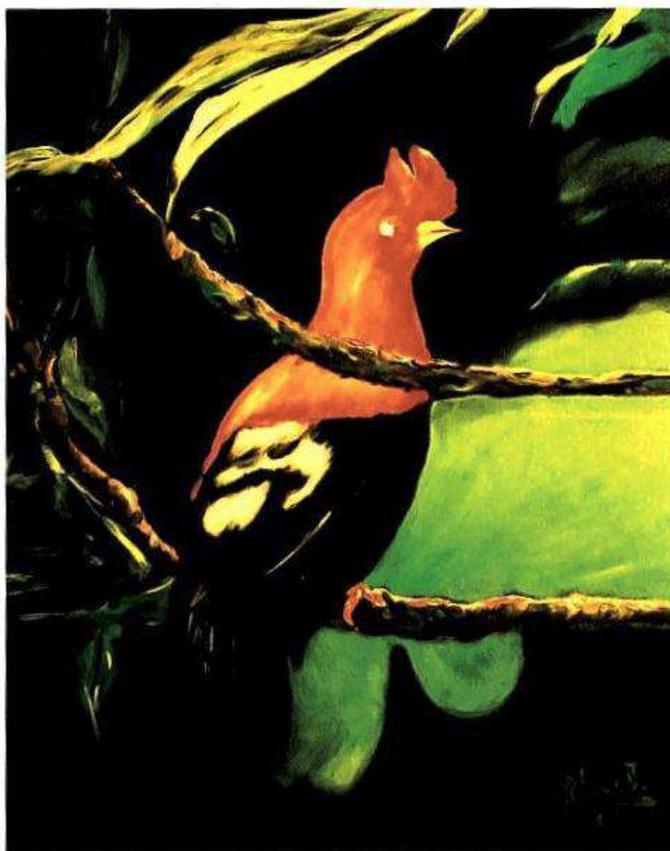


## La Shilve

*A Franklin Ludeña y Mario Bazán*

**L**a Shilve, ¿quién no se acuerda de ella? ¿La conociste o te contaron de ella? Era una de las mujeres más controvertidas de la ciudad. Su presencia y permanencia en estas tierras chachapoyanas trascendió, poco más o menos, desde la década del 50 hasta los años de 1969 o 70, en que desapareció como llegó, no sabemos de dónde, cuándo, ni cómo.

Mujer de extracción campesina, de piel cobriza, cabellos negros, delgada, sin mayores atractivos físicos, no originó jamás una discusión seria respecto de su existencia. Sin embargo, fue el consuelo de soledades, alivio físico, y, tal vez, espiritual de muchos jóvenes y adultos de la zona, carente de lugares de diversión y en los que las mujeres ejercen el oficio más antiguo del mundo. (No se entienda esto como una justificación a tal oficio. Simplemente, tome el lector, como una explicación a la existencia de tales lugares).



*El gallito de las rocas*  
(Óleo sobre tela)

que dicho sea de paso, no representaba ninguna cantidad significativa pero que se tenía que cancelar por adelantado, el cumplimiento del mismo se materializaba en los amplísimos aposentos que brindaba la madre naturaleza. La ciudad, en ese entonces, solo contaba con escasas calles y las casas terminaban, allí desde donde

Nunca supimos dónde tenía su morada en Chachapoyas, empero se la veía por todos los barrios y principalmente por los extramuros de la ciudad. Siempre de traje oscuro, falda negra, blusa de igual color y un poncho o pañolón negro.

Los colegiales, en busca de la aventura, iban por grupos detrás de ella que no siempre aceptó las ofertas. Muchas veces un gesto, una pose, un ademán o una simple mueca, era la causa suficiente para echar a perder el trato celebrado anteladamente con uno solo de ellos.

Una vez concertado el acuerdo en el que de por medio estaba lógicamente el costo del servicio,

comenzaban los barrancos, a los que nosotros les llamábamos huaicos pero que en quechua es lloclla. La población de la capital del departamento de Amazonas allá por el año de 1950 era de cerca de 7 000 habitantes. Ahora ha crecido y se ha expandido por toda la planicie y aun a los cerros y colinas, que en esos años servían para el retozo y los paseos a los que concurríamos alborozadamente.

Doña Shilve, mujer indescifrable, misteriosa, necesaria, hoy se pierde en la nebulosa del tiempo y del olvido, drama más terrible que la muerte misma.



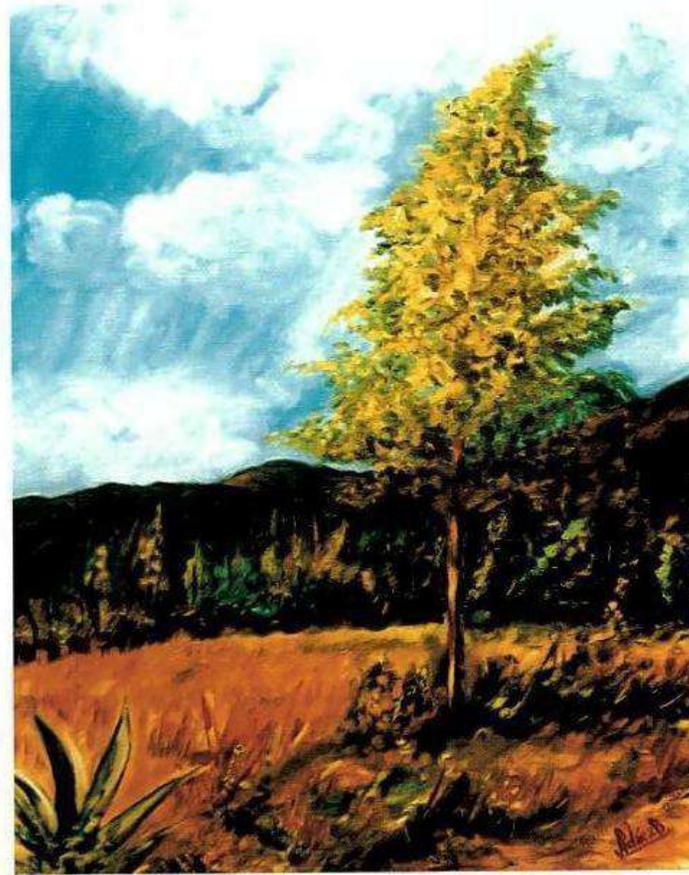
## El telégrafo

Los pedidos eran insistentes, reiterados, clamorosos, los chachapoyanos querían tener comunicación más rápida. Era preciso entonces, contar con un telégrafo. Este consistía en un hilo de cobre para mensajes a lo lejos. Era justo el pedido, puesto que el único medio de comunicación que tenía Chachapoyas, una de las ciudades más antiguas del país y cuna de una civilización preíncá con notable desarrollo cultural y que ha dejado para la posteridad importantes monumentos arqueológicos; era la vía terrestre hecha por caminos ignotos y llenos de peligro y dificultades.

Para tener una idea de lo distante que era trasladarse en aquel entonces desde la capital, señalaremos que había que embarcarse en el puerto del Callao, después de viajar tres días desde Lima, abordar un barco y navegar durante quince días hasta

el puerto de Pacasmayo. Desde allí y si había suerte, se podía contratar acémilas o cargadores y dirigirse por Olmos, trasponer la cordillera por el paso de Porculla, también llamado “el cuello”, único punto más bajo de la cordillera de los Andes en su tramo oriental (2.800 sobre el nivel del mar), recorren las ubérrimas y ardientes tierras de la actual provincia de Bagua; nuevamente ascender montañas y llegar a la fidelísima ciudad de Chachapoyas luego de penosa e inacabable caminata, a los 45 días de la salida de puerto de Pacasmayo. Admiración nos causan las tres travesías que recorrió don Alonso de Alvarado fundador de esta ciudad, la última de ellas cuando fue ascendido por la Corona española, por sus grandes méritos de imbatible conquistador, al elevadísimo grado de Mariscal de España.

Volviendo a nuestro asunto del telégrafo: una mañana un improvisado y mal vestido mensajero de tambores y matracas y al vuelo de campanas, anuncia un insólito bando en estos extraños e indescifrables términos: “MAÑANA BIEN TEMPRANO BARRER CALLE, PONER BANDERAS, VIENE ALAMBRE LIMA, CONVERSAR”. La muchedumbre estupefacta intenta descifrar el escueto pero absurdo mensaje. Conjeturas, interrogantes, asombro, surgen entre la gente reunida para transmitir el importante mensaje. Fue necesario designar a los más notables de la ciudad para que luego de hablar con el prefecto, -funcionario de la más alta categoría en el departamento y representante directo del Presidente de la República- para que los vecinos salieran de la expectativa y desconcierto y mostraran su alborozada alegría: la llegada del telégrafo a Chachapoyas. La ciudad y sus vecinos no continuarían por más tiempo sumidos en la incomunicación, en el atraso. Llegaba el progreso. Ya se podría conocer qué pasaba en otras ciudades del país. Los hijos que



*Paisaje chachapoyano*  
(Óleo sobre tela)

todos los chachapoyanos y aún no regresan. Nos olvidamos del lar querido, dejamos de ver los claros amaneceres y los encarnados atardeceres que son inconfundible parte de sus bellos paisajes.

partieron a buscar otros horizontes podrían ya recibir noticias de sus seres queridos y estos de aquellos, tan distantes, tan lejanos.

El telégrafo de Chachapoyas siguió funcionando hasta finales de la década del sesenta, con muchos defectos, pues la sola caída de un poste y la ruptura de los alambres sumía a la ciudad en un nuevo aislamiento. Este fue superado cuando en 1956 terminó de construirse la carretera a la costa. Otro gran acontecimiento que llenó de júbilo a los chachapoyanos. A través de esta vía llegó apenas el progreso, pero, por esta misma ruta también marcharon casi



## El tesoro escondido

*A Isabel Monsante*

La familia Rodríguez de Mendoza, de cuyo tronco procede el ilustre chachapoyano don Toribio Rodríguez de Mendoza, poseía enormes propiedades no solo en esta ciudad sino también en diversos lugares del departamento de Amazonas.

Llegó una época en que luego de contraer matrimonio dos integrantes de la familia Rodríguez, las hermanas Juana y Manuela; casada la primera, con el ciudadano don Escolástico Hurtado, y, la segunda, con el capitán de Marina don José María Anduega, debieron separarse para conformar cada una su respectivo hogar, siguiendo el refrán que dice “el casado casa quiere”.

Ambas estuvieron ocupando un solar amplio que existía en el Jirón Amazonas y que hoy por efecto del “progreso” ha sido dividido en varias propiedades con diversas modificaciones, a gusto de sus nuevos dueños.

Antes de la separación de las hermanas, la mayor, Juana, llamó un día a Manuela y teniendo sobre la mesa varios cofres de madera, inició una singular repartición

de bienes. Se trataba de gran cantidad de joyas, piedras preciosas, monedas de plata, libras esterlinas, etc. Conformaba el patrimonio de la familia Rodríguez, fundadores de la antigua ciudad de Chachapoyas, reunido a través de varias generaciones.

Cuando una de ellas no escogía lo que más le gustaba tratándose de joyas, la otra le recordaba que siempre gustó de ellas, al tiempo que le ponía en el cofre que serviría para la repartición de los tesoros.

Durante largas horas, que se repitieron por algunos días, ambas hermanas se dividieron el patrimonio que, sin duda alguna, representó una considerable fortuna, no solo por la pureza de los metales y calidad de las piedras preciosas que se emplearon en la confección de las joyas, sino por el valor intrínseco que estas tenían, pues se trataba de joyas finamente confeccionadas y de mucha antigüedad.

Con el patrimonio transmitido, Manuela pasó físicamente a ocupar el inmueble que hasta hoy se ubica en el N° 267 del Jirón Amazonas, es decir, al frente de la casa de su hermana y al que hacíamos referencia anteriormente. Esta casa actualmente de propiedad de los hermanos Montante Ampuero, con pequeñísimas modificaciones, se conserva casi intacta en su estructura original. Un zaguán amplio nos conduce desde el exterior a un enorme patio empedrado, en cuyo centro se conserva un enorme y bello jardín con llamativas y coloridas flores. Una amplia sala con piso de entablado, con enormes puertas a dos hojas, ha sido mudo testigo de grandes acontecimientos sociales y por donde han desfilado las personalidades más notables e importantes de la ciudad durante los

últimos doscientos cincuenta años. Un amplio barandal de madera sirve de techo a los corredores que rodean el patio del primer piso, donde existen también dos grandes salones que tranquilamente pueden albergar a cientos de visitantes a la vez, aparte de los dormitorios y otros ambientes que integran la casa.

Hallándose ya instalada doña Manuela Rodríguez de Anduaga en esta heredad, un día, al querer colocar una repisa, sintió que la pared cedía con los golpes dados al clavo. De pronto, al golpear la pared hueca directamente con el martillo pudo apreciar que dentro de ésta existía una especie de gruta en cuyo interior reposaba un cofre de metal. Al ser extraído y levantar la tapa, grande fue su sorpresa al comprobar que contenía cientos de joyas hermosamente confeccionados, rubíes, zafiros, amatistas y otras piedras preciosas, monedas de plata, oro en pequeños lingotes, libras esterlinas, etc. Un verdadero tesoro, probablemente de algún acaudalado y avaro predecesor que fue reuniendo y acumulando caudales, sin saber para qué y para quién. Conviene se tenga presente que en aquellos años, podemos estar hablando de 1600 o 1700 no existían casas de crédito, lugares de depósito de caudales, ni siquiera cajas fuertes. Las personas guardaban su dinero en los colchones, en bolsas de yute o en cofres y lo enterraban en pisos y paredes, hasta que alguien, con mucha suerte, lo encontraba tal y conforme lo dejaron.

En torno a estos entierros existe más de una historia de almas en pena e igualmente, más de una realidad de gente que salió de la pobreza al descubrir un entierro.

Volvemos a nuestra historia. Doña Manuela luego del natural asombró mandó a uno de sus empleados a llamar a su hermana Juana, quien presurosamente ingresó por el zaguán, cruzó el patio e ingresó a la sala donde Juana se encontraba con el tesoro que distribuido cubría toda una enorme mesa de madera.

La hermana, al ser noticiada de que el motivo de la llamada era la necesidad de distribuirse el hallazgo, rechazó de inmediato tan generosa propuesta. Le manifestó, asimismo, que ella era ajena a dicho descubrimiento, pues el destino inexorable, había determinado que fuere su hermana la agraciada con la fortuna enterrada.

Ejemplo de desprendimiento, nada usual en estos días de escasez de valores, de bienes y de entierros.

# Churuja

*A* la vera de su simpática plazuela, discurre ahora una amplia y moderna carretera asfaltada que comunicará, rápida y confortablemente, a los viajeros con destino a Chachapoyas, Rodríguez de Mendoza o Kuélap – Laynabamba, Balsas, Celendín y Cajamarca por el lado noroeste de nuestro departamento.

Añejo sueño de los lugareños que vivieron por décadas, sufriendo en sus viajes, los pedregosos senderos, que hacían las distancias más largas e inalcanzables.

El distrito de Churuja fue creado por Ley N° 10150, el 30 de setiembre de 1944, y alberga a una población de aproximadamente 400 habitantes, no todos, por cierto, con permanencia habitual en el lugar.

Sobresalió y aún hoy lo hace por sus agradables limas, naranjas y especialmente, por sus sabrosas pitajayas. Fruta tropical de agradable sabor, que crece en forma

silvestre en sus lomas y pendientes y que mereció en otros tiempos, la entusiasta alabanza de don Manuel Prado Ugarteche, ex Presidente de la República, que al serle presentada como postre del banquete, ofrecido por los principales de la ciudad, la degustó y relievó su agradable y fresco sabor como ninguna. Hoy esta fruta, producida ya industrialmente, en otras regiones del Perú, puede ser adquirida en los grandes supermercados de la capital.

Son también parte del paisaje de Churuja, sus bellas flores y exóticas orquídeas, muchas de las cuales por su especial hermosura y raras conformaciones, han sido llevadas a otros lugares del país y del mundo, en donde hoy las producen ya en viveros y plantaciones industriales.

Por una zona de bosque húmedo, con abundantes recursos hídricos, crecen en sus faldas, gran y tupida vegetación, lo que le da al lugar un particular clima semitropical y una singular belleza de colores y tonalidades, verde-amarillo-azulado. Sin contar que en las mañanas frescas, y cuando el sol traspone las grandes montañas que la rodean, la claridad del incomparable cielo azul, se combina con el brillo de las gotas de rocío posadas en las hojas de los árboles, que producen una incomparable belleza y sensación de agradable placidez.

Ya quedó en el olvido de Churuja su camino viejo, su “camino verde”; las cunetas de la moderna pista, recubierta de asfalto, pretenden alejarnos del pasado. Por ese viejo camino salieron sus pioneros, hombres y mujeres de singular belleza, volaron para conquistar el mundo, con alas poderosas, y dejaron en el terruño querido sus recuerdos de la infancia, y los más puros sueños de alegres y bellas criaturas.

San Salvador, julio 07.

## El Cine Central

Allá en la Chachapoyas de los años cincuenta funcionó, en un inmueble de propiedad de un reconocido y correcto comerciante, don David Reyna, padre de amigos queridos y de nuestra inolvidable amiga Doris, el Cine Teatro Central, ubicado en la Plaza de Armas de la ciudad. Allí se realizaban periódicamente funciones denominadas “veladas”, a las que concurría un buen número de personas, no solo chachapoyanas, sino también los numerosos forasteros que laboraban en diversos cargos públicos, y muchos de los cuales, se decía, por haber tomado el “agüita” del pozo de Yanayacu, habían quedado hechizados por alguna bella chachapoyana y se habían quedado afincados y aquerenciados en ese acogedor y generoso terruño.

Las veladas consistían en la presentación de cuadros vivos, de motivos religiosos, patrióticos, militares, etc. La preparación corría a cargo del mejor y más entusiasta de los productores y organizadores de estos espectáculos, el inolvidable músico

y maestro don Gilberto Tenorio. En estas actuaciones también se presentaban números musicales, a cargo de los mejores solistas y tríos románticos de la ciudad. Estaban de moda los tríos internacionales *Los calaveras*, *Los tres diamantes*, *Los Panchos* y otros célebres conjuntos musicales mexicanos; los émulos de esos artistas internacionales *El chusho Rojas*, *Pedro Villacorta* y un tercer cantante cuyo nombre se me olvida, con sus bien afiatadas voces y guitarras, hacían suspirar a los jóvenes enamorados y enamoradas, cuyos padres las sentaban a su lado y en las primeras filas, para evitar alguna impertinencia de aquellos. No faltaban en estas célebres noches, los dramas y las comedias, las primeras de dos o más actos, que generaban amenos comentarios de los asistentes a la función durante varios días. En las casas de las familias más encumbradas de la ciudad, en las que las tertulias eran diarias, no escaseaban los bocadillos ni el café colado y tampoco por cierto, las conversaciones sobre todos y cada uno de los detalles del último espectáculo. Se jugaba no solo ajedrez, rocambo, sino también otros juegos no tan distractivos, como la güija que, a través de esta especie de juego diabólico se invocaba a los espíritus de los antepasados. En una ocasión en que, a hurtadillas observé la reunión de mis mayores, desde cierta posición estratégica, uno de los difuntos, pidió una misa, que prontamente fue materializada con la colaboración del párroco de alguna de las tantas iglesias que existen en la ciudad.

Pero, el Cine Teatro Central ubicado, como ya dijimos, en el jirón Bongará en la Plaza de Armas, no solo sirvió para las veladas, sino también y desde la década del cuarenta, para proyectar las famosas películas mexicanas, con célebres artistas como Jorge Negrete, Pedro Armendáriz, los hermanos Luis y Antonio Aguilar, Miguel Aceves Mejía, célebre cantante, llamado el rey del falsete, por sus clásicos

“gallos”, subidas y bajadas de tonos graves en sus cantos, como la Malagueña; el famoso y mundialmente conocido Mario Moreno “Cantinflas” y el no menos reconocido e inolvidable charro Pedro Infante. Los niños, adolescentes y jóvenes que asistíamos a esas inolvidables y bellas películas, que mostraban con gran dominio de la fotografía, en blanco y negro, las campiñas mexicanas, recordamos al jinete que aparecía en el horizonte, confundido entre las letras de los artistas que integraban el elenco y cantando esa célebre e inolvidable canción El jinete: “por la lejana montaña, va cabalgando un jinete, lleva en el alma una pena y va deseando la muerte. La quería más que a su vida y la perdió para siempre, por eso lleva una herida, por eso busca la muerte...”.

Ese mismo artista y cantante nos impactó en otra película cantando ‘La del rebozo blanco’. Al lado de una ermita y frente a un crucifijo entonó esa hermosa melodía: la del rebozo blanco toda de pena.

No podemos olvidar que era característica del Cine Teatro Central, la difusión a través de dos parlantes colocados en los balcones del segundo piso de la casa del propietario del local, de inolvidables melodías que anunciaban la apertura del cine, sino también que estas melodías, marcaban, con precisión casi matemática, que la función ya iba a comenzar. Se trataba del clásico valse vienés, Sobre la Olas, las canciones mexicanas ‘La cama de piedra’ y otra no menos famosa en esos tiempos ‘El preso número nueve’. Esta cantaba el despecho del enamorado que, en un acto de furia, mató a su mujer y al “amigo desleal”. Más o menos decía así la canción en su parte culminante y de mayor dramatismo: “La maté, sí señor, y si vuelve a nacer yo la vuelvo a matar... Padre no me arrepiento ni me da miedo la eternidad, yo sé que allá en el cielo el Ser Supremo me juzgará, voy a seguir sus pasos, voy a seguirla al más allá...”

Pero lo que no podemos dejar de señalar, en aras de la gratitud que le debemos, no solo al Cine Central y, por cierto, a la pareja de esposos que crearon e hicieron funcionar el Cine Central por más de tres décadas (don David y doña Rosita, como los tratábamos a los dos), es que allí, en ese local inolvidable, junto a la educación en valores que nos inculcaron nuestros padres y maestros, forjamos, a través de esas viejas películas del México eterno, y que influyó tanto en nuestras vidas, nuestra educación de respeto al prójimo, la consolidación de que el bien triunfa sobre el mal, que debíamos y debemos ser ciudadanos respetuosos de nuestra patria, de nuestros padres, de nuestros mayores, de la autoridad; en fin, que los valores y la ética nos preparan y ayudan a enfrentar con éxito a la vida.

# Excursión de amor

*Para Margot Chávez Arroyo*

*D*ebió ser el año 1957. Cursábamos el tercero de Primaria. Las autoridades de nuestra recordada escuelita fiscal N° 147. Ahora, el Colegio Miguel Rubio, en honor a su benefactor y donante del inmueble, hoy luce una moderna construcción, en remplazo de las vetustas paredes de adobe agrietadas seriamente con el inexorable paso del tiempo y de los temblores que, a veces, remecen la zona nororiental del Perú, nos anunciaron públicamente, que habíamos recibido una invitación de otro centro educativo similar al nuestro, para visitar la provincia de Luya, más precisamente, el distrito de Lamud, capital de dicha provincia, una de las cinco que por ese entonces integraban el departamento de Amazonas. La distancia entre Chachapoyas y Lamud, es de aproximadamente cuarenticinco kilómetros, lo que podrá evidenciar una cercanía física, pero, lo accidentado de la zona, las elevadas laderas y cerros,

determinan que aún ahora, con vehículos más veloces y con una mejorada vía, el viaje dure no menos de una hora y treinta y, a veces, hasta dos horas. En aquellos tiempos de esta narración, el trayecto era recorrido por pesados camiones, pues eran los únicos vehículos que circulaban lenta y cuidadosamente, por ese camino carrozable, lleno de baches y curvas peligrosas.

Nuestros padres, al ser comunicados por las autoridades de la escuela, iniciaron por diversos medios, establecer comunicación con sus familiares o amigos de esa localidad, con el fin de que nos recibieran y nos alojaran en sus viviendas, pues en ese entonces, no había ni la más remota idea ni posibilidad de conseguir un alojamiento público o un hotel, para los excursionistas, que en número se aproximaba a los 60, más o menos. Tres secciones, formaban la delegación, sin contar con los profesores y las autoridades administrativas de la escuela.

Por fin, llegó el ansiado día de la partida. Casi ninguno de nosotros había salido de la ciudad que, aun siendo la capital de departamento, no contaba en esos tiempos, más de cinco mil personas. Se había dispuesto que todos los alumnos estuviésemos antes de las siete de la mañana en los patios de la escuela. A esa hora, una bulliciosa y alborozada muchedumbre de muchachos, todos varones, pues la escuela solo era de ese género, esperaba con ansias la partida hacia aquellos lugares desconocidos y sobre los cuales solo habíamos oído hablar a nuestros padres, abuelos y tíos.

Por fin, ya montados en los dos camiones contratados por nuestros maestros, en los que se habían colocado tabloncillos de madera para que sirvieran de improvisados asientos, los vehículos emprendieron su lenta marcha. Fuimos dejando, poco

a poco, la ciudad que igualmente contaba, en aquellos tiempos, con pocas casas alrededor de la Plaza de Armas. El aroma de las flores de eucalipto y los mañaneros cantos de los jilgueros, fueron acompañando el permanente traqueteo de los pesados vehículos que tomaron, entre ellos, alguna distancia para evitar llenar de tierra a los pasajeros del que venía detrás del primero. Pasamos por el ya desaparecido hospital que se ubicaba en el camino al fundo Santa Isabel de don Lucas Rubio, por la Villa de París, rodeada de viejos árboles de eucalipto. Fuimos dejando lentamente el actual barrio de El Molino, el fundo Pucacruz. Al iniciar el peligroso trayecto denominado Limón Punta, se fue generalizando entre todos un ánimo de preocupación y angustia, pues el estrecho camino y los inmensos e insondables abismos que se abrían al borde de la carretera, habían sido la causa de que muchos visitantes y aun los propios moradores de Chachapoyas, no quisieran nunca más recorrer esa ruta, hoy cerrada definitivamente, para todo vehículo y aun para peatones, pues inmensas rocas colocadas exprofesamente, evitan cualquier desplazamiento por esta vieja, legendaria y misteriosa carretera que unía a Chachapoyas con la costa, por Pedro Ruiz hacia Chiclayo y por el distrito de Leymebamba hacia Cajamarca. Los vehículos iban lentamente y balanceándose al pasar por los enormes baches que se registraban en casi todos los tramos de la vía. Temerosos y tratando de guardar equilibrio, no lográbamos, sin embargo, superar la angustia y el temor que se hacía cada vez más intenso cuando se comentaba que aún faltaba un trecho largo, antes de llegar al paso de Limón Punta, en sus ciento ochenta grados de giro, pues los vehículos bordeaban rodeando el cerro cortado, hasta mirar el río Uctubamba que corría abajo a cientos de metros, entre una impresionante montaña y el fundo Achamaqui. Allí funcionaba la central eléctrica que proporcionaba la luz a las ciudades de Chachapoyas, Luya y Lamud. Conforme

los camiones descendían ya por las laderas de Achamaqui y se acercaban al fundo Cacli, la belleza del paisaje y las combinaciones de tonalidades de colores azules, verdes y amarillos, fueron relajando las tensiones que causaron los peligros de la ruta y el tortuoso camino. Sin embargo, estos regresaron cuando luego de cruzar el puente que atraviesa el río Uctubamba, se inicia una ascendente y serpenteante carretera que aún hoy es carrozable y no cuenta con capa asfáltica, lo que la hace peligrosa, sobre todo en época de lluvias. Ya al terminar el ascenso, se abren a la vista bellos y apacibles valles y arboledas de eucaliptos y del fundo Tincas, en ese entonces con extensos y amarillentos sembríos de cebada. Después de una larga cuesta y con sendero bordeado de pencas azules y centenarios eucaliptos, pudimos ver las escasas casitas, con techo de tejas rojas y paredes blancas de Luya. Después de recorrer unos cuantos kilómetros, por fin, luego de casi cinco horas de viaje desde que salimos de Chachapoyas, arribamos a nuestro destino final: Lamud. Los vehículos se estacionaron a poca distancia de la escuela de la ciudad en la que nos esperaban los profesores y vecinos de la ciudad. Formados por secciones fuimos saludados por los maestros anfitriones, luego de lo cual, se nos acercaron unos distinguidos caballeros que preguntando por nuestros nombres, nos condujeron a sus domicilios, en los que fuimos luego alojados. Recuerdo que mi amigo Carlos García y yo durante los dos días que duró nuestra estancia en esta ciudad, compartimos una habitación en la casa ubicada en la Plaza de Armas, que pertenecía a un amigo de nuestros padres.

Al día siguiente, ya en horas de la tarde, concurrimos todos los visitantes y muchos alumnos de la escuela local, al teatro ubicado en la escuela de mujeres. Como inveterada costumbre, los excursionistas teníamos que preparar con el

asesoramiento de nuestros maestros, diversos números musicales, presentados por los que interpretaban algún instrumento; poesías, a cargo de los recitadores; alguna afamada obra teatral dramática o cómica y otros números artísticos. Era esta una tradición de muy antigua data por aquellos años en los que los pueblos lejanos de la Patria, no contaban con cines, menos televisión. Tales presentaciones se realizaban en lugares habilitados como teatros, eran de todo género de arte para que la gente de toda la ciudad se divirtiera y se vinculara con las literarias, musicales y artísticas.

Poesías, canciones, skechts (escenas cómicas independientes). Obras dramáticas en tres actos, representaciones vivas, etc., se sucedieron a lo largo de las presentaciones que hacían alternar, en una especie de contrapunteo, a los alumnos visitantes y a los de las escuelas del lugar.

Pero, lo que más despertó el entusiasmo y la algarabía de todos los asistentes, público y artistas, fue la espectacular presentación de una alumna de la escuela de mujeres, que con su bella voz y su singular belleza causó la sensación de los excursionistas que visitaban por primera vez, la ciudad de Lamud.

Se trataba de la legendaria Margot Ch. A. (quien dicho sea de paso, me ha autorizado a poner su nombre), bella muchacha de la que quedaron prendados no solamente los jóvenes ya un poco mayores, sino los menores que, por cierto, no teníamos la más mínima opción de alcanzar ni siquiera una furtiva mirada de la guapa cantante.

Dueña de una muy bien timbrada y afiatada voz, inició su notable presentación entonando las notas de un bello y antiguo valse peruano que casi en su parte final decía:

José Antonio Peláez Bardales

“Nunca, me faltes amor,  
A mi Dios yo se lo ruego,  
Que nunca me falte el calor de tus besos  
Porque sin ti, yo me muero...”

La aclamación no se hizo esperar, pues todos quedaron impresionados con aquella bella y hermosa cantante, dueña de una fresca y magnífica voz. Al unísono los admiradores pidieron otra canción y la cantante no se hizo de rogar, indicando a sus dos amigos con guitarra, que la acompañaran en otro lindo valse: *Por qué no volverás*, que así decía:

“Por qué no volverás, si sabes bien, muero de angustia,  
No puedes comprender cuánta ansiedad, hay en mi corazón,  
Estoy desesperada y creo firmemente que si tú no regresas, perderé la razón,  
He buscado consuelo acariciando mi guitarra,  
Buscando en cada nota el murmurar, de una nueva canción...  
Canción que está impregnada, de honda melancolía,  
Recordando aquel día, en que te vi partir.  
Vuelve ya, porque me estás matando así.  
Solo tú podrás calmar esta inquietud,  
Eres, el amor de mi vida

Por quien sueño y deliro, es tan solo por ti.  
 Cantaré, mis canciones que llevarán,  
 El recuerdo, de aquella noche tan feliz  
 En que, juntamos nuestros labios  
 Nos dimos tantos besos, dulces como la miel...  
 Vuelve ya, porque me estás matando así,  
 Solo tú, podrás calmar esa inquietud, eres"...

Esa noche, acabada la función, los pretendientes de la bella y simpática cantante, se contaban por decenas. Rodeaban su casa y, algunos, hasta le llevaron serenata con el afán de conquistarla. Los jóvenes chachapoyanos quedaron prendados no solo por su encanto sino por su bella e inigualable voz, que hasta hoy, me dicen, conserva.

Al día siguiente hubo que retornar a nuestra tierra. Fueron varios los jóvenes que se querían quedar. Pero, prevaleció la razón, ante los llamados del corazón. Suspirando por aquella "lamutinita" que, con su belleza e inigualable voz, había despertado aquel sentimiento puro y noble del amor primero. Uno a uno, abordaron tristes, el vehículo que los alejó a muchos, para siempre de aquella tierra y sus encantos.

Hubo algunas cartas de amor encendido, promesas de entrega eterna, que viajaron de Chachapoyas a Lamud; suspiros, nostalgias, añoranzas, corazones destrozados que, empero, el tiempo y el olvido se encargaron de sanar y restañar...



Este libro se terminó de imprimir en los talleres gráficos  
de la Universidad Alas Peruanas  
Los Gorriones 264, Chorrillos  
Lima-Perú  
2012



por la Facultad de Derecho y Ciencia Política de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, por su destacada labor como Fiscal Supremo de la Primera Fiscalía Suprema Penal.

Es autor de diversos libros y textos universitarios entre los que destacan *Manual-Diccionario del Código Procesal Penal Peruano* (1992); *El Ministerio Público. Historia y perspectivas* (2003); *Delitos aduaneros* (2003); *El fútbol profesional: contrato especial de trabajo* (2003).

El recuerdo es el don de la vida que nos permite vivir con todo lo que somos, y con lo que hemos sido. El recuerdo es el cimiento profundo de nuestra identidad; es la gran ventana que nos permite asomar al pasado para reconocernos, para encontrarnos saludables, heridos o contusos, o plenos de vida. Puede ser un tesoro, un cofre de joyas en metamorfosis constante hasta quedar como una huella digital en el tiempo, como es en el caso de José Antonio Peláez Bardales: literato, pintor, prominente hombre de leyes, y magistrado de la Nación, que nos obsequia esta remembranza, mezcla de crónica, anécdota, estampa, tradición y leyenda, que acontece en el perfumado y florecido Chachapoyas, su pueblo natal.

*Recados del tiempo* es un libro donde el niño y el joven de la ciudad pueden nutrir su fantasía con imágenes de la provincia lejana, del Perú profundo; los niños y jóvenes de la provincia lejana podrán recuperar un tiempo perdido, la edad de oro de sus padres. Los ojos adultos disfrutarán de una lectura amena, diáfana, universal, sin ninguna otra pretensión que no sea la de contar, la de recordar, la de volver a amar, el amor en su despertar, el amor en su pureza. En sus líneas discurren personajes reales y tangibles por ese maravilloso mundo de la infancia, de la juventud esplendorosa y llena de sueños; en fin, un mundo feliz donde hasta la vejez es digna a pesar de los rigores del tiempo. Un mundo irrepetible que se aleja para siempre, pero que a partir de ahora vivirá en el corazón de los lectores y que bullirá intensamente en las páginas de este libro.

El Fondo Editorial de la Universidad Alas Peruanas se honra en incorporar esta obra de José Antonio Peláez Bardales, a lo más selecto de su producción bibliográfica.

Omar Aramayo

ISBN: 978-612-4097-24-9



9 786124 097249